

Imperio Bizantino

Historia de Bizancio enfocada principalmente en el período de los Comnenos

La batalla de Myriokefalon. ¿Golpe psicológico o derrota decisiva?

Autor: Guilhem W. Martín.

<http://imperio bizantino.wordpress.com/>

Extracto: *¿Combate decisivo o apenas una refriega fronteriza? La batalla de Myriokefalon o Miriocefalo tuvo lugar el 17 de septiembre de 1176 y, como una espina clavada en la sandalia de un peregrino, dejó su impronta en la conciencia de los bizantinos tal como sucediera cien años antes con Mantzikert (19 de agosto de 1071). Hacia finales del año 1175 el poderío de los turcos selyúcidas, bajo el acicate del sultán Kilij Arslan II (1156-1192), se había tornado tan amenazante que el basileo Manuel I Comneno Megas (1143-1180) decidió confrontarlo de manera definitiva. La idea del emperador era marchar directamente sobre la capital del sultanato de Rum, la ciudad de Qonya o Ikonium, a fin de someterla nuevamente al mandato imperial. Pero la empresa se malograría en los tortuosos pasos de Tzivritze, a raíz de una emboscada hábilmente dispuesta por el sultán. Al decir de algunos contemporáneos, el emperador bizantino ya no volvería a recuperar la sonrisa ni su característico humor jovial tras el desastre; no obstante, ¿tuvo Myriokefalon las mismas dimensiones de tragedia, los mismos efectos a largo plazo que Mantzikert? Es lo que trataremos de develar a continuación.*

La batalla de Myriokefalon o Miriocefalo. ¿Golpe psicológico o derrota decisiva? Parte I: Introducción.

La opinión de algunos historiadores sobre la batalla y su trascendencia:

Antes de entrar de lleno al tema que nos ocupa, veamos qué es lo que se ha escrito al respecto de la batalla. Se trata en algunos casos de la opinión de encumbrados historiadores de Bizancio o de las Cruzadas, y en otros, de testimonios pertenecientes a testigos oculares de los hechos o de fuentes de segunda mano.

Georg Ostrogorsky. *“Historia del Estado Bizantino”*. Págs. 385-386. *“Igual que Manuel, quien en cada enemigo de Barbarroja¹ veía un amigo, así también Federico I buscaba el contacto con los enemigos del emperador de Bizancio. Desde 1173 mantenía relaciones con el sultán Kilij Arslan de Ikonium. La posición predominante que Manuel se había ganado en el Oriente latino también le aseguraba a Bizancio por largo tiempo una posición fuerte frente al sultanato de Ikonium. Aprovechando hábilmente los antagonismos existentes entre los potentados selyúcidas y logrando ciertos éxitos militares en Asia Menor, el emperador supo consolidar su supremacía. En el año 1162 el sultán Kilij Arslan había pasado tres meses en Constantinopla y mediante un pacto se había comprometido a prestar ayuda militar y a ceder a Bizancio varias ciudades. Estas promesas no fueron, sin embargo, cumplidas, y mientras Manuel estaba ocupado en Hungría y en Occidente, Kilij Arslan logró consolidar su poder en Asia Menor. El apoyo del emperador alemán alentó su resistencia, y en el año 1175 se produjo la ruptura entre Bizancio e Ikonium. El año siguiente vio al emperador bizantino reunir un ejército enorme y marchar contra Ikonium. Pero en los pasos montañosos Myriokefalon, en Frigia, le sobrevino el 17 de septiembre de 1176 una terrible catástrofe: el ejército bizantino fue rodeado por los turcos y masacrado. El mismo Manuel comparó esta catástrofe con la derrota que Bizancio había sufrido hacía ciento cinco años en Mantzikert”*.

The History Collection. University of Wisconsin Digital Collections. Baldwin, M. W. 1969. Pág. 594. *“El equilibrio en Oriente Próximo se vio seriamente afectado por la derrota bizantina de Myriokefalon en septiembre de 1176, cuando el emperador Manuel intentaba romper con las bases del poder turco en Asia menor. Al ser su ejército abatido, el basileo debió aceptar las condiciones de Kilij Arslan y regresar con los despojos de sus tropas. Myriokefalon ha sido comparada con Mantzikert, que tuvo lugar un siglo antes; y, por cierto, para los estados latinos de Ultramar la derrota fue crucial. Militarmente, Bizancio nunca se recuperaría”*.

Alexander A. Vasiliev. *“Historia del Imperio Bizantino”*. *“A causa de diferentes motivos locales y quizá por instigación de Barbarroja (Federico I), estallaron las hostilidades Manuel se puso al frente de sus tropas. Su objetivo era tomar Ikonium (Qonya), capital del sultanato. En 1176 los ejércitos bizantinos penetraron en las montañas de Frigia, donde, cerca de la frontera, se alzaba la fortaleza de*

¹ Federico I Barbarroja, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico y miembro de la familia de los Hoenstaufen, reinó desde 1155 a 1190. Era miembro del partido Gibelino que pretendía el afianzamiento del poder central tanto en Alemania como en el norte de Italia en contraposición a los güelfos, quienes aspiraban a la autonomía en tanto que precepto político.

Myriokefalon. Los turcos les atacaron repentinamente por todas partes y, allí, el 17 de septiembre, los imperiales sufrieron un completo revés”. Más adelante, Alexander Vasiliev agrega: “La batalla de Mantzikert en 1071 había dado ya un golpe mortal a la dominación bizantina en Asia Menor. Pero los contemporáneos, sin advertirlo, esperaban restablecer la situación y desembarazarse del peligro selyúcida. Las dos primeras cruzadas no lograron conjurar esta amenaza. La batalla de Myriokefalon arruinó en definitiva las últimas esperanzas de Bizancio. Ya no se creyó posible expulsar a los turcos de Asia Menor. El imperio no podía pensar en una ofensiva seria en Oriente. Bastante era que defendiese sus fronteras contra las continuas invasiones selyúcidas. El historiador alemán Kugler dice: la batalla de Myriokefalon decidió para siempre la suerte de todo Oriente”.

Paul Magdalino. “El imperio de Manuel I Comneno, 1143-1180”. Págs. 98-99. *“La campaña de Qonya fue quizá el más ambicioso proyecto jamás montado por un líder cristiano en solitario, durante el siglo XII. La derrota sufrida en los estrechos pasos de Tzivritze, a un día de marcha de Qonya, cerca de la arruinada fortaleza de Myriokefalon, se correspondió con una verdadera humillación. Los turcos hicieron una gran carnicería, tomaron un cuantioso botín y estuvieron muy cerca de apresar al mismísimo emperador, quien gustosamente aceptó del sultán la propuesta de una tregua a cambio de la demolición de los fuertes de Dorileo y Subleo”. A renglón seguido el autor, no obstante, sugiere: “Con todo lo que él (Manuel) dijo tras la derrota y en relación con ella, no se trató de un desastre de la escala de Mantzikert”.*

George Finlay. “Historia del Imperio Bizantino”. Págs.241. *“La mente de Manuel nunca pudo recuperarse del todo a causa del golpe que su orgullo había sufrido en la batalla de Myriokefalon. Las cortadas y contusiones parecían no haber afectado su cuerpo de manera significativa, no obstante se sumió en la melancolía y a poco, su salud comenzó a declinar de manera gradual”.*

Ferdinand Chalandon. “Los últimos Comnenos”. *“Con el desastre de Myriokefalon todas las empresas de envergadura en el Este tocaron a su fin. A pesar de estar quebrado anímicamente por la derrota, el emperador reanudó la guerra en la última parte de su reinado. Pero los generales griegos se vieron confinados en esta ocasión a la defensa de las fronteras y toda la idea de un avance sobre Ikonium, para atacar las bases del poder musulmán, fue dejada de lado sino abandonada. De hecho, la batalla de Myriokefalon selló la suerte de la dinastía Comneno, sino del mismo Imperio Bizantino”.*

Franz Georg Maier. “Bizancio”. Págs. 266-267. *“El 17 de septiembre de 1176 los bizantinos fueron sorprendidos durante su avance en la garganta de un desfiladero al Este de Miriocefalo y solo con gran esfuerzo pudieron evitar una derrota semejante a la que sufrió el emperador Romano Diógenes hacia el año 1071, en Manzikert. La política exterior de expansión del emperador Manuel, que solo fue posible a costa de duros sacrificios económicos del Imperio, recibió con esto un golpe tan duro que aquella política ya no pudo ser continuada en ninguna dirección. Tal derrota hizo ver que el potencial militar del Imperio no era suficiente para alcanzar los objetivos del emperador Manuel, ni siquiera de lejos. El destino de Bizancio como potencia mundial quedó decidido en la batalla de Miriocefalo”.*

Edgard N. Luttwack. *“La gran estrategia del Imperio Bizantino”*. *“La derrota en los pasos de Tzivritze no acarrió consecuencias inmediatas. Manuel no fue arrojado del trono como Romano IV Diógenes lo había sido después de su derrota en Mantzikert, en 1071; los ejércitos selyúcidas no avanzaron en dirección a Constantinopla, y los cruzados no se volvieron contra sus protectores bizantinos en aquel momento de debilidad. Pero en los años subsecuentes el imperio no podría reconstituir ya su fuerza militar para recobrar la iniciativa”*.

Claude Cahen. *“El Islam”*. Pág. 291. *“La historia política de los tres primeros cuartos del siglo XII en Asia Menor se limita, en lo esencial, a la historia de la rivalidad entre selyúcidas y danisméndidas, que terminaría con la victoria de los primeros. Ambos, junto con los bizantinos, habían rivalizado diplomáticamente para lograr ventajas los unos sobre los otros, y el año 1176 el emperador Manuel Comneno, que disponía de una relativa fuerza, creyó que al fin podría reconquistar el territorio arrebatado a Bizancio: la aventura terminó con el desastre de Myriokefalon, que venía a probar, a un siglo de distancia, que la historia abierta en Mantzikert era irreversible e irrevocable. Paso a paso, los selyúcidas habían logrado edificar un estado en torno a su capital, Qonya”*.

E. Platagean, A. Ducellier, C. Asdracha y R. Mantrán. *“Historia de Bizancio”*. Pág. 185. *“Ahora bien, la calma en las fronteras orientales no debe ocultar, en la misma época, el renacimiento del poder turco. El sultanato de Anatolia o Sultanato de Rum, centrado en Qonya, la antigua Iconio, había sido ya irritado en 1159 por una de las extrañas actitudes adoptadas por Manuel en Oriente: su reafirmación como soberano de Antioquía y el reconocimiento tácito de su supremacía por el reino de Jerusalén. Por lo demás, incluso aquí la influencia occidental no está ausente, ya que es probable que la diplomacia de Barbarroja no fuera ajena a la ruptura del tratado pactado entre el sultán Kilij Arslan y el emperador en 1162. Desde 1175 esta ruptura está consumada y en el curso de la campaña que se lleva a cabo como resultado Manuel es aplastado, el 17 de septiembre de 1176, en Miriocefalo”*.

Warren Treadgold. *“Breve Historia de Bizancio”*, pág. 213. *“En el año 1175 el emperador declaró la guerra a los turcos anatolios. En un principio se apropió de las zonas fronterizas, rechazó los intentos de negociación del sultán turco y un año después condujo su ejército hacia Ikonium, la capital del sultanato. Durante el trayecto, Manuel cayó en una emboscada de los turcos en Miriocefalo y, para salvar su ejército y su persona, aceptó entregar sus recientes conquistas. Sin embargo, un año después los bizantinos derrotaron al ejército del sultán; la división de Anatolia entre bizantinos y turcos siguió siendo aproximadamente la misma”*.

John W. Birkenmeier. *“La evolución de las fuerzas armadas de los Comneno: 1081-1180”*. Pág. 55. *“El fracaso de Myriokefalon no fue un indicio de debilidad para los bizantinos sino más bien un indicador de las limitaciones bélicas contra los turcos. Estos límites habían estado siempre presentes. Juan II había sido igualmente incapaz en su intento de destruir a los danisméndidas”*.

Sir Steven Runciman. *“Historia de las Cruzadas”*, Volumen II, pág. 374. *“Manuel, sin embargo, se percató perfectamente de la significación del desastre, que él mismo comparaba con el de Mantzikert, acaecido más de un siglo antes. La gran máquina bélica que su abuelo y su padre habían construido fue súbitamente destrozada”*.

Costaría muchos años volver a reconstruirla, y de hecho no lo fue nunca. Había tropas suficientes para guarnecer las fronteras, e incluso para obtener algunas victorias menores en los tres años siguientes. Pero ya nunca más podría el Emperador avanzar hacia Siria y dictar su voluntad a Antioquía. Ni tampoco había quedado nada de su gran prestigio que, en el pasado, detuvo a Nur ed-Din, en la cima de su poder, de ir demasiado lejos en sus ataques a la Cristiandad. Para los francos, el desastre de Miriocefalo fue casi tan fatal como para Bizancio. A pesar de su mutua desconfianza y de sus malentendidos, sabían que la existencia de un poderoso imperio era una última salvaguardia contra el triunfo del Islam. En aquel momento siendo gobernante de la Siria del norte el débil muchacho as-Salih², no advirtieron la importancia de la batalla. Pero cuando Guillermo de Tiro visitó Constantinopla, tres años después, y se enteró con detalle de lo que había sucedido, se dio cuenta de los peligros que se avecinaban”.

John Julius Norwich. “Breve Historia de Bizancio”, pág. 277. “Justo pasada la fortaleza de Miriocefalo, la ruta de Manuel conducía por una garganta larga y estrecha; ahí atacaron los selyúcidas, arrasando desde las montañas de cada lado y concentrando su fuego sobre las bestias de carga, cuyos cuerpos muertos pronto bloquearon la carretera en ambas direcciones. Durante un tiempo pareció que era inevitable una matanza general. Luego hubo una calma repentina y un emisario turco llegó al campamento imperial. El sultán, informó, no tenía deseo de que hubiera más derramamiento de sangre; si el emperador consentía destruir las fortificaciones de Dorileo y Subleo –dos fortalezas que había reforzado un año o dos antes-, Kilij Arslan concluiría de buena gana un tratado de paz. Manuel aceptó y los dos ejércitos se retiraron. ¿Por qué el sultán actuó de ese modo? Nunca lo sabremos. Quizá creyó que muy bien pudiera necesitar la ayuda del imperio en el futuro. En cualquier caso el desmantelamiento de las dos fortalezas, permitiendo a sus súbditos extenderse sin traba o cortapisa por dos importantes valles, no sería recompensa pequeña; y Miriocefalo había destruido incuestionablemente las esperanzas de Manuel de reimponer su gobierno por Asia Menor. ¿Qué fue entonces lo que Manuel Comneno logró en Oriente? En lo concerniente a los sarracenos, absolutamente nada, debido a un único error: ateniéndose al tratado de 1162, había dejado a Kilij Arslan a su libre albedrío durante once años, lo cual le había permitido eliminar a sus rivales musulmanes y asentarse como la única fuerza importante en Anatolia oriental. Así pues, Manuel solo había logrado reemplazar a varios gobernantes pequeños y hostiles entre sí por uno solo y resuelto”.

Hans Eberhard Mayer. “Historia de las Cruzadas”, pág. 170. “En el año 1176 Manuel Comneno fue aplastado por los selyúcidas de Anatolia en Myriokefalon (Frigia). La derrota dejó sentir muy pronto la extenuación económica que había hecho posible la brillante política exterior de Manuel. Sin ánimo de exagerar, puede decirse que la batalla de Myriokefalon, comparable en sus consecuencias a la de Mantzikert de 1071, decidió el destino de Oriente. Anatolia se perdió definitivamente a manos de los selyúcidas, que minaron por completo la posición bizantina en Siria y Cilicia, el complejo sistema de equilibrio de fuerzas de Manuel, y los francos se vieron privados de su protector”.

Johannes Lehmann. “Las Cruzadas”, pág. 220. “A la puesta del sol de aquel 17 de septiembre de 1176 apenas quedaba nada del ejército bizantino. El sultán Kilij

² Malik as-Salih Ismail, hijo y heredero de Nur ed-Din, tenía tan solo once años al morir su padre en 1174.

Arslan ofreció la paz al emperador Manuel, poniendo como condiciones que se retirase inmediatamente y que ordenase derribar dos fortalezas que había construido recientemente, Dorileo y Subleo. Dada la situación, el emperador aceptó aquellos términos tan llevaderos y consideró que había salido bien librado. Con este tratado se completaba el paralelismo con la catástrofe de Mantzikert o Malazgirt. En ambos casos los selyúcidas no quisieron explotar sus victorias o, mejor dicho, no se dieron cuenta de las reales dimensiones del hundimiento de Bizancio. En cambio el emperador Manuel sí comprendió con claridad cuáles iban a ser las tremendas consecuencias de la batalla de Myriokefalon, pues hay constancia histórica de que él mismo la comparó con la de Mantzikert. Toda su labor de reconstrucción de la potencia militar se había hundido para muchos decenios. La Roma de Oriente, es decir, Bizancio, conservaba su poderío indiscutible, pero había perdido la capacidad de imponer su voluntad por medio de la espada. Eso sin mencionar la tremenda pérdida de prestigio”.

Emilio Cabrera. “*Historia de Bizancio*”, pág. 226. “*La catástrofe (Myriokefalon) recuerda a la ocurrida poco más de un siglo antes en mantzikert. Como consecuencia de ella los griegos perdieron la mayor parte de Asia Menor. Pero por sobre todo, el desastre de Myriokefalon fue un tremendo fracaso moral para el Imperio y para el propio soberano bizantino. El cronista Guillermo de Tiro cuenta que, desde entonces, el recuerdo de la derrota obsesionó a Manuel I hasta tal punto que le hizo cambiar de carácter*”.

Joseph M. Walker. “*Historia de Bizancio*”, pág. 83. “*En 1176 trato de recuperar el sultanato turco de Ikonium, siendo derrotado en Myriokefalon (junto al lago Egridir), por el selyúcida Kilij Arslan II. Esta gran contrariedad constituyó uno de los más cruciales momentos de la historia de Bizancio, ya que supuso la consolidación definitiva de la presencia turca en Asia Menor. El prestigio del Imperio quedó tan mal parado, que desde entonces fue abiertamente desafiado por Federico Barbarroja, tan diferente como interlocutor a su predecesor Conrado III.*”.

Nicetas Choniates³. “*Oh ciudad de Bizancio: Memorias de Nicetas Choniates*”. Pág. 180. “*Según parece, Manuel no tomó precauciones en cuanto a su ejército, cuando se aventuró por ese camino. Ni aligeró el peso de la carga que transportaban las bestias, ni puso a un lado los vagones que portaban las maquinarias de sitio ni aún intentó derrotar a los turcos en una súbita carga de su caballería ligera por los pasadizos montañosos, facilitando de este modo el avance del grueso de sus fuerzas. Después de recorrer las planicies abiertas, optó por la vía de las hondonadas y desfiladeros, aun cuando se le había advertido de los peligros subyacentes. Muy pronto iba a comprobar estos reportes con sus ojos, cuando los bárbaros, habiendo ocupado las crestas montañosas, le atacarían vaciando sus aljabas con descargas de flechas y poniendo a los romanos en retirada o controlando su avance*”.

Y por cierto, como frutilla del postre, la mismísima referencia que nos hace el propio emperador, Manuel I Comneno, sobre la batalla:

³ Nicetas Choniates, llamado así por proceder de la ciudad de Chonae o Coni, en Asia Menor, fue un historiador bizantino nacido alrededor del año 1155 y, por tanto, contemporáneo de los hechos que nos ocupan. Su obra, “*Historia*”, compuesta de 21 libros (1118-1207) y más conocida como “*Oh Ciudad de Bizancio: Memorias de Nicetas Choniates*” es una fuente de primera mano indispensable a la hora de conocer en detalle lo acontecido en los pasos de Tzivritze.

Manuel I Comneno. “*Carta del emperador a Enrique, rey de Inglaterra*⁴”. “*La mala fortuna de un espacio tan vasto separando a nuestros hombres quiso que las tropas que formaban la vanguardia quedaran ubicadas a una distancia considerable del cuerpo principal de nuestro ejército. En consecuencia, como las hordas de los turcos no contaban con la ventaja de atacarnos por el frente a causa de los combates que ya habían tenido lugar en esa parte, y encontrando que la estrechez del camino tendía a servirles en gran medida, decidieron atacar la retaguardia, lo que oportunamente hicieron. Dado la estrechez del desfiladero, tales ataques se produjeron por la derecha e izquierda y por todos los espacios disponibles, cayendo sus dardos indiscriminadamente sobre nosotros como si se tratara de una verdadera lluvia y matando a gran número de hombres y caballos. De esta manera, viendo que la jornada iba adquiriendo proporciones de desastre, nuestra plana mayor consideró apropiado esperar a aquellos que venían detrás con el objetivo de apoyarles, y así se hizo. Entretanto, ambas secciones debieron afrontar el acoso del infinito número de persas*⁵”.

No existe pues, consenso entre los principales historiadores acerca del impacto y la trascendencia reales de Myriokefalon como sí lo hemos podido observar en relación con la batalla de Mantzikert. Así, mientras algunas destacadas opiniones hablan del asunto en términos de desastre imperial y calamidad comparable a la legendaria batalla de 1071, otras voces argumentan que Bizancio no perdió la compostura tras la derrota y que inclusive llegó a atenuar sus efectos con algunas pequeñas victorias. Lo que sí resulta evidente es que hay un gran trecho en lo que a consecuencias se refiere, entre una batalla y la otra; a diferencia de lo acontecido tras Mantzikert, en los meses que siguieron a Myriokefalon el Imperio no padeció recortes territoriales ni tampoco debió asistir a convulsiones en el seno del poder. Manuel siguió instalado firmemente en el trono y los turcos no avanzaron más allá de la tradicional línea Ankara-Dorileo-Laodicea-Attalia. Las cosas quedaron más o menos iguales entre bizantinos y turcos; no obstante el Imperio perdió una oportunidad magnífica para recuperar el interior de Asia Menor, la meseta anatólica, donde los selyúcidas habían ido lentamente consolidando su incipiente estado. Hasta aquí hemos avanzado a grandes rasgos sobre el tema. Veamos a continuación los detalles, la “*ficha técnica*” de Myriokefalon.

Los contendientes: Izz al-Din Kilij Arslan II y Manuel I Comneno Megas. Primeros enfrentamientos.

Kilij Arslan II era hijo del sultán Masud I (1116-1156) y había sucedido a su padre en 1156, ocho años después de que los ejércitos de la II Cruzada flanquearan el territorio selyúcida, tras ser derrotados en Dorileo (1147). Los primeros años de su largo reinado los sobrellevó manteniendo literalmente un difícil equilibrio entre las pretensiones territoriales de sus vecinos danisméndidas y zengíes, los reclamos dinásticos de su hermano Shahinsha, el vasallaje pretendido por Manuel Comneno de Bizancio, y el permanente flujo de turcomanos, que llegaban procedentes de Oriente, ávidos de tierras y pasturas para sus rebaños. En aquella primera etapa sus territorios se extendían de manera irregular, desde Raban, Kaisun y Behesni, en el Este, hasta Saniana y Sozópolis, al Oeste, limitando por todas partes con poderosos vecinos.

⁴ Extraída de las “*Anales de Roger de Hoveden sobre la historia de Inglaterra y de otros países de Europa, desde 732 a 1201*”.

⁵ Así llamaban los bizantinos a los turcos en aquéllos tiempos.

Sin dejarse distraer por la amenaza que representaba tener un rival dinástico directo en uno de sus flancos (Shahinsha, emir de Ankara), Kilij Arslán II aprovechó la continua llegada de inmigrantes turcomanos para encauzarlos hacia las fronteras bizantinas. En este sentido el valle del Meandro y el limes ciliciano, cuyo control tanto había desvelado a los soberanos Comneno, fueron presa fácil de los desaforados rebaños que acompañaban la migración. La política griega de acercamiento con Nur ed-Din en parte se explica por la necesidad del emperador de poner punto final a su campaña siria de 1158-1159 para poder lidiar con este nuevo frente que amenazaba con desestabilizar todos los logros alcanzados allende el Kalicadnos. Entre 1156 y 1159 los turcomanos traspusieron a voluntad la línea defensiva bizantina, a punto tal que tras la finalización de la campaña de 1159, Manuel fue sorprendido y hostigado durante su regreso a Constantinopla.

Manuel I Comneno, a su vez, había sucedido a su padre, Juan II “el Bueno”, en 1143. El joven basileo había heredado de su antecesor y de su abuelo un ejército formidable y un estado en franca recuperación luego del ignominioso derrape de Mantzikert, acontecido en 1071. El tercer soberano comneno era un personaje inquieto y lleno de energía, sumamente temperamental y audaz, al que la idea de restablecer el antiguo orden imperial le entusiasmaba sobremanera. En esa sintonía ya había intentado someter a los turcos de Rum poniendo sitio a su capital, Ikonium, en 1146, más la llegada de la Segunda Cruzada le obligó a levantar el asedio. Por tanto, las escaramuzas que tuvieron lugar con los turcomanos en 1159 mientras regresaba de someter Antioquía y Cilicia, le dieron la excusa perfecta para regresar al corazón de Asia Menor.

La expedición punitiva que tendría como fin último quebrantar el poderío creciente de los turcos selyúcidas y recuperar parte de las tierras perdidas en Capadocia fue enteramente meditada por Manuel en Constantinopla. El plan consistía en abordar los dominios del sultanato de Rum desde distintas latitudes, sincronizando el movimiento de los aliados, de manera de inducir numerosos frentes para obligar a Kilij Arslán a dividir sus fuerzas. La cancillería bizantina demostró entonces lo mejor de sí al movilizar a acólitos y vasallos por igual: armenios, francos, zengíes y danisméndidas se plegaron a las directrices trazadas contra el enemigo común. Desde el Este Nur ed-Din avanzó por la Alta Mesopotamia, poniendo cerco y tomando Kaisun, Raban y Marash, mientras que el emir Yacub ibn Ghazi invadía la comarca de Albistan. En Cilicia, entretanto, el general bizantino Juan Contostéfano reunía las levas proporcionadas por Thoros II y Reinaldo de Chatillon y, junto con complementos de caballería ligera (pechenegos) provistos por las guarniciones de Tarso, Adana y Mamistra, barría la zona comprendida entre Tyana y Heraclea. Por su parte, Manuel, a la cabeza de un ejército integrado por pronoiarios griegos, mercenarios francos y vasallos servios, se adentraba en el valle del Meandro para interceptar las partidas de algareros que pillaban el campo.

Desesperado, Kilij Arslán no tuvo más remedio que fragmentar su ejército, tal como lo había anticipado la diplomacia bizantina. Una importante fuerza salió con presteza hacia el Este, a fin de cerrar el paso a las tropas de Juan Contostéfano, mientras el sultán en persona permanecía en Iconio para proteger la capital de un eventual ataque del basileo. Identificadas por tanto las prioridades, a Yacub Arslán y a Nur ed-Din se les dejó con las manos libres para actuar casi impunemente en la región que otrora perteneciera al armenio Kogh Vasil. Había que defender el núcleo central del territorio selyúcida y la principal amenaza provenía de Cilicia y Frigia. No obstante, la aplastante

victoria obtenida por Juan Contostéfano sobre las fuerzas enviadas contra él para detenerle terminó desanimando al sultán turco. Cristóforo, el canciller cristiano de Kilij Arslán, fue rápidamente enviado en busca de Manuel para pedir condiciones.

El conflicto acabó en 1161 cuando las embajadas acordaron un cese de hostilidades con ventajas ostensibles para el basileo. Los delegados de Kilij Arslán consintieron entre otras cosas en:

- Devolver las ciudades recientemente arrebatadas al Imperio⁶.
- Asistir al emperador con ayuda militar cada vez que éste lo considerase necesario.
- Respetar las fronteras griegas.
- Suspender las algaradas e incursiones de saqueo.
- Mantener bajo control a los indóciles turcomanos impidiendo que franquearan el limes bizantino, especialmente en la zona de los fértiles valles de Asia Menor occidental.

Por su parte, Kilij Arslan, cumpliendo la letra chica del tratado, viajó a continuación a Constantinopla para rendir pleito homenaje a Manuel. En la capital imperial fue instalado en una de las alas del palacio de Blaquernas que el emperador había mandado especialmente a construir para alojar a su huésped. Allí el sultán pasó las siguientes doce semanas⁷, asistiendo azorado a todos los banquetes, torneos y conciliábulos dispuestos por la cancillería imperial, a instancias del mismísimo emperador. Por fin, al iniciarse la decimotercera semana Kilij Arslan, cargado de presentes, fue autorizado a abandonar Constantinopla. Se marchó inmediatamente de regreso a su capital, sumamente impresionado, aunque también con la ligera sospecha de que mientras más incumpliera los tratados mayores concesiones obtendría para renovarlos. El tiempo demostraría que estaba en lo cierto.

Beneficios y perjuicios de la política oriental implementada por Manuel tras el tratado de 1162.

Hacia 1162 las directrices de la política imperial en Oriente, lejos de propiciar la debacle de los selyúcidas, tendían a favorecer un equilibrio de fuerzas en la región⁸. El emperador, que había estado enfrascado en una guerra difícil con los normandos de Italia meridional⁹, no pretendía otra cosa que consolidar la preeminencia de Bizancio sobre los estados latinos fundados tras la Primera Cruzada, esto es, el principado de

⁶ Según parece, una de las condiciones estipuladas era la devolución al Imperio de la gran ciudad de Sivas, la antigua Sebastea, en el norte.

⁷ Nicetas Choniates habla de 80 días.

⁸ Tal política de enzarzar a los enemigos entre sí para mantenerles ocupados y bajo control ya se venía poniendo en práctica en los territorios asiáticos desde los días de Juan II Comneno (1118-1143). Entonces la prioridad del padre de Manuel había sido maniar el poderío creciente de los emires danisméndidas, contra los cuales llegó a realizar una campaña por año entre 1130 y 1135, empleando muchas veces auxiliares de entre los turcos de Ikonium entre sus filas.

⁹ Manuel había invadido Italia desde Ancona, en 1154, en respuesta a los ataques normandos a Grecia, ocurridos siete años antes. La campaña, que en un principio se desarrolló exitosamente, pronto entró a ralentizarse como consecuencia de la defección del Sacro Imperio y de Venecia, que dudaban en propiciar la reimplantación del dominio bizantino en Apulia y Calabria. El 28 de mayo de 1156, una derrota en las afueras de Brindisi obligó a los bizantinos a buscar la paz, que se firmó finalmente dos años más tarde.

Antioquía, el condado de Trípoli y el reino de Jerusalén¹⁰. Sabía que su imperio, con todo el potencial bélico restaurado a pleno por su padre y su abuelo, constituía la salvaguarda de aquéllos frente a los emires y capitanes de Nur ed-Din. Mientras las tropas de Manuel circularan por las inmediaciones, éste es, campo traviesa de Cilicia y Siria, ningún potentado musulmán se arriesgaría en una campaña seria contra alguna de las fronteras cristianas del vecindario, que eran muchas y muy extensas. Las dos expediciones dirigidas por Juan II y la más reciente, encabezada por Manuel I, no dejaban margen para la incertidumbre: Cilicia, Siria y Palestina eran consideradas verdaderos protectorados por los basileos. Y si bien es cierto que aún los musulmanes podían arrebatar a los cristianos alguna importante ciudad, como ya lo habían hecho con Edesa, Turbessel o Birejik, parecía evidente que, por el momento, Antioquía, Trípoli y la propia Jerusalén no corrían peligro.

La fortaleza y majestad de Bizancio en esas latitudes, que ayudaba a mantener saludables los perímetros de los estados francos de ultramar, se complementaba con un segundo factor para hacer posible el mencionado equilibrio de fuerzas: la desunión reinante en el Islam. Al norte de los territorios de Nur ed-Din, el sultanato de Rum y los emiratos danisméndidas de Cesarea, Malatya y Sebastea se disputaban el corazón de Anatolia y los valles del Halys. Tales enfrentamientos sustraían importantes recursos materiales y humanos, debilitando sobremanera a dichos estados frente a otra potencia que, desde la Alta Mesopotamia y Siria, se mantenía a la expectativa para sacar partido del conflicto: el estado de los zengíes. Pero inclusive la entidad fundada por Zengi tenía sus propios problemas domésticos, con emires siempre dispuestos a independizarse y parientes que Nur ed-Din no podía controlar. Para colmo de males, al Este, el califa de Bagdad revestía una autoridad espiritual que el sucesor de Zengi, Nur ed-Din, no podía desconocer. Y en el Sur, el califato rival de los fatimíes controlaba Egipto y sus inagotables recursos, evitando que el Islam se cerrase como una mano sobre los estados trinitarios por las desavenencias de sus líderes. Tanto Manuel como los gobernantes cristianos de Siria y Palestina sabían que sus mejores posibilidades pasaban por la desunión de los musulmanes, por lo que habían aprendido a la perfección a aprovecharse de ella. En otras palabras, divide y vencerás era la consigna. Y claro, se trataba de una opción muy económica ya que implicaba un mero trámite diplomático muchas veces acompañado de una concesión monetaria que usualmente salía del erario imperial. En cualquier caso, no suponía costosas y arriesgadas campañas militares en los extremos de las dilatadas líneas de comunicación asiáticas.

La única pata débil de tal política era que el equilibrio estaba garantizado más que nada por el capricho de los potentados involucrados cuando lo ideal hubiera sido que dependiera de políticas sustentables y sostenibles a mediano y largo plazo. Así, por ejemplo, Nur ed-Din, señor de los zengíes, con sede en Alepo, sobre la retaguardia de los turcos rumi, era una pieza esencial del tablero para contener a Kilij Arslan II, sultán de Ikonium¹¹. Algo parecido sucedía con los emires danisméndidas de Sebastea y Melitene: Yaghi Basan y Nasir al-Din Mohamed respectivamente. Con sus territorios emplazados al norte de los dominios selyúcidas, ambos soberanos encajaban perfectamente en la estrategia de Manuel tendiente a mantener maniatado a Kilij Arslan.

¹⁰ El condado de Edesa había desaparecido en 1144 por obra de Imad ed-Din Zengi, atabek de Alepo y Mosul.

¹¹ Ya en 1158, al término de la campaña que le llevara hasta Antioquía y Alepo, Manuel había firmado un tratado con los zengíes por medio del cual se aseguraba la asistencia militar de Nur ed-Din contra los turcos de Ikonium.

Pero también este último era una figura imprescindible a los fines de impedir que todos los anteriores hicieran y deshicieran a sus anchas. Y es que para esa época, aunque el ejército bizantino constituía una fuerza poderosa y temible, no era numeroso y tampoco podía estar en todas partes para guarnecer las fronteras. En consecuencia, los potentados musulmanes eran necesarios y funcionales; solo habría que averiguar qué sucedería cuando uno de ellos llegara a faltar por la causa que fuese.

Por lo pronto, la estancia de Kilij Arslan en Constantinopla permitió a Manuel ejercer sobre su huésped todo el poder de la persuasión, que los bizantinos tan bien sabían emplear echando mano a singulares mecanismos y artimañas de su aceitada diplomacia. El sultán de Ikonium accedió a firmar la paz y regresó a su capital; a priori partió dejando al basileo con las manos libres para ocuparse de los asuntos europeos del Imperio: Italia, Servia y Hungría eran ahora los nuevos objetivos de Manuel, que seguía jugando con la idea de la *renovatio imperii* de antaño.

Hungría distrae la atención de Manuel I.

La paz de 1158 con los normandos y el tratado de 1162 con los selyúcidas permitieron a Manuel contar con efectivos militares adicionales para sus nuevas empresas, recursos que de otra manera habrían estado abocados a la defensa de las extensas fronteras asiáticas. La súbita aparición de un nuevo frente de conflicto había tenido lugar con la muerte del rey de Hungría, Geza II, que había desatado una guerra por la sucesión al trono húngaro entre los hermanos de éste, Ladislao II y Esteban IV, candidatos de Manuel, y su hijo, Esteban III. En las luchas que se desataron en torno a la corona magyar, Manuel vio una inmejorable oportunidad para imponer la influencia de Bizancio mas allá del Danubio en detrimento de la supremacía que hasta entonces habían ostentado o aspirado los emperadores alemanes, en especial, Federico I Barbarroja.

Los siguientes cinco años vieron a lo mejor de las tropas bizantinas combatir en la región de Sirmium codo a codo con los aspirantes magiars del partido pro-griego. Inclusive el mismo Manuel se puso al frente de la campaña cuando parecía que sus planes estaban a punto de zozobrar. Finalmente, hacia 1167, luego de que el monarca húngaro hubiera violado los últimos acuerdos firmados, el basileo resolvió a liquidar el pleito mediante una invasión a gran escala. Las fuerzas imperiales se concentraron entonces en Sárdica, la moderna Sofía, y, comandadas por el duque de la flota, Andrónico Contostéfano¹², marcharon al encuentro del ejército húngaro, que incluía un gran número de mercenarios alemanes entre sus filas.

¹² Acorde con las palabras de Nicetas Choniates, Manuel, que se había tornado a la sazón un creyente devoto de la astrología y de los signos de las estrellas, recibió de Constantinopla una extraña noticia en torno a dos estatuas femeninas, de bronce, ubicadas debajo de un gran arco en la sección occidental del foro de Constantino, llamada Mujer Romana una, y Mujer Húngara la otra. El caso es que la Mujer Romana se había desplazado de su posición original mientras que su compañera seguía impertérrita sobre el suyo, lo que originó acalorados debates en torno a la interpretación del asunto. Entretanto, Manuel había mandado a reposicionar la estatua de la Mujer Romana y a defenestrar a su par húngara con el anhelo de revertir la suerte de los eventos que iban a tener lugar en el campo de batalla. Al final, el alto mando aconsejaría al emperador permanecer expectante en Sárdica, mientras asignaba la jefatura del ejército a Contostéfano.

Acorde con las fuentes de la época, esto es Juan Cinnamus y Nicetas Choniates, el ejército imperial, plantado en el campo de batalla con el río Sava a sus espaldas, estaba conformado por tres divisiones compuestas cada una por infantería y caballería en una proporción de tres a uno. El ala derecha, encabezada por el cartulario Andrónico Lampardas y Juan Contostéfano, hermano del mega duque, estaba compuesta por unidades de elite griegas y por regimientos alemanes y turcos; el ala izquierda, por su parte, se conformaba de unidades de infantería y caballería griegas en su gran mayoría¹³, y estaba dividida a su vez en cuatro grupos de similares características, asignados respectivamente a los hermanos Branas, Demetrio y Jorge, el armenio Kogh Vasil y Taticio Aspietes¹⁴. Por fin, el centro estaba compuesto por dos divisiones: una que hacía las veces de vanguardia, integrada por jinetes arqueros cumanos y turcos, y otra que se adosaba casi inmediatamente detrás, comprendiendo a la selecta y formidable guardia varega, a la *etairia*, y a complementos de caballería valaca e infantería pesada servia. Andrónico Contostéfano detentaba el mando general, si bien comandaba el cuerpo central en persona. Detrás de cada sección, se había apostado la reserva, separada a su vez en tres cuerpos e integrada por arqueros, infantería y caballería acorazada procedente de los emiratos vasallos de Asia Menor. Entretanto, y acorde con Nicetas Choniates, el comandante húngaro, un tal Dionisio o Dénes, conde de Bacs, había formado a sus tropas mezclando indiscriminadamente caballería e infantería, en una gran línea frontal muy compacta y abigarrada.

Las acciones dieron comienzo el 8 de julio de 1167 con una carga y ulterior retirada de los jinetes arqueros que conformaban la vanguardia del centro imperial. La estrategia consistía en atraer a los húngaros directamente sobre las líneas del ejército bizantino que aguardaban impacientes a escasa distancia del curso de agua, y por cierto, los húngaros cayeron en la trampa. Picando espuelas se adelantaron en masa y en un breve centelleo de los aceros pusieron en retirada a parte del ala izquierda griega, de la cual únicamente conservaron sus posiciones las unidades comandadas por Kogh Vasil y por el general Aspietes¹⁵. En la otra dirección, el centro y el ala derecha imperial lograron afirmarse en el terreno pese a la furibunda carga de la caballería magiar, dando a Lampardas el tiempo necesario para reagrupar a sus hombres y volver a la lucha. En este punto Choniates refleja la intensidad de la batalla con las siguientes palabras: “*los escudos presionaban sobre los escudos, los yelmos sobre los yelmos y los hombres sobre los hombres; los caballos estaban cabeza contra cabeza*”.

Un oportuno contraataque de Lampardas sobre la guardia de corps del comandante húngaro condujo a las tropas magiares a internarse aún más en la trampa dispuesta por Contostéfano. Fue el punto álgido de la batalla, aquél mismo a partir del cual una decisión acertada o equivocada suele torcer las tornas a favor de uno u otro bando. Por el lado húngaro, Dionisio continuó peleando impertérrito, casi rodeado por todas partes, como si la fuerza y potencia de su caballería fueran de por sí suficientes para liquidar el pleito. Andrónico Contostéfano, en cambio, observando que la batalla se complicaba con el paso de los minutos, resolvió jugar la última carta a su disposición, que aún

¹³ Las fuerzas nativas se habían enrolado entre los pronoiarios y los estratiotas sobrevivientes al colapso del sistema de leva de soldados-campesinos, en una proporción de nueva a uno aproximadamente.

¹⁴ Probablemente un pariente del famoso general bizantino de los tiempos de Alejo I Comneno, Taticio, que tuviera un papel destacado en el primer tramo asiático de la Primera Cruzada.

¹⁵ Hasta aquí la versión de Juan Cinnamus. Nicetas Choniates en cambio relata que Andrónico Contostéfano se adelantó al frente de ambas alas de su ejército, para presionar y cortar la retirada de su oponente, mientras su caballería ligera se abalanzaba directamente sobre la línea frontal enemiga para hostigarla mediante una nutrida lluvia de proyectiles.

conservaba intacta cerca de las márgenes del Sava: hizo adelantar su reserva, donde se concentraba casi lo mejor de la caballería acorazada. La maniobra fue demasiado para los jinetes húngaros, quienes abrumados al cabo de un breve duelo de lanzas y picas, volvieron grupas y empezaron a escapar. A continuación, los bizantinos redondearon la triunfal jornada saqueando el campamento enemigo y tomando un gran número de prisioneros.

La batalla de Sirmium, que permitió a Manuel dictar su voluntad más allá de Belgrado e imponer su política en Hungría¹⁶, no devolvió sin embargo la paz en las provincias Balcánicas. Y es que ni bien el conflicto con el reino de Esteban III se hubo aplacado, un levantamiento en el corazón de Servia, dirigido por Nemanja, volvió a desviar la atención del basileo de sus asuntos en Asia Menor. La autoridad imperial en Servia no se había establecido de manera efectiva y, a lo largo de los años precedentes, el emperador había buscado reforzarla mediante la entrega de títulos nobiliarios entre la familia eslava reinante. A tal fin había investido al hermano mayor de Nemanja, Tihomir, como gran Zupán de Rascia, mientras que al propio Nemanja le había reservado un señorío en los territorios de Dubočica. Hacia 1167 este último se rebeló contra sus hermanos y les derrotó en la batalla de Pantino, tras lo cual se autoproclamó gran Zupán. Desde entonces el escurrizado noble servio se abocó a la creación de una alianza contra Bizancio, en la cual, de acuerdo con sus planes, habrían de participar Venecia y Hungría, e inclusive la flota alemana. Con suerte diversa, los enfrentamientos perduraron hasta 1172, en que la muerte de Esteban III y la defección de Venecia, por un lado, y una oportuna victoria obtenida por Manuel sobre Nemanja, por el otro, pusieron punto final a la gran coalición anti-bizantina. Sin temor a equivocarnos en la presente afirmación, quizá hayan sido precisamente la incorporación de Bosnia, Servia y parte de Croacia y Dalmacia, junto con la supremacía lograda sobre Hungría, los mayores logros alcanzados en el plano militar bajo el reinado del tercer Comneno. Con todo, en Asia Menor, el panorama había vuelto a trastocarse y oscurecerse debido a la inacción del basileo.

Parte II: Los años previos a la gran batalla.

El contexto anatólico desde 1162 hasta la batalla de Myriokefalon.

Con referencia al acuerdo de paz alcanzado entre Manuel y Kilij Arslan tras la campaña bizantina de 1161, Sir Steven Runciman es por demás preciso y concluyente: *“Bajo esta luz (el historiador se refiere al tratado aludido) debemos juzgar la política oriental de Manuel. Había ganado una importante batalla para su prestigio y había sojuzgado, temporalmente al menos, a los selyúcidas, amenaza principal de su imperio. Su victoria proporcionó a los francos¹⁷ algunas ventajas. Nur ed-Din no había sido vencido pero sí atemorizado. Ya no intentaría un ataque directo contra territorio cristiano. Al mismo tiempo, la paz con los selyúcidas volvió a abrir el camino por tierra a los peregrinos de Occidente. Aumentó su número y el que no llegaran más se debió a*

¹⁶ Como consecuencia de la batalla de Sirmium, Esteban III debió entregar rehenes a los bizantinos (su hermano Bela, el futuro Bela-Alejo, hijo de Geza II, ya había sido enviado a la corte bizantina en 1164), pagar tributo y comprometerse a apoyar militarmente al emperador siempre que se le requiriese.

¹⁷ Steven Runciman alude en este caso al principado de Antioquía, al condado de Trípoli y al reino de Jerusalén, cuyos soberanos habían accedido a reconocerse vasallos del emperador durante su última campaña por Cilicia y Siria, hacia 1158.

*la política occidental, a las guerras entre los Hoenstaufen y los partidarios del Papa en Alemania e Italia y a las luchas de Capetos y Plantagenet en Francia. Pero aunque Bizancio seguiría ejerciendo la influencia preponderante durante los próximos veinte años en el norte de Siria, sus verdaderos partidarios entre los francos fueron muy pocos*¹⁸.

En suma, lo que Manuel había puesto en práctica en la sección oriental del Imperio era una política conservadora, de *statu quo* se podría decir, subordinada a las metas trazadas para la mitad occidental, lo que en parte tenía cierta lógica. Del Oeste procedían las mayores amenazas, hacia el intervalo de tiempo comprendido entre 1160 y 1170: Venecia, el Sacro Imperio, Hungría, Servia y el reino normando de Italia eran en conjunto un enemigo con un peso específico mucho mayor al que constituían los turcos de Rum en el Este, para esa misma época¹⁹. Sin embargo, como antes sucediera con Masud en tiempos de Juan II Comneno, ahora también su sucesor, Kilij Arslan II, casi sin estridencia ni altanería, se había propuesto proyectar su autoridad más allá de las riberas del Halys y de los cordones montañosos del Antitauro. Aprovechando la distracción momentánea del basileo, el sultán de Ikonium había vislumbrado la oportunidad de obtener ventajas territoriales merced a sus vecinos del Norte y del Este, y resolvió no dejarla pasar.

Así pues, mientras los ejércitos bizantinos eran desplegados a lo largo de las fronteras balcánicas para combatir contra húngaros y serbios, casi al mismo tiempo, en Asia Menor, Kilij Arslan empezaba a presionar sobre las fronteras danisméndidas de los emires de Melitene, Cesarea, Sebastea y Albistan. Ya en la década precedente, los turcos de Ikonium habían probado suerte más allá de la línea imaginaria Archelais-Comana-Coxon, apenas muerto Masud en 1155. Todo, como consecuencia de las disputas acaecidas en torno a la herencia: sus dos hijos, Shahinsha y Kilij Arslan empezaron a reñir entre sí nomás producida la defunción del sultán, el primero bajo el acicate de los príncipes danisméndidas, Dhul-Nun de Cesarea y Dhul-Qarnain de Melitene, y el segundo, secundado por Yaghi Basan de Sebastea. Ese mismo año, Kilij Arslan, que había conseguido establecerse en la capital del sultanato, pudo derrotar en batalla a Yaghi Basan en Aqserai (Archelais, la antigua Garsaura), cerca de Nigde. En consecuencia, el emir de Sebastea realizó un llamamiento desesperado a su aliado, Nur ed-Din, quien en un súbito avance se hizo con el control de las ciudades de Aintab, Duluk y Marzban²⁰. Fue un duro golpe para el prestigio del novel sultán, quien a continuación intentó organizar una alianza contra el atabek de Alepo con los armenios de Cilicia, agrupados en torno a Thoros, y los francos de Antioquía, que respondían a las órdenes de Reinaldo de Chatillon. Fue sin duda un paso en falso que dio el señor de Qonya, ya que la única acción efectiva tomada contra los zengíes la dirigió el príncipe de Antioquía, y no pasó de ser una simple razzia para pillar los territorios ubicados entre Alepo y Harenc.

Hacia 1158 Kilij Arslan había logrado afirmarse como señor de Ikonium, obligando a su hermano a refugiarse en las cortes de sus aliados danisméndidas de

¹⁸ Steven Runciman, *“Historia de las Cruzadas”*, Vol. II, Pág. 325.

¹⁹ Lo dicho en dicho párrafo no se contradice con las palabras de Runciman, expresadas en el párrafo anterior. Los turcos de Ikonium, al decir del historiador inglés, había sido potencialmente el enemigo más peligroso para el imperio en la década de 1150-1160.

²⁰ Runciman indica que posiblemente Nur ed-Din también logró imponerse en Samosata, junto al Eúfrates.

Cesárea y Melitene. Y si bien se había visto obligado a ceder sus territorios en el Éufrates a los zengíes, al año siguiente se sintió lo suficientemente fuerte como para hostigar al emperador durante su regreso de Siria. Para Manuel fue la gota que colmó el vaso; la guerra que se inició a continuación y a la cual ya nos hemos referido antes, devino en el tratado de paz de 1162. Así, pues, mientras el sultán se comprometía a devolver algunas ciudades al imperio y a prestarle ayuda militar como vasallo, a sus espaldas Nur ed-Din conquistaba Raban, Kesoun, Behesni y Marash.

Fue quizá el punto más bajo, atiborrado de necesidades acuciantes y peligros potenciales, del reinado de Kilij Arslan II, desde que sucediera a su padre en el trono. Y sin embargo, fue también una época de nuevas oportunidades, el punto de partida para consolidar al estado de Ikonium como una entidad política próspera y estable, en el corazón de Anatolia. Dado que Manuel Comneno se hallaba a la sazón desbordado de problemas en sus fronteras balcánicas, el momento era propicio para intentarlo. En la retaguardia Nur ed-Din se hallaba ocupado en la conquista de Egipto, por lo que una invasión a los territorios danisméndidas del norte contaría con muchas probabilidades de éxito. En 1164 Kilij Arslan partió con su ejército y, tal como lo había previsto, no halló inconvenientes en despojar a su hermano Shahinsha de la gran ciudad de Ankara. A poco, su caballería plantaba los estandartes de Qonya en los territorios danisméndidas de Capadocia, que pertenecían al emir Dhul-Nun, al mismo tiempo que lograba recuperar de manos zengíes las ciudades de Kesoun, Behesni y Marash, en la frontera oriental.

En términos económicos, sociales y arquitectónicos, la década 1160-1170 fue un período de relativa bonanza para los turcos del sultanato de Rum. Hasta entonces los sultanes habían pasado gran parte de su vida peleando entre sí o combatiendo contra sus vecinos, cuando no soportando el paso de las cruzadas, una lucha que había insumido casi todos los recursos procedentes de las conquistas, primero (1071-1092), y de la rapiña y guerras defensivas (1092-1160), después. Hacia 1161, con el debilitamiento del poder danisméndida, las cosas estaban dadas para el florecimiento del estado selyúcida; la supervivencia cedía su lugar a la consolidación²¹. Y el proceso comenzó a palpase en la vida cotidiana misma; el comercio empezó a expandirse, se abrieron nuevas rutas a tal fin, y, a la par de las mismas, no tardarían en aparecer los caravasares²² para albergar a los viajeros y mercaderes, lo que a su vez propiciaría el desarrollo de la construcción con un acabado estilo arquitectónico autóctono. Entretanto, los turcomanos que seguían irrumpiendo desde el Este en busca de nuevas pasturas, eran desviados concienzudamente hacia los ricos valles de Anatolia occidental, adonde terminaban

²¹ Rehusándose siempre a confrontar a Manuel en el campo de batalla, Kilij Arslán II aprovechó la indolencia de los griegos para mejorar la cohesión del estado que había heredado. Promovió el comercio y a través de la arquitectura supo dotar al sultanato de una identidad que se había negado a prender bajo sus antecesores. Aparecieron las primeras escuelas de teología y ciencia siguiendo quizá el modelo imperante en Mosul y Alepo. El desarrollo social y económico de Iconio, promovido por la política dadivosa de Manuel y favorecido por las caravanas que surcaban las arterias del sultanato, no tardaría en revelar sus frutos; a poco Iconio disputaba la Alta Mesopotamia a los zengíes y las capitales mismas de los estados danisméndidas.

²² Los caravasares eran construcciones generalmente rectangulares, con un pórtico de entrada exquisitamente decorado y un patio interior amplio y abierto, limitado en su perímetro por habitaciones, nichos, almacenes y establos. Los comerciantes y viajeros encontraban allí todo lo necesario para satisfacer las necesidades del viaje; desde comida, agua y descanso para sí y sus animales de carga y transporte, hasta las comodidades y el silencio indispensables para cumplir con sus rituales y obligaciones religiosas. Algunos autores sostienen que el primer caravasar se construyó en 1206 y el último en 1779, mientras que la mayoría fue edificada entre los años 1220 y 1250, en pleno auge del sultanato de Rum.

riñendo con las guarniciones griegas. En un estricto sentido geopolítico, fue uno de los mayores errores de Manuel I Comneno: permitir que todo lo anterior ocurriera aún cuando una de las metas más anheladas por el basileo era recuperar el centro de Asia Menor para el Imperio.

La muerte de Nur ed-Din: final de la estrategia imperial del divide y vencerás.

Nur ed-Din, al igual que su antecesor Zengi y quien sería más tarde su sucesor, Saladino, representó para el Islam del siglo XII una esperanza al mismo tiempo que una figura épica, sino legendaria, luego de todos los sinsabores padecidos durante y tras la Primera Cruzada (1097-1099). Si bien la caída de Edesa en manos de Zengi, hacia 1144, había constituido el primer atisbo serio de reunificación del mundo musulmán contra los invasores trinitarios llegados con las cruzadas, no fueron sino los éxitos de Nur ed-Din los que dieron impulso a la contraofensiva islámica, la Yihad. El núcleo original de poder del atabek se hallaba en Siria y la Alta Mesopotamia, Alepo y Mosul, pero pronto, la conquista de Damasco, seguida de cerca por la de Egipto (1171)²³, acomodó negros nubarrones sobre el horizonte de la Cristiandad oriental. Desde lejos, sentado en su trono en Constantinopla, o cabalgando campo traviesa por las planicies del sur de Hungría, Manuel miraba no sin aprehensión lo que estaba germinando al otro lado de su imperio. Se trataba ni más ni menos que de una paradoja: la presencia de Nur ed-Din, al mismo tiempo que amenazadora, resultaba indispensable para mantener a raya a los turcos de Ikonium. Y sin embargo constituía el toque de difuntos para la estrategia de los francos de Ultramar, consistente en aprovecharse de la desunión del mundo musulmán que les rodeaba por todos lados. Esta política basada en la creencia de que el enemigo de mi enemigo es mi amigo funcionó de maravillas durante un tiempo... obviamente no podía durar para siempre, al estar supeditada a los caprichos de las personas y, más aún, a su reloj biológico.

Como ya hemos señalado, hacia mediados del siglo XII, tanto Kilij Arslan como Nur ed-Din representaban piezas imprescindibles en el rompecabezas de la política exterior bizantina. Ambos se temían y respetaban mutuamente por lo que uno servía de dique de contención para los sueños de grandeza del otro y al revés. En cuanto a Bizancio, los sentimientos de ambos potentados eran diametralmente opuestos. Nur ed-Din había tenido la oportunidad de medir sus fuerzas contra las tropas imperiales en las luchas que mantenía contra el condado de Trípoli. En 1163, mientras el atabek asediaba el castillo del Krak, un regimiento griego bajo el mando del general Constantino Coloman colaboró con los francos para liberar a la fortaleza. Nur ed-Din y sus secuaces debieron retirarse en desorden hacia Homs. Al año siguiente, no obstante, el gobernador de Alepo consiguió desquitarse en la batalla de Artah (10 de agosto de 1164), donde hizo muchos prisioneros entre sus mayores enemigos: el mismísimo Constantino Coloman, Bohemundo de Antioquía, Raimundo de Trípoli y Hugo de Lusignan cayeron en su poder. Aún así, Nur ed-Din sentía un temor cerval por los bizantinos y fue ese temor el que salvó a Antioquía, huérfana de príncipe, de precipitarse como una fruta madura, en sus manos. “*Se nos cuenta que (Nur ed-Din) tenía un miedo especial a la presencia del contingente bizantino*”, afirma Steven Runciman en este sentido²⁴.

²³ La conquista de Egipto se logró con la supresión del califato fatimita.

²⁴ Steven Runciman, “*Historia de las Cruzadas*”, Volumen II, Pág. 336.

Kilij Arslan II, entretanto, quizá por hallarse geográficamente más próximo a la frontera griega, conocía mejor las vicisitudes del humor imperial. Además, respecto de Bizancio, los selyúcidas de Ikonium tenían una tradición ghazi mucho más prolífica que sus primos zengies, precisamente a causa de esa cercanía. En otras palabras, mientras que Nur ed-Din temía y reverenciaba al Imperio, Kilij Arslan solo lo respetaba y la medida que separaba ambas posturas daba mayor margen de acción al sultán turco, quien a veces hasta se animaba a desafiar al emperador²⁵.

Entre 1171 y 1173, habiendo puesto fin al califato fatimita de Egipto, Nur ed-Din encontró el tiempo y los recursos necesarios para regresar al Norte, donde Kilij Arslan estaba a un paso de suprimir definitivamente la autoridad de los emires danisméndidas de Melitene y Sebastea²⁶. En realidad fueron los llamados desesperados de su aliado Dhul-Nun los que atrajeron la atención del atabek de Alepo²⁷. Con tropas propias y refuerzos procedentes del Jezireh y Cilicia²⁸, Nur ed-Din realizó cuatro campañas en territorio selyúcida, la última de las cuales dirigió en persona. En 1173, habiendo dejado precipitadamente Damasco, el atabek reconquistó Marash y Behesni y en septiembre, acompañado por el armenio Mleh, marchó sobre Rum Qalat (Hromkla), en el Eúfrates, al norte de Birejik. La contraofensiva acabó abrumando a Kilij Arslan, que de inmediato envió una delegación para proponer la paz. Solo cuando el sultán se hubo comprometido a devolver Ankara y Sebastea a sus legítimos dueños, Nur ed-Din aceptó refrendar el tratado. Entre las cláusulas, el atabek incluyó una para garantizarse el compromiso de su rival: un regimiento bajo el mando del visir de Mosul, Abd-al-Massih, fue enviado a Sivas para hacer las veces de guarnición.

A finales de 1173 estaba claro que las relaciones entre Nur ed-Din y Saladino, que gobernaba Egipto en su nombre desde 1169, no marchaban para nada bien. Hacía tiempo que el atabek se había dado cuenta de la peligrosidad de su visir y temía que su creciente estrella llegase a opacar su papel de líder que le asignaba el Islam. Pero no fue sino las evasivas dadas por Saladino para avanzar contra el reino de Jerusalén, mientras Nur ed-Din descendía desde Damasco para atenazar a los cristianos desde el Norte, lo que hizo estallar finalmente el conflicto entre ambos. Parecía que la desunión de los

²⁵ El primer indicio importante de una eventual ruptura entre Constantinopla e Iconio tuvo lugar tras la batalla de Artah, cuando la captura de Constantino Coloman dejó vacante el ducado de Cilicia. El nuevo gobernador imperial, Alejo Axuch, al decir de Juan Cinnamus (Cinnamus, ed. Meineke, pp. 260-269), no tardó en entablar relaciones amistosas con el sultán llegando inclusive a planificar un complot contra el emperador (acusación que Choniates rechaza de plano) durante una de sus visitas al palacio de Kilij Arslán II, en Iconio. Advertido de la maniobra por Alejo Kasiano, un comandante militar de probada lealtad, el basileo mandó a llamar a Axuch cuyo procesamiento fue encomendado a Juan Ducas, comandante militar de Dalmacia, al logotete Miguel, al eunuco Tomás y al sebastos Nicéforo Kaspax. Corría entonces el año 1167 y el Imperio se encontraba en guerra contra Hungría, de manera que no les fue posible a los griegos tomar represalias contra el sultán.

²⁶ Entre 1168 y 1170 Kilij Arslan II había atacado a los danisméndidas arrebatándoles Albistan, Cesarea Mazacha y Ankara. En 1171 asedió la capital de su antiguo aliado, Dhul-Qarnain, ahora regida por su hijo, Nasir al-Din Mohamed, pero la oportuna intervención del emir ortóquida de Hisn Kaifa, Nur ed-Din Mohamed, salvó la jornada para el emir. El ulterior intento del sultán contra Sebastea fue finalmente lo que alentó a Nur ed-Din a dejar damasco y retornar al Norte, a fin de auxiliar a su vasallo Dhul-Nun.

²⁷ En 1172 Nur ed-Din tentó a Kilij Arslan para unírsele en un ataque contra la gran ciudad cristiana de Antioquía, dependencia nominal de Bizancio, una prueba por demás concluyente de que el sistema de alianzas funcionaba en todas las direcciones, inclusive en contra del propio Manuel. Sin embargo, una advertencia procedente de la corte imperial bastó para que el sultán de Qonya rechazara la propuesta del atabek de Alepo.

²⁸ Hacia 1168, Nur ed-Din había logrado imponer a Mleh (1168-1175), recientemente convertido al Islam, como señor de los armenios roupénidas de Cilicia, frente a los demás herederos del príncipe Thoros II (1144-1168).

musulmanes volvía a ser funcional a los objetivos de Bizancio y de los francos de Ultramar. Pero las expectativas al respecto iban a durar muy poco.

En la primavera de 1174, Nur ed-Din viajó a Damasco para preparar su campaña contra Egipto. Allí se hallaba aguardando por la llegada de refuerzos procedentes de Mosul y de los ortóquidas de Hisn Kaifa, cuando el 15 de mayo le sobrevino súbitamente la muerte. Su desaparición representó un golpe enorme para el mundo islámico que pronto atenuaría la entrada de lleno en escena de Saladino. Para los francos y, especialmente para Bizancio, en cambio, supuso el final de una era caracterizada por la sutileza en el manejo de la diplomacia, y el comienzo de otra, que iba a estar signada por sangrientas y humillantes derrotas.

El reposicionamiento de Kilij Arslan II.

Todavía no se había purificado el cuerpo de Nur ed-Din según los usos y tradiciones islámicos, para su ulterior entierro, cuando en el corazón de Anatolia ya sonaban los címbalos y tambores marcando los tiempos de guerra que se avecinaban en esas latitudes. Y es que, tan pronto como el sultán de Ikonium se hubo enterado del deceso de su rival, resultó evidente que las horas de los dos fragmentos sobrevivientes del otrora gran mosaico erigido por Danishmend, estaban contadas. Súbitamente tanto Dhul-Nun de Sebastea, como Afridun de Melitene, perdieron a su leal protector, al garante de su mismísima existencia. Recreando la reacción de uno y otro, podríamos imaginarles, con sus rostros desencajados, volviendo con ansiedad la mirada hacia el Este para tantear a los sucesores del difunto líder; y, en cuestión de segundos, empezando a temblar como hojas al contemplar cómo ese mundo, tan cuidadosamente moldeado bajo el signo de la astucia y el carisma, empezaba a desmoronarse como un castillo de naipes.

Quizá la mejor pincelada del caos subsiguiente a la muerte de Nur ed-Din nos la de Steven Runciman: *“El heredero de Nur ed-Din era su hijo, Malik as-Salih Ismail, un muchacho de once años que había estado con él en Damasco. Allí, el emir Ibn al-Muqaddam, respaldado por la madre del muchacho, se hizo cargo de la regencia, mientras Gümüshtekin, gobernador de Alepo, que había sido la capital más importante de Nur ed-Din, se proclamó regente. El primo del muchacho, Saif ed-Din de Mosul, intervino para anexionarse Nisibin y todo el Jezireh hasta Edesa. Saladino, como gobernador de la provincia más rica de Nur ed-Din, escribió a Damasco para reclamar la regencia para sí. Pero carecía de poder para hacer valer sus pretensiones”*²⁹. El desorden y la anarquía reinantes en los territorios zengíes, a la vez que bálsamo para los turcos de Ikonium, era una sentencia de muerte anticipada para los danisméndidas de Asia Menor.

Cuando en 1174 Kilij Arslan empezó a reclutar turcomanos para engrosar el número de efectivos que emplearía en su inminente campaña, el estado de cosas en Asia Menor se parecía mucho al imperante cuatro años antes: había un núcleo de poder muy menguado, pero poder al fin, en torno a la figura de su hermano, Shahinsha, a quien Abd-al-Masih había reinstalado en Ankara con la aquiescencia del emperador de Bizancio. Más al este, entretanto, Dhul-Nun seguía gobernando en Sebastea, pero ahora,

²⁹ Steven Runciman, “Historia de las Cruzadas”, Volumen II, Págs. 361 y 362.

dependiendo del humor de una guarnición que no sabía si respondía a las directivas de Gümüshtekin de Alepo o a los caprichos de Saif ed-Din de Mosul. Al cabo, como luego sus miembros se darían cuenta, ni uno ni otro potentado acudiría en su ayuda. Por fin, en Melitene, el danisméndida Afridun hacía equilibrio entre sus poderosos vecinos y las apetencias de su hermano, Nasir al-Din Mohamed, que deseaba recuperar el trono para sí. Todo este orden iba a ser rápidamente subvertido en cuestión de unos pocos meses.

Promediando la segunda parte de 1174, el sultán selyúcida lanzó, por fin, sus tropas más allá de las riberas del Halys. Shahinsha apenas pudo resistir su embestida y debió retirarse precipitadamente a territorio bizantino, donde se refugió en la corte imperial. En Sebastea, mientras tanto, todas las trazas de resistencia opuestas por Dhul-Nun resultaron fútiles y el emir y sus allegados no tuvieron más remedio que seguir el camino de Shahinsha hacia el exilio. Afridun, sin embargo, tuvo un poco más de suerte que su pariente de Sebastea. No está muy claro si lo que le mantuvo en el poder fueron los antiguos lazos de amistad que unían a Melitene con Ikonium desde los tiempos de Dhul-Qarnain, la proximidad de Nur ed-Din Mohamed, hijo del ortóquida Qara Arslan, otrora garante de la integridad territorial del emirato, o el mismo Gümüshtekin de Alepo, que no deseaba perder el ascendiente logrado por su antecesor en la región. Pero lo cierto es que, a cambio de reconocerse vasallo del sultán, el emir de Melitene continuó reinando hasta que su hermano le depuso en 1175.

La última recta hasta Miriocéfalo.

Ni la muerte de Nur ed-Din ni la de su títere armenio, Mleh, mejoraron sin embargo la situación para los bizantinos en el Cercano Oriente. Todo lo contrario, abstraídos por sus trifulcas con las potencias marítimas de Italia (Venecia en particular) y entregados de lleno a una campaña de conquista en las tierras de Rascia, los imperiales hacía largo tiempo que no coordinaban una operación seria para recuperar su influencia allende las puertas cilicianas. Desde la fatídica batalla de Artah (10 de agosto de 1164) habían desfilado varios duques imperiales por Cilicia (Constantino Coloman, Alejo Axuch, Andrónico Comneno, Constantino Coloman nuevamente) sin que ninguno de ellos consiguiera restablecer la influencia de Constantinopla más allá de los arrabales de las grandes ciudades de la planicie: Tarso, Adana, Mamistra y Anazarbo. Y si bien los bizantinos aún mantenían bajo la forma de un tenue protectorado su ascendiente sobre el principado de Antioquía y el reino de Jerusalén, estaba claro que deberían esforzarse al límite para no perder definitivamente sus avanzadillas en Cilicia.

La súbita desaparición del atabek de Alepo fue seguramente evaluada con detenimiento por Manuel. Sin el ascendiente de Nur ed-Din, su hijo y sucesor, al Salih-Ismail, de tan solo once años de edad, no constituía ninguna garantía frente a la astucia de sus rivales inmediatos: Kilij Arslán II de Iconio, Gümüshtekin de Alepo y Saladino de El Cairo. A decir verdad, no pasaría mucho tiempo para que la preponderancia de los zengíes fuera puesta en entredicho por el intratable trío de oportunistas.

Lejos del delta del Nilo, a Manuel poco le interesaba lo que Saladino pudiera hacer con los territorios de Damasco, Hama y Homs y más al norte también, en Alepo; en cambio, no pensaba lo mismo respecto al sultán selyúcida, cuyos planes expansionistas no se acoplaban en lo absoluto con los proyectos grandilocuentes del tercer soberano Comneno. Tanto más por cuanto el basileo estaba enterado de las

amistosas embajadas que intercambiaban los de Iconio con uno de los adversarios más implacables que el Imperio tenía en Occidente: Federico I Barbarroja, rey de Alemania y emperador del Sacro Imperio Romano Germánico (1155-1190).

La última vez que los bizantinos habían coordinado un ataque a gran escala contra los turcos rumi había sido en 1160, cuando las fuerzas combinadas de Manuel, Juan Contostéfano, Thoros II, Reinaldo de Chatillon y los danisméndidas, avanzando desde todos los puntos cardinales, obligaron al sultán a avenirse a una paz humillante. Al año siguiente, la visita de Kilij Arslán II a Constantinopla sirvió para reafirmar las cláusulas del tratado firmado, aunque el soberano turco acabó descubriendo una gran debilidad en la munificencia del emperador. Tal cual parecía, a mayor presión sobre las fronteras asiáticas del Imperio, mejores eran los regalos que se podían obtener de los bizantinos como contraprestación al mantenimiento de la inestable tregua. Muchos de los enemigos políticos de Manuel le criticarían despiadadamente a causa de esta práctica.

Las desavenencias entre ambos potentados continuaron en los siguientes años, llegando en 1174 a provocar una ruptura casi total entre ellos. En ese año el emperador había negociado con Kilij Arslán un acuerdo para hacerse con el dominio de algunas ciudades del Ponto, otrora propiedad de los danisméndidas, a lo que el sultán se había avenido sin oposición presionado como estaba desde el Este por la arremetida de Nur ed-Din, Mleh y Afridun. No obstante, bajo su aparente docilidad el potentado turco guardaba otros planes para la misión. Tres años antes se había quedado con casi todas las hijuelas del emir de Sivas, ubicadas entre Cesarea Mazacha y Mersivan y ahora no tenía la menor intención de compartir sus conquistas con los griegos. El sultán debió seguramente entrar en pánico cuando Alejo Petraloifas con un contingente de seis mil hombres arribó a su campamento para obligarle a cumplir la letra del papel. El delegado imperial, como de costumbre, traía consigo la cuota habitual de regalos y numerario con que los bizantinos solían comprar la aquiescencia de los turcos rumi antes de iniciar una campaña. Juntos, los ejércitos se desplazaron hacia el Ponto para terminar de reducir las últimas fortalezas de Dhul-Nun. En este punto fue cuando Kilij Arslán II reveló sus planes al consternado funcionario bizantino. Lejos de aceptar un cambio de autoridad a favor de Manuel, el sultán se negó rotundamente a entregar a Petraloifas las recientes adquisiciones.

Se puede decir que las maquinaciones y argucias ejecutadas con tanta osadía por el soberano selyúcida durante la expedición de 1174 cambiaron de manera radical los sentimientos que se profesaban mutuamente las cortes de Iconio y Constantinopla. Más que nunca Manuel I Comneno fue conciente del daño que su indulgente política había causado al equilibrio del poder en Asia Menor. Y para colmo de males, la muerte de Nur ed-Din, acaecida casi en simultáneo, le vino a privar de un inestimable recurso al que había apelado con regularidad: actuar a espaldas del sultán utilizando al atabek de Alepo como poder de policía en la Alta Mesopotamia. Supo entonces que había llegado el momento de la guerra.

El ejército bizantino hacia 1176.

Arañando hombres de aquí y allá, Manuel empezó a concentrar una fuerza considerable en el campamento asiático ubicado en las proximidades de la aldea fortificada de Lopadio, en Bitinia. Desde el año 1130, Lopadio era uno de los

principales centros de adiestramiento militar de dónde habían surgido, especialmente a instancias de Manuel, algunas innovadoras tácticas de combate para neutralizar la gran movilidad de la caballería ligera turca. El ejército bizantino, a la sazón conformado por dos tercios de soldados nativos completaba el tercio restante mediante mercenarios occidentales y regimientos de infantería y caballería provistos por los estados vasallos y/o tributarios: Antioquía, Servia y Hungría. Había además escuadrones integrados por hombres procedentes de los pueblos vencidos de las estepas del Norte: pechenegos, uzos y cumanos, todos ellos eximios jinetes, sin contar los peones de infantería armenia que solían proveer los aliados hethoumianos de Lamprón y Babarón.

La fuerza nativa hundía sus raíces en las pronoias diseminadas a lo largo y a lo ancho de los nuevos ducados que se habían levantado a partir de los arruinados y extintos *themas*. Los emperadores Comnenos, sin embargo, no se habían desentendido del antiguo régimen de soldados campesinos. Por el contrario, aprovechando la mano de obra provista por las naciones derrotadas, servios, pechenegos y húngaros, habían favorecido el asentamiento de inmigrantes de esas nacionalidades en diferentes zonas del Imperio: Sérđica, Bitinia y Nicomedia, elevándoles al rango de *stratiotas*. Pero como dice Georg Ostrogorsky tal inmigración no alcanzaba para satisfacer las acrecentadas necesidades militares de la época (*Historia del Estado Bizantino*, pág. 387); los bienes militares y los campesinos libres siguieron existiendo, pero en relación a la época precedente (dinastía Macedónica), su número y su importancia pasaron desapercibidos, dejando de constituir para siempre la fuerza militar del Imperio (*Para una Historia del Feudalismo Bizantino*, pág. 184).

La *stratiotikè pronoia* alcanzó un punto culminante bajo Manuel I y en parte vino a suplir la ausencia de los *stratiotas*. Al decir de Nicetas Choniates (pág. 273) “*cada individuo deseaba ser enrolado entre los soldados*”, noción que completa Georg Ostrogorsky aseverando que “*los sastres, los mozos de cuadra, los albañiles, los herreros abandonaban sus duros e improductivos oficios para dirigirse a los reclutadores, a los que incluso ofrecían presentes para ser admitidos en el ejército*”³⁰. En definitiva la pronoia se popularizó difundiéndose tanto³¹, que inclusive se llegó a favorecer a occidentales, quienes súbitamente acogieron a campesinos griegos como parecos (para horror del bizantino medio).³²

³⁰ Por el contrario, en tiempos de los emperadores Ducas, cuando el partido civil se imponía a la aristocracia militar, las prioridades para el ciudadano bizantino eran un tanto diferentes; Al respecto, Skylitzes nos dice: “*Los guerreros deponían sus armas para hacerse abogados y juristas*”.

³¹ Según Ostrogorsky, los representantes de la aristocracia militar no esperaban a que el emperador les ofreciese una pronoia sino que directamente iban a por ella, tomando la iniciativa de reclamar el beneficio de dominios de buena u óptima renta. La definitiva cesión de derechos se formalizaba, eso sí, previo ruego de los interesados.

³² La creencia generalizada, apoyada por numerosos historiadores de reconocido prestigio, acerca de que la *stratiotikè pronoia* se convirtió en el medio de producción dominante en el siglo XII es, con todo, cuestionada por algunos estudiosos. Por ejemplo E. Patlagean, A. Ducellier, C. Asdracha y R. Mantran, en “*Historia de Bizancio*”, suscriben el siguiente párrafo: “*Se ha exagerado mucho la importancia de la pronoia, y, sobre todo, se ha visto en ella la prueba de una profunda aristocratización del imperio. Ahora bien, parece claro que la pronoia, bajo el mandato de los Comnenos, no poseyó nunca una extensión muy grande: en 1152, en la lista de dominios que el sebastocrator Isaac Comneno entrega a un monasterio de Tracia, solo aparecen dos aldeas <sumisas al ejército>, junto a quince dominios (proasteia) y 13 aldeas de tipo clásico... Además, la pronoia es una concesión, como máximo vitalicia, que el Estado puede reclamar cuando quiera al concesionario. En estas condiciones la pronoia apenas podía ser atrayente para los grandes terratenientes o para los poderosos funcionarios*”. Esta afirmación se contradice de manera flagrante con otro suceso acontecido bajo el reinado de Isaac II Ángel, según el cual unos nobles búlgaros, los hermanos Asen y Teodoro, se levantaron en armas luego de que el emperador les negara la

Admirador de la elite caballeresca occidental, Manuel I se preocupó también por desarrollar un nuevo tipo de jinete, más acorazado y mejor adiestrado. Bajo su reinado, las unidades de caballería e infantería se concentraban en los campos de entrenamiento, ya sea en Asia (a orillas del Rindaco, cerca de Lopadio) o en Europa (Pelagonia, Kypsella y Sofía), provenientes de regiones tan distantes como Seleucia, Paflagonia, Trebizonda, Tracesios, Durazzo y Naissus. Allí se sometían sin más a largas jornadas de instrucción castrense que transcurrían en la campiña, entre peles de paja y combates cuerpo a cuerpo. En el lugar se daban cita también las tropas complementarias de mercenarios, compuestas por caballeros occidentales, buscavidas, segundones y peregrinos en su mayoría. Valiéndose de las escuadras venecianas, pisanas o genovesas o cruzando los Balcanes en pequeños pero compactos grupos, llegaban procedentes de los más diversos territorios: Francia septentrional, Languedoc, Italia, Alemania, Inglaterra e inclusive Frisia, Flandes y Holanda.

Por último, los soberanos Comnenos se habían distinguido por participar siempre de las grandes expediciones militares de su tiempo, comandando el ejército imperial en persona. Durante su juventud el abuelo de Manuel, Alejo, había sido un hábil general ayudando al inepto Nicéforo III Botaniates a retener la corona frente a otros aspirantes al trono, como Brienio, Meliseno o Basilacio (1078). E inclusive después, siendo ya emperador, había perseverado frente a la guardia varega hasta vencer a los normandos de Roberto Guiscardo y Bohemundo en la zona de Epiro y Tesalia. Juan II Comneno, por su parte, había batallado incansablemente, yendo y viniendo de un extremo a otro del Imperio para combatir a húngaros, pechenegos y danisméndidas. Como ya se ha mencionado anteriormente tampoco tuvo reparos en conducir a sus tropas a través de Seleucia y Cilicia, para llevarlas a Antioquía, Alepo (que finalmente no atacó) y Shaizar, durante la campaña de 1137-38. Por último, Manuel ya se había ganado los laureles durante su juventud luchando contra los danisméndidas en Niksar, bajo las órdenes de su padre, donde había arriesgado su propia vida a causa de sus impulsos temerarios. También había tomado parte de la expedición de 1143, en Siria, aquella misma durante la cual Juan II había encontrado accidentalmente la muerte tras una batida de caza.

Si no era el propio emperador quien tomaba las riendas de los asuntos castrenses, siempre aparecía un experimentado general dispuesto a reemplazarle. Para el caso específico que nos ocupa había casi una docena de candidatos en condiciones de ocupar la plaza vacante que ocasionalmente podía dejar Manuel: Andrónico Vatatses, Juan Axuch, el turco converso Bursuk, Demetrio Branas, Constantino Coloman, los

cesión de una pronoia. La conclusión que extraen a continuación sobre los dichos de Choniates, referidos a que *“cada individuo deseaba ser enrolado entre los soldados”* precisa el origen o procedencia social de tales individuos: *“clases modestas, sobre todo urbanas, que poseían algún capital pero que, sin embargo, no era suficiente para comprar la tierra”*. Quizá, y es mi humilde opinión, el punto débil de tal aseveración sea que las clases ricas y los grandes terratenientes comprendidos en ellas, con tal de seguir encumbrándose socialmente, por lo común echan mano a todos los recursos disponibles para lograrlo, sin importar si se trata de medios vitalicios o hereditarios. Esto, en cuanto al asunto de la aristocratización. En lo referente a la escasa difusión del sistema, está claro que, usando las mismas palabras con que E. Patlagean, A. Ducellier, C. Asdracha y R. Mantran apoyan su postura, esto es, *“clases modestas, sobre todo urbanas, que...”*, es fácil inferir que en cualquier estado precisamente son las clases modestas el grupo más numeroso que conforma la base de la pirámide social. En todo caso podríamos inclusive aventurarnos a decir que, tanto la falta de escrúpulos de los terratenientes en echar mano a lo que fuere con tal de alcanzar sus fines, como la necesidad de los mozos de cuadra, albañiles, sastres, etc., de asegurarse el porvenir hasta el final de sus días, laboraron en beneficio de la difusión de la pronoia.

hermanos Juan y Andrónico Contostéfano, Miguel Gabras, Juan Cantacuceno (esposo de María Comneno), Andrónico Lampardas, Teodoro Mavrozomes y el propio Andrónico Comneno, futuro basileo (1183-1185). Para comandar un ejército tan heterogéneo y numeroso como el de mediados del siglo XII hacía falta un personaje con muchísima personalidad y a Manuel le sobraba ésta. No obstante, el enemigo que tenía ahora en frente no le iba en zaga en cuanto a habilidad, destreza y liderazgo. Kilij Arslán II era un digno adversario y muy pronto lo demostraría en el campo de batalla.

Los esfuerzos defensivos de Bizancio para estabilizar sus fronteras orientales antes de la ofensiva final.

Que Bizancio no haya pasado a la contraofensiva durante el período 1162 – 1175, no significa que las fronteras orientales se abandonaran a su suerte en pos de los objetivos que el basileo se había planteado para con Occidente. Si el tratado de paz de 1162 había condicionado la libertad de movimientos a Kilij Arslan II en relación al Imperio, no había sucedido lo mismo con las bandas de turcomanos que continuamente descendían desde la meseta central anatólica, para alimentar a sus rebaños en las pasturas de los valles occidentales, que pertenecían a los griegos. La autoridad del sultán de Ikonium sobre ellos era puramente nominal, por lo que las quejas de la cancillería imperial siempre caían en saco roto cuando se cursaban en la capital selyúcida.

En este sentido es que Nicetas Choniates se refiere a las expediciones furtivas de los turcomanos y a la respuesta bizantina frente a las mismas: *“Un hecho glorioso fue ahora alcanzado por el emperador (1162-1173). Las ciudades de Asia, Cliara, Pérgamo y Adramecio, estaban sufriendo terriblemente a manos de los turcos. Anteriormente las provincias aledañas no se habían podido consolidar debido a que los habitantes de las villas estaban expuestos al ataque del enemigo. Manuel dotó a aquéllas con murallas y erigió fortalezas en las llanuras cercanas que servían para la crianza de caballos. En consecuencia, la población pronto empezó a aumentar sensiblemente, al igual que las cosas buenas de la vida civilizada, llegando muchas de estas urbes a superar ciudades prósperas; los campos fueron cultivados y dieron buenas cosechas y la labor de las manos de los jardineros hizo surgir árboles frutales a partir de todo tipo de raíces... de modo que todo lo que con anterioridad estaba deshabitado ahora se tornó habitado”*. Más adelante, Choniates prosigue: *“Si Manuel hubo concebido y desarrollado un logro supremo, si hubo una acción más beneficiosa a lo largo de todo el tiempo que gobernó a los romanos, fue precisamente ésta, la más noble y provechosa para el bienestar común”*.

Sin duda que el historiador bizantino está aludiendo a las obras llevadas a cabo por el basileo en los ducados de Tracesios, Mylasa y Opsikion y en mayor medida en aquél denominado Neokastra: *“Estas fortalezas, todas con el mismo nombre, Neokastra o nuevo castillo, recibieron a un gobernador procedente de Constantinopla, al mismo tiempo que aportaron anualmente ingresos al tesoro imperial”*³³. Así pues, hubo distintas aldeas y pequeñas ciudades en Asia, que fueron o bien dotadas de nuevas murallas o bien protegidas por una fortaleza emplazada en su entorno. Pérgamo,

³³ “El origen del nombre es mencionado por Nicetas Choniates (p. 194-5): las fortalezas restauradas por Manuel I Comneno en el siglo XII, Cliara, Pérgamo y Adramecio, fueron intituladas como un grupo, Neokastra”. Professor W. M. Ramsay, “Geografía histórica del Asia Menor”, pág. 130.

Adramecio, y Cliara constituyen el mejor ejemplo del primer caso aludido, mientras que los de Dorileo y Malagina o Melangeia³⁴ explican a la perfección el segundo. Pese a que Clive Foss señala que Malagina era un distrito militar en lugar de una aldea o villa propiamente dicha, sabemos por Juan Cinnamus que, hacia 1154, Manuel Comneno erigió o reconstruyó un castillo en el lugar, Metabole, para defender la región de las razzias llevadas a cabo por los súbditos turcomanos de Kilij Arslan II³⁵. El asunto en torno a si hubo o no un intento por parte del emperador de emprender la conquista del solar o de restablecer la soberanía imperial ha sido tratado de manera impecable por el vigésimo primer Congreso de Estudios Bizantinos realizado en 2006, en Londres. También se pueden obtener precisiones acerca de Malagina a través de la obra de W. M. Ramsay, “*Geografía Histórica del Asia Menor*”, donde el autor ensaya una explicación por cada uno de los nombres asignados a la villa o distrito que nos ocupa (Malagina, Melagina, Melagena, Melangia, Mela, Melag-a y Melaina).

No obstante, entre los mejores ejemplos de la política de restauración llevada a cabo por los soberanos Comneno en Asia Menor, quizá sean los casos de Dorileo y Subleo, dos fortalezas erigidas o reacondicionadas por Manuel I, los más ilustrativos. Tanto una como la otra se hallaba emplazada sobre una ramificación de la gran calzada militar bizantina que, partiendo de Malagina, atravesaba el viejo thema de Anatolia en dirección a Ikonium³⁶. Dorileo o Dorylaeum, la moderna Eskişehir, era antes de Mantzikert una próspera ciudad que se levantaba orgullosa a orillas del río Tembris (actualmente Porsuk), un afluente del Sangario. Gracias a Cinnamus sabemos que, hacia 1077, es decir, antes de su ocupación por los selyúcidas, la ciudad había sido una próspera urbe, pletórica de habitantes y termas romanas, con un suelo muy fértil y un río bien provisto para la pesca. Después de su caída, unos dos mil turcomanos se establecieron en tanto que pastores, en sus cercanías, determinando su inmediata decadencia hasta quedar casi abandonada. En 1175, casi en vísperas de su gran campaña contra Kilij Arslan II, Manuel no reconstruyó la antigua ciudad sino más bien escogió un nuevo sitio, a muy escasa distancia, donde erigió una fortaleza³⁷. El objetivo del emperador era sin lugar a dudas controlar desde un punto fuerte, la llanura circundante además del camino que, pasando por Nakoleia y Poliboto, conducía directamente hacia

³⁴ Clive Foss identifica a Melangeia con Malagina, en las riberas del Sangario. Véase “*Malagina bizantina en el bajo Sangario*”. El citado autor, sin embargo, alude a una zona militar amplia y no a una ciudad, villa o aldea propiamente dicha, e inclusive interpreta que el mismo Choniates se refiere a Malagina como un distrito. Por su parte, Ramsay, en la pág. 202 de su obra “*Geografía histórica del Asia Menor*”, señala: “9. Malagina, Melagina, Melagena, Melangia o Mela, son diferentes nombres asignados a la primera gran sección de la calzada militar bizantina. Se trataba de un ἄπληκτον, donde las tropas de las comarcas aledañas se concentraban para aguardar el arribo del emperador y para acompañarle en su marcha hacia el Este”. Ramsay asimismo supone que las tropas procedentes de Tracesios y Opsikion se reunían en Dorileo, mientras que las originarias de Optimates confluían hacia Malagina. En síntesis, Ramsay también identifica la localidad más como un distrito que como una ciudad en sí y se fundamenta para ello en un pasaje de Juan Cinnamus (pág. 127).

³⁵ Los principales hechos acontecidos en torno a Malagina a lo largo del siglo XII fueron los siguientes: entre 1144 y 1145 los turcos avanzaron hasta el bajo Sangario, hasta los límites del emplazamiento; luego de que Manuel I les hubo expulsado, mandó a refortificar algunos puntos e instaló allí guarniciones; en 1147 Conrado VII, al frente de la Segunda Cruzada, atravesó Malagina de camino a Dorileo; hacia 1159 el revoltoso primo de Manuel, Andrónico Comneno, fue apresado en el lugar y retenido como prisionero; en 1175 el basileo realizó en Malagina el reclutamiento de las tropas de Bitinia y de la zona de Ryndakos.

³⁶ No obstante, para alcanzar Subleo había que tomar la ruta que, saliendo de Dorileo, daba un amplio rodeo hacia el Oeste, a través de Cotileo o Cotyaeum y Tembrion, para después volver a girar hacia Oriente cerca de Laodicea y Coni.

³⁷ En opinión de Ramsay, la nueva ciudad de Dorileo estaba emplazada en un sitio muy cercano a la actual Karadjasehir, sobre una antigua fortaleza ubicada a seis millas al sudoeste de la moderna Eskişehir.

Filomelio e Ikonium. Y ello, como es obvio, constituía una amenaza para los turcomanos que habitaban en los alrededores. Nicetas Choniates nos grafica la situación mediante un excelente párrafo: *“Los turcos supieron entonces que estarían en peligro si como pensaban ellos, deberían abandonar las fértiles planicies de Dorileo donde sus rebaños de cabras y el ganado pastaban, retozando en los verdes prados, mientras una falange romana era instalada en la reconstruida fortaleza. Dieron pues rienda suelta a sus caballos y se lanzaron a todo galope contra los romanos. Teniendo cuidado de sus incursiones de forrajeo, intentaron evitar que recogieran madera y mataron a cuanto cautivo cayó en sus manos. Pero el emperador pudo sortear estos obstáculos fácilmente. En el momento exacto cuando los romanos, que tenían la misión de recolectar alimentos, salían al campo, el basileo daba la orden para que sonaran las trompetas en el campo atrincherado y abría la marcha. Sin dejar nunca de acompañar a aquellos que buscaban provisiones, ni aún brevemente, solía regresar al campamento caída la tarde o adentrada la noche. Porque él estaba decidido llevar la guerra a los turcos, éstos prendían fuego a las cosechas y quemaban sus tiendas de campaña para que los romanos no tuvieran éxito en proveerse de suministros. En cierta ocasión, cuando el emperador se había vuelto a un lado para comer y estaba pelando un melocotón con su cuchillo, se anunció un ataque turco contra aquellos que estaban recolectando alimentos. Entonces, arrojando el fruto a la vez que se ceñía la espada y se calzaba la cota de malla, brincó sobre su caballo y salió disparado a toda velocidad. Los bárbaros, en orden de batalla, rompieron filas al verle venir. Luego, simulando la retirada, dieron la vuelta y contraatacaron a sus perseguidores con la ventaja del rango de tiro de sus arcos y tumbaron a muchos de ellos. Los turcos espolearon a sus caballos una y otra vez, haciéndoles golpear el suelo furiosamente con sus pezuñas. Sosteniendo las flechas en sus manos, las descargaban desde atrás para matar a sus enemigos cuando estos pretendían darles alcance, de modo que repentinamente los perseguidores se convertían en perseguidos. Una vez que el emperador hubo reconstruido Dorileo y destacado una guarnición para defenderla, partió en dirección a Subleo³⁸, a la que restauró y volvió a dotar de defensores. Confiando en que todo estaba ya en orden, partió por fin hacia la reina de las ciudades (con posterioridad a la Epifanía, el 6 de enero de 1176)³⁹”* (Nicetas Choniates, *“Oh Ciudad de Bizancio: Memorias de Nicetas Choniates”*, Libro VI, págs. 176-177).

Precisamente es Subleo el otro gran exponente de la política de limes defensivo continuada por Manuel bajo su reinado. Sibia, Subleo o Soublaion, la moderna Homa o Choma Sibia, era la antigua Justinianópolis del siglo VI. La villa se hallaba ubicada al frente de una vasta planicie conocida como la llanura de Lampe. Acorde con Ramsay, hacia el este de Subleo se extendía el paso montañoso fortificado o kleisoura bizantino de Douz Bel, con la arruinada fortaleza de Myriokefalon⁴⁰ como reliquia enclenque del antiguo distrito militar. La restauración de Subleo dirigida por Manuel en persona tenía como objetivo cerrar el camino a los algareros turcos procedentes de Pisidia, para impedir sus incursiones por el rico valle del Meandro. También perseguía ejercer de una manera más efectiva la autoridad imperial en la región comprendida entre las ciudades de Sozópolis, Ciboto y Choma, muy expuestas a las razzias turcomanas debido a su proximidad con el sultanato.

³⁸ Souvleon o Subleo es la moderna Choma Sibia.

³⁹ Para estos eventos, véase Juan Cinnamus, *“Hazañas de Juan y Manuel Comneno”*. Traducción a cargo de Charles M. Brand Nueva Cork, 1976, págs. 220 – 223.

⁴⁰ La ubicación exacta del paso de Tzivritze aún hoy es cuestión de debate.

En suma, la restauración imperial llevada a cabo desde los tiempos de Alejo I Comneno (1081-1118), según parece, nunca se manifestó a lo largo de la primera mitad del siglo XII como una ambiciosa empresa de reconquista territorial de vastas proporciones. Todo lo contrario, a juzgar por los programas edilicios implementados para construir nuevas murallas o reedificar las antiguas, tanto Alejo, como su hijo Juan y, tiempo después, su nieto Manuel, lo que buscaban era asegurarse el control de las zonas más productivas de Asia Menor occidental, esto es:

- a- El valle del Meandro con sus prósperas ciudades de Tralles (Aydin), Antioquía, Laodicea, Hierápolis, Coni y Choma.
- b- Los valles de los ríos Tembris y Sangario con los asentamientos, fortalezas y/o distritos militares de Cotileo, Dorileo, Malagina y Nicea.
- c- Los valles de los ríos Kaikos, Hermos y Frigios, con los enclaves estratégicos de Cliara, Tiatira, Pérgamo, Fócea, Sardes, Filadelfia y Esmirna.
- d- Los valles de los ríos Rindaco y Tarsius, con sus villas fortificadas de Achyraus, Pemaneno, Lopadio y Prusa.
- e- El valle del Billaeus, al este de Bitinia, con Claudiópolis como principal fortaleza, además de las pequeñas ciudades de Cratia, Prusias y Tium, y, por último,
- f- La llanura inserta en el thema de Opsikion, comprendiendo las ricas aduanas, ciudades y distritos militares de Cízico, Lampsaco, Abydos y Adramecio.

Resulta obvio que fue en pos de tal objetivo que surgió la idea de fortificar los puntos neurálgicos y estratégicos que guardaban los accesos de cada valle. *“El costo de mantener y administrar lugares como Amasea, Sivas, Cesarea e Ikonium habría sido enorme y no se hubiese correspondido con un retorno financiero”*, afirma Paul Magdalino en su obra *“El Imperio de Manuel I Comneno, 1143-1180”*, pág. 127. Las zonas costeras y los valles regados por las aguas de los ríos citados anteriormente, en cambio, por su mayor atractivo económico, sí justificaban inversiones en murallas y soldadas. Producían abundantes cosechas y su clima, más benigno, por otra parte propiciaba el establecimiento de ciudadanos ávidos de obtener un territorio en calidad de pronoia.

Parte III: el viaje hasta las estribaciones de Tzivritze.

Algunas consideraciones respecto a las causas inmediatas de Myriokefalon.

Apenas iniciado su libro VI, en la primera página, Nicetas Choniates nos da una pista acerca de los motivos que condujeron tanto a Manuel como a Kilij Arslan a desdecirse de los viejos tratados de paz y a prepararse para la guerra: *“Los siguientes hechos fueron también realizados por el emperador Manuel I Comneno. Dejemos pues que nuestra narración prosiga y registre cada evento acorde con el lugar y el tiempo en los que se produjeron. Desde que el sultán Kilij Arslan II no abrazara la paz por ser perjudicial para su enriquecimiento, mientras que era siempre más rentable tener a sus turcos pillando sobre los límites del Imperio, el emperador una vez más marchó contra él. El basileo no quería permitir que el gobernante turco durmiera y, como si pinchara a una bestia hambrienta enloqueciéndola, lo provocó a librar batalla, despertándolo de su guarida. Es más, ni los armisticios, las treguas, los pactos, los tratados, ni aun las negociaciones de los embajadores pudieron prevenir o evitar ataques mutuos, dado que*

ambas partes eran propensas a realizar actos osados y temerarios. Ansiosos por la guerra, ellos marchaban uno contra el otro al menor pretexto. Su trabajo principal consistía en probarse armaduras, ponerse al frente de tropas, marchar e intercambiar golpes. Ambos potentados diferían uno de otro en su manera de proceder; el sultán parecía ser siempre cauto y ejercitar la previsión, reflejando cuidado en sus acciones y cautela al momento de cerrar la maraña de una batalla a través de sus comandantes (nunca nadie le vio al frente de una falange o compartiendo la fatiga de sus soldados); el emperador, por su parte, era corajudo por naturaleza, temerario en la batalla, y audaz en todo cuanto estuviera al alcance de sus manos, al punto de que cuando llegaban reportes acerca de incursiones enemigas, causando estragos en su país, era el primero que saltaba sobre su caballo y valientemente marchaba con sus tropas”.

El historiador bizantino no señala claramente, no identifica un hecho fortuito ni concienzudo como principal detonante del conflicto en ciernes, que no sea el disgusto causado en la corte de Ikonium por los esfuerzos restauradores de Manuel en Dorileo⁴¹. Pero tales esfuerzos eran a su vez consecuencia de las continuas razzias procedentes de la meseta anatólica. Por lo que, a partir de lo visto hasta aquí y de algunas observaciones que desliza Choniates en los libros anteriores de su obra, pueden extraerse jugosas conclusiones. Por ejemplo, de su afirmación “*desde que el sultán Kilij Arslan II no abrazara la paz por ser perjudicial para su enriquecimiento, mientras que era siempre más rentable tener a sus turcos pillando sobre los límites del Imperio*”, se desprende fácilmente que:

- 1- El sultán incumplía sus compromisos adrede, puesto que, como ya se ha mencionado antes, mientras más violaba los tratados, mayores eran los obsequios pecuniarios que recibía para volver a renovarlos.
- 2- El soberano de Ikonium podía dar una solución rápida y fácil al problema que representaban las bandas de turcomanos dentro de su estado, desviándolas hacia los ducados griegos.
- 3- Dado que la autoridad de Kilij Arslan sobre dichas bandas era más nominal que otra cosa, bien el sultán podía argumentar en su defensa no ser el responsable por los desmanes y tropelías cometidos en territorio imperial. De hecho, tal como lo indica Choniates, él nunca se ponía al frente de tales razzias o algaradas: “*el sultán parecía ser siempre cauto y ejercitar la previsión, reflejando cuidado en sus acciones y cautela al momento de cerrar la maraña de una batalla a través de sus comandantes (nunca nadie le vio al frente de una falange o compartiendo la fatiga de sus soldados)*”.

Del mismo modo también puede inferirse que, mientras que en el caso de los turcos las violaciones a los pactos procedían de campañas ofensivas, provocadas o inducidas a través de terceros (léase turcomanos), en el caso de los bizantinos los incumplimientos eran meramente consecuencia de maniobras defensivas (remodelación de las fortalezas de Dorileo y Subleo, fortificación de Pérgamo, Cliara y Adramecio,

⁴¹ “*El deseo de Manuel de reconstruir Dorileo acabó provocando a los bárbaros a dar batalla. El sultán respondió enviando una embajada para averiguar la causa de las dificultades y apelando al basileo para que se retirara*”. Nicetas Choniates, “*Oh Ciudad de Bizancio, Memorias de Nicetas Choniates*”, Libro VI, pág. 176.

entre otras)⁴². Por lo común, cuando una partida de algareros, selyúcidas o turcomanos, rebasaba la línea defensiva de los castillos griegos⁴³ para pillar los fértiles valles occidentales, era el mismo basileo quien solía salirles al encuentro o perseguirles hasta darles caza. Ello se desprende de las siguientes líneas: “*el emperador, por su parte, era corajudo por naturaleza, temerario en la batalla, y audaz en todo cuanto estuviera al alcance de sus manos, al punto de que cuando llegaban reportes acerca de incursiones enemigas, causando estragos en su país, era el primero que saltaba sobre su caballo y valientemente marchaba con sus tropas*”⁴⁴. Tal conducta también es descripta por el cronista bizantino en los siguientes pasajes:

- “*En cierta ocasión, cuando el emperador se había vuelto a un lado para comer y estaba pelando un melocotón con su cuchillo, se anunció un ataque turco contra aquellos que estaban recolectando alimentos. Entonces, arrojando el fruto a la vez que se ceñía la espada y se calzaba la cota de malla, brincó sobre su caballo y salió disparado a toda velocidad. Los bárbaros, en orden de batalla, rompieron filas al verle venir*”⁴⁵.
- “*No mucho después (fines de 1179), la ciudad de Claudio César o Claudiópolis⁴⁶ fue asediada por los turcos, que primero bloquearon a la guarnición asignada a la defensa de la fortaleza y después tendieron el sitio. Aquellos dentro de la ciudad amenazaron con capitular y rendir la ciudad a menos que llegase ayuda del exterior, alegando que no podrían soportar la inanición por mucho tiempo y, lo que era más, debido a que no tenían los medios para repeler al enemigo. Manuel, reacio a esperar malas nuevas, se levantó al día siguiente y salió hacia Claudiópolis tan rápido como le fue posible, vía Nicomedia. No llevaba consigo nada relacionado con lujos imperiales, ni siquiera pabellón, cama o colchón, tan solo los arreos del caballo y la armadura tejida de cota de malla. Recorrió la distancia de días de marcha en su afán por alcanzar la plaza sitiada antes de que sufriera más daño*”⁴⁷.

⁴² “*El deseo de Manuel de reconstruir Dorileo acabó provocando a los bárbaros a dar batalla. El sultán respondió enviando una embajada para averiguar la causa de las dificultades y apelando al basileo para que se retirara. Con los labios apretados Manuel revisó el contenido de las cartas que traían los embajadores...*”. El mal humor del emperador al que nos remite Choniates al decir textualmente “*con los labios apretados Manuel revisó el contenido de las cartas...*” es fácilmente comprensible desde que la reconstrucción de Dorileo era el remedio lógico y natural frente a las continuas razzias turcomanas y selyúcidas.

⁴³ Los tres primeros soberanos Comneno desarrollaron una vasta obra restauradora, refaccionando antiguas fortalezas o levantando nuevas: a Alejo I corresponden las obras sobre Sidera, Ciboto, Adramecio, Hieron, Lopadio, Corico y Seleucia; a Juan II, entretanto, las de Acryraus, Laodicea y Attalia, y a Manuel I, pertenecen Arcia, Pylae, Phitecas, Malagina, Dorileo, Adramecio, Pérgamo, Cliara, Subleo, y Attalia. La consolidación de la soberanía bizantina en los territorios asiáticos recuperados de manos turcas en gran parte es producto lo anterior.

⁴⁴ Nicetas Choniates, “*Oh Ciudad de Bizancio, Memorias de Nicetas Choniates*”, Libro VI, pág. 175.

⁴⁵ *Ibid.*, pág. 177.

⁴⁶ Claudiópolis, la moderna Eski-Hisaar, era un metropolitanato en el norte de Bitinia. Véase Ferdinand Chalandon, “*Juan II Comneno (1118-1143) y Manuel I Comneno (1143-1180). Los Comnenos, estudio sobre el Imperio Bizantino en los siglos XI y XII*”, Vol. II, París, 1912, reimpreso Nueva York, 1960, pág. 515.

⁴⁷ Nicetas Choniates, “*Oh Ciudad de Bizancio, Memorias de Nicetas Choniates*”, Libro VI, pág. 197.

Lo cierto es que, hacia 1175, ambos potentados tenían razones suficientes para desear la guerra. En el caso de Manuel, tantas promesas incumplidas y tratados rotos por parte de su rival⁴⁸, le habían tornado escéptico y desconfiado en cuanto a los beneficios de renovar el voto de confianza a Kilij Arslan. Además estaba el asunto de los turcomanos que, pese a que en algunas ocasiones redituaba merced al alquiler de campos de pastoreo, en otros escapaba a su control terminando en incursiones armadas de las que el sultán inmediatamente se desligaba. Al erigir las nuevas fortificaciones en Subleo y Dorileo, Manuel ya hacía rato que se había decantado por la guerra. Kilij Arslan, a su vez, estaba seriamente preocupado debido a la instalación del nuevo limes defensivo, la línea Claudiópolis-Dorileo-Subleo; y no era para menos. Con el camino cerrado hacia delante por fortalezas y guarniciones griegas, los turcomanos acabarían en algún momento sembrando el caos en sus propias tierras. Y había una cuestión más de la que el sultán se había percatado muy bien: Manuel ya no caía en la trampa de tratar de comprar la paz mediante obsequios y dinero. Sobre este tema Choniates escribe: *“Poco tiempo después los adversarios reavivaron su resolución uno contra el otro, recurriendo a recriminaciones mutuas; el emperador acusó al sultán de ingratitud hacia su benefactor y de deslealtad hacia los actos previos de bondad por parte del emperador entre los que se contaban los esfuerzos por establecer al sultán como gobernante frente a su pueblo. Por su parte, el sultán culpó al emperador por su abrupta pérdida de confianza en él, por romper la amistad, por violar sorpresivamente los tratados de paz, y por tentarle con promesas de valiosos presentes que, estando inscriptos con tinta púrpura en documentos imperiales y, en consecuencia, garantizados, solo resultaron miseria”*⁴⁹.

Los objetivos de la campaña de 1176.

A principios de 1176, tanto Manuel como el sultán sabían que la guerra estaba a la vuelta de la esquina. Y, como era de esperarse, durante los primeros meses de dicho año cada uno se aplicó a aceitar los engranajes de la maquinaria bélica que llevarían en campaña. En el caso de Manuel, los preparativos debían estar en consonancia con los objetivos de la expedición. ¿Pero cuáles eran éstos?

A primera vista parece descabellado suponer que Manuel se hubiese propuesto como meta la reconquista de la meseta central anatólica, un territorio que aún despertaba cierta remembranza y melancolía en algunas importantes familias bien acomodadas de Constantinopla. Sin ir más lejos, quién mejor que el clan de los Comneno para propiciar tal reconquista; su antigua tierra solariega en torno a Kastamuni⁵⁰, en Paflagonia, estaba en manos turcas hacía por lo menos una treintena de años. Y, del mismo modo que la familia del emperador, había otras tantas que, aún considerando todo el tiempo transcurrido desde la irrupción de los selyúcidas, no se resignaban a olvidar sus terruños ancestrales. La idea de devolverles tales extensiones y de restituir en ellas la soberanía imperial envolvía detalles trascendentales para el emperador en cuanto a cuestiones de prestigio internacional y de estrategia geopolítica. Sin embargo, se trataba de un proyecto impracticable y Manuel seguramente debió saberlo.

⁴⁸ Quizá la negativa sistemática por parte del sultán a restituir algunas importantes ciudades como Sebastea y Amasea haya sido uno de los mayores incentivos de Manuel para inclinarse por la guerra.

⁴⁹ Nicetas Choniates, *“Oh Ciudad de Bizancio, Memorias de Nicetas Choniates”*, Libro VI, pág. 177.

⁵⁰ Kastrá Komnenon o fortaleza de los Comneno.

La meseta de Anatolia había cambiado desde sus mismas entrañas a partir de la conquista turca del siglo XI. Con la batalla de Mantzikert, en 1071, se había iniciado un complejo proceso de transformación que, hacia el reinado de Manuel, había alterado el componente económico, religioso y social de la región. Los cultivos tradicionales casi habían desaparecido producto de la nomadización gradual, que había traído aparejada la decadencia de los sistemas de riego. Una ingente masa de tribus, bandas y clanes llegados de Oriente había relegado la vida sedentaria a determinadas zonas muy focalizadas: Qonya, Cesarea, y poco más⁵¹. Y sería precisamente en estos lugares donde se desarrollaría el embrión político del sultanato de Rum, en la primera mitad del siglo XII. Entretanto, la comarca se había islamizado al mismo tiempo que los residentes griegos o bien emigraban hacia la costa⁵², o bien acababan abjurando en pos de una vida más llevadera. Por lo que, de prosperar la campaña, los ejércitos imperiales no encontrarían la más mínima traza de las antiguas instituciones bizantinas: ni estratotas a la vieja usanza, ni templos atiborrados de fieles ortodoxos, ni sacerdotes oficiando la misa, ni ricos aristócratas y poderosos terratenientes, ni redes de caminos y calzadas militares, ni centros de reclutamiento castrense, nada.

Está claro pues que la derrota del sultanato no implicaría su conquista y pronta asimilación “*de un golpe*”. Nada más alejado de la realidad. Lo que nos lleva a la segunda posibilidad: la incorporación gradual de los nuevos territorios haciendo coexistir ambas culturas en un mismo espacio geográfico. Con el tiempo, una política minuciosa de colonización, mediante la inserción de comunidades afines, podría minar la capacidad de resistencia de los turcomanos y selyúcidas. Ayudaría también la concesión de pronoias (aunque la meseta no era rica como los valles) y por qué no una probable ola de conversiones al cristianismo. El proceso de asimilación en este caso estaría conformado por distintas etapas, pudiendo comenzarse con la imposición de un protectorado y, desde allí, irse avanzando hasta completar la incorporación del sultanato. Entretanto, los territorios en cuestión podrían erigirse como un dique de contención frente a la llegada de nuevas oleadas de turcomanos y de otros invasores. Los selyúcidas, obligados por los términos de la conquista, terminarían sus días siendo funcionales a los propósitos del Imperio. No es preciso señalar que, para tener éxito, la presente opción requería de una alta dosis de perseverancia y coherencia por parte de quienes detentaran la diadema imperial, y, por tratarse de un trabajo de generaciones, la tarea parecía ciclópea. La brillante secuencia dinástica Alejo, Juan y Manuel, daba motivos para ser optimistas.

La alternativa más liviana, desde luego, no pasaba por la derrota y asimilación gradual del estado de Rum. Al contrario, se trataba de inducir su obediencia a través de la intimidación, es decir, algo parecido a lo que Manuel había ensayado con los estados francos de Ultramar durante la campaña de 1158 y 1159. De todas las opciones esta era, por lejos, la menos riesgosa en términos monetarios y militares aunque también la

⁵¹ Por ejemplo, al respecto de las características de la nueva población de la meseta central anatólica, Juan Cinnamus dice: “*Ellos (los turcos), como aún no estaban versados en las materias inherentes a la agricultura, bebían leche y comían carne según la manera de los escitas (pechenegos), y, como acampaban dispersos en la planicie, estaban fácilmente asequibles para quienes desearan atacarles*” Epítome I.4, Edn. Bonn, pág. 9.

⁵² Ya hacia 1116, durante la campaña de Alejo I Comneno contra Filomelio y las comarcas aledañas, el emperador se había percatado de la lastimosa situación que vivían sus compatriotas en esas tierras. Muchos de ellos, para librarse del yugo turco, acabaron regresando con el ejército hacia el litoral egeo, al finalizar la expedición.

menos efectiva. El estado de Iconio, doblegado momentáneamente por el temor, no tardaría en recuperar su postura rebelde ni bien los ejércitos imperiales dieran media vuelta para regresar a casa. Además, esta estrategia ya había sido implementada en 1161, y la prueba de su fracaso era precisamente la nueva campaña que se estaba preparando, por lo que debemos rechazarla de plano.

Habiendo repasado el abanico de posibilidades, solo nos queda remitirnos a un párrafo de Nicetas Choniates para ir cerrando las puertas a la especulación: *“el emperador por fin estuvo listo para iniciar la marcha, dispuesto a destruir el poderío de la nación turca y a tomar por asalto la ciudad de Iconio y sus defensas, y, por tanto, en mantener cautivo al sultán cuyo cuello pensaba emplear de taburete”*⁵³ *cuando éste se postrara”*⁵⁴. Al hablar de destrucción, conquista y cautividad, el historiador bizantino parece suscribir a la primera de las posibilidades desarrolladas en el presente acápite. En todo caso, es su interpretación de los hechos. Mientras tanto, nosotros podemos extraer conclusiones leyendo entre líneas.

Existe finalmente una cuestión sobre la cual no hay margen para la incertidumbre: al salir de sus bases en Lopadio para tomar la ruta “*del medio*”, por citar una de las tres vías descritas por Odón de Deuil, el emperador llevaba consigo vagones con maquinaria pesada para asediar Qonya (posiblemente partes que, ensambladas, darían la forma definitiva a los temibles trabucos y “*helepolis*”⁵⁵ griegos). *“El ejército debía abrirse paso con lentitud, avanzando poco a poco, debido a las bestias de carga que llevaban las máquinas de guerra y a los numerosos no combatientes que estaban a cargo de su cuidado”*, afirma Nicetas Choniates en su libro VI, pág. 179. Y, a continuación, en la página siguiente, añade: *“Según parece, Manuel no tomo precauciones en cuanto a su ejército, cuando se aventuró por ese camino. Ni aligeró el peso de la carga que transportaban las bestias, ni puso a un lado los vagones que portaban las maquinarias de sitio. [...] Tras éstos marchaban las bestias de carga, los criados y no combatientes, y los vagones con las maquinarias de asedio y las vituallas. A continuación venía el emperador en persona con las tropas escogidas, seguido por Andrónico Contostéfano en la retaguardia”*. Aún mejor, es el propio Manuel en una carta dirigida al rey de Inglaterra quien declama la presencia de la maquinaria aludida: *“Consecuentemente, nuestra oficina imperial se abocó a reunir los materiales y artefactos, mangoneles y pedreros, usualmente empleados para el bombardeo de ciudades. Pero, teniendo en cuenta los trastornos y las dilaciones que provoca el enorme peso de tal maquinaria, se tornó casi imposible actuar expeditivamente”*⁵⁶.

En conclusión, la presencia de tales vagones⁵⁷ portando tan valiosa carga permite inferir que el basileo se había propuesto cuanto menos:

1º) Empezar el asedio de la capital selyúcida.

⁵³ Véase Salmo 109.1.

⁵⁴ Nicetas Choniates, *“Oh Ciudad de Bizancio, Memorias de Nicetas Choniates”*, Libro VI, pág. 178. También Juan Cinnamus identifica a Ikonium como el gran objetivo de la campaña de 1176.

⁵⁵ Durante sus campañas contra los danisméndidas, el emperador Juan II había empleado un gran número de helepolis para capturar las ciudades de Kastamuni y Gangra (1130-1135). También Manuel había empleado este tipo de maquinaria de asedio contra Sirmium en 1165.

⁵⁶ Manuel I Comneno. *“Carta del emperador a Enrique, rey de Inglaterra”*, extraída de las *“Anales de Roger de Hoveden sobre la historia de Inglaterra y de otros países de Europa, desde 732 a 1201”*.

⁵⁷ Se estima entre tres y cinco mil la cifra de vagones que portaban las vituallas, el bagaje y las maquinarias de asedio.

2º) Quebrantar el poderío del sultanato de Rum⁵⁸.

3º) Erigirse en el campeón de la Cristiandad en un momento en que las cosas no marchaban nada bien para los estados latinos de Ultramar (ascenso de Saladino).

4º) Ganar prestigio internacional ante los ojos del Papado, frente a su archienemigo Federico Barbarroja (el tiempo le daría la razón en este punto a Manuel, ya que en el verano de 1177, Federico y Alejandro III firmarían la paz en Venecia⁵⁹).

La expedición se pone en marcha.

Manuel se embarcó en los muelles de Constantinopla en el verano de 1176. Hacía relativamente poco tiempo que había regresado de Asia Menor (enero de ese mismo año), luego de dirigir personalmente la reconstrucción de la fortaleza de Subleo, cerca de Homa. Pero habituado como estaba a las campañas militares, no le costó reemprender una nueva a sus casi sesenta años de edad (a la sazón llevaba 33 años en el trono)⁶⁰. Junto con él fueron trasladados a la otra orilla del Bósforo un gran número de mercenarios producto de las levas realizadas entre los escitas del Norte (cumanos) y los países vasallos de la región danubiana (Servia y Hungría). También acudieron una parte sustancial de la guardia varega, unos pocos estratotas, y soldados aportados por los pronoarios establecidos en los ducados europeos. Bordeando el mar de Mármara, el ejército avanzó sin contratiempos desde Arcia y, juntando a todos los efectivos disponibles que iba encontrando a su paso por Pelecano, Nicomedia, Pylae, Nicea y Prusa, giró hacia los territorios de Opsikion. El punto de encuentro era el centro de adiestramiento militar de Lopadio, adonde había confluído el resto de las tropas procedentes de los ducados y *themas* asiáticos que iban a tomar parte de la campaña. Cuando por fin ambas fuerzas se hubieron reunido, el número definitivo de la hueste seguramente debió cubrir las expectativas del basileo: entre veinticinco y treinta mil reclutas habían acudido al llamado del emperador, contando combatientes y no combatientes (estos últimos constituían una mezcla de criados, sirvientes y advenedizos dedicados a tareas de soporte de la fuerza de choque: acarreadores, armadores, cocineros, mozos de cuadra, palafreneros, bruñidores, ingenieros, armeros y artilleros). Desde *“aquél terrible día”* (Mantzikert, 1071) el Imperio no juntaba un ejército de semejantes proporciones, otro indicio más de la importancia que se le había dado a esta campaña.

Acto seguido, correspondió a los estrategas y al propio emperador elegir la ruta que se habría de emplear para acceder al valle del Meram, donde se erguía la capital del sultán. Las alternativas no eran muchas, tan solo tres, y se condecían al pie de la letra con las enumeradas por Odón de Deuil, cronista y testigo ocular de la Segunda Cruzada:

⁵⁸ Es muy probable que Manuel supiera que la conquista de Ikonium no implicaría la desaparición del sultanato, sobre todo teniendo como referencia lo acontecido en tiempos de la Primera Cruzada, con la conquista de Nicea, primera capital selyúcida.

⁵⁹ Acorde con John Julius Norwich (*“Historia de Venecia”*, pág. 137) los términos del tratado eran bastante simples: *“por el lado imperial (Sacro Imperio), reconocimiento de Alejandro, restitución de las posesiones de la Iglesia y la conclusión de la paz con Bizancio, Sicilia y la Liga Lombarda; por el lado papal, confirmación de la esposa de Federico como emperatriz, de su hijo Enrique como rey de los romanos y de diversos prelados influyentes en sedes originalmente destinadas a antipapas cismáticos”*.

⁶⁰ Al igual que Alejo I, su abuelo, y Juan II, su padre, Manuel era ante todo un emperador-soldado; no le desagradaba estar en campaña y cuando había que dirigir una, usualmente se ponía al frente de las tropas que entrarían en batalla. Durante el asedio de Neocesarea (1139), bajo el reinado de Juan, su actitud temeraria frente a los muros de la ciudad le había valido las reprimendas de su padre.

“... Desde Nicomedia tres rutas diferentes salen para Antioquía. El camino de la izquierda es el más corto y si no se presentan obstáculos durante la marcha en tres semanas se lo puede recorrer con facilidad. No obstante, a los doce días de travesía se alcanza Iconio, la capital del sultán, que es una ciudad fuerte y nobilísima. El territorio franco se halla a cinco jornadas de camino a partir de ese punto. Un ejército considerable, reforzado por la fe, podría tener éxito si no tuviera que vérselas con cadenas montañosas cubiertas de nieve en invierno. El camino de la derecha es más apacible y mucho mejor provisto que el de la izquierda. Sin embargo el fuerte viento procedente de la costa, sumado al inconveniente que presentan los ríos y torrentes invernales, demora al viajero hasta tres veces más de lo que lo hacen los turcos y las nevadas por la otra ruta. En el camino del medio las conveniencias y dificultades se atemperan. Es más largo pero más seguro que la ruta corta y más corto que la ruta larga, aunque mucho más pobre...”⁶¹.

Manuel no iba a exponer innecesariamente los vagones con el forraje y el agua ni las costosas maquinarias de asedio por un camino que, aunque resultase ser el más directo, estaba plagado de peligros y amenazas. Tal era la ruta que había empleado la Primera Cruzada desde Nicea hasta Qonya, y que yacía hacia el Este, retirada de la seguridad provista por la línea de fortalezas que él mismo se había ocupado de restablecer el año anterior. Tampoco el basileo se mostraba dispuesto a emplear la calzada del litoral egeo, mucho más segura pero considerablemente más larga que la anterior. En consecuencia, tanto la vía más corta como la más dilatada fueron desechadas de plano, la primera por lo insegura y la segunda por lo extensa. La ruta “del medio” según los términos empleados por Odón de Deuil fue finalmente la escogida.

Coni, la catedral del Arcángel Miguel y Manuel.

Respecto a la segunda etapa del viaje, Nicetas Choniates nos dice: “...y pasando por Frigia y Laodicea, (el emperador) llegó a Coni, una próspera y gran villa, conocida antiguamente como Colosas⁶² y que es la ciudad natal de este autor. Allí visitó la enorme iglesia del Arcángel Miguel, incomparable en belleza y una maravilla del arte, marchando luego hacia Lampe⁶³ y a la ciudad de Kelainai, donde se encuentran las fuentes del Meandro⁶⁴ y adónde también el río Marsyas descarga sus aguas. Se dice que en ese lugar Apolo despellejó a Marsyas quien, como si hubiese enloquecido por la picadura de un tábano, le había desafiado a una contienda musical”⁶⁵. El ejército imperial, descendiendo pues en dirección a los ricos valles del Hermos y del Meandro, fue reponiendo provisiones para los trayectos venideros en cada parada que hacía:

⁶¹ Pasaje extraído de los Documentos Relativos a la Historia de las Cruzadas, Vol. 3, París (Paul Guethner, 1949), 20-23, perteneciente al cronista Odón de Deuil (La Cruzada de Luis VII, rey de Francia).

⁶² De acuerdo a W. M. Ramsay, autor de “Geografía histórica del Asia Menor” la ciudad de Coni se hallaba emplazada tres millas al sur de Colosas, sobre la pendiente de una ladera (véase pág. 135). Según sus palabras, Colosas era una ciudad abierta y en franca decadencia a causa de las continuas guerras (primero contra los árabes y luego contra los turcos), mientras que Coni funcionaba como una importante estación militar.

⁶³ Lampe, en Frigia, estaba ubicada al noreste de Coni.

⁶⁴ Véase Juan Cinnamus, “Hazañas de Juan y Manuel Comneno”. Traducción a cargo de Charles M. Brand Nueva Cork, 1976, págs. 223-224. La historia de Cinnamus finaliza aquí.

⁶⁵ Nicetas Choniates, “Oh Ciudad de Bizancio, Memorias de Nicetas Choniates”, Libro VI, pág. 178.

Achyraus, Calamus, Tiatira, Sardes, Filadelfia y Hierápolis. Al llegar a Coni, y tal como lo relata Choniates, el emperador fue a postrarse piadosamente a la iglesia del Arcángel Miguel.

Hacia 1176 Coni, pese a estar bajo el acecho permanente de los turcos, era una ciudad muy próspera debido a que hacía las veces de nexo entre los centros comerciales del valle del Meandro y la capital del sultanato de Rum. La urbe estaba emplazada sobre un páramo rodeado de ríos y lagos, donde abundaba la pesca, y sus tierras además eran muy aptas para el cultivo de regaliz, cardamomo, mirto, higos, uvas, y granadas. En sus calles, por otra parte, se celebraban numerosas ferias en conmemoración del Arcángel Miguel, a quien los habitantes habían dedicado una hermosa iglesia provista de finos mosaicos⁶⁶. Numerosos peregrinos procedentes de todos los puntos cardinales se daban cita en el templo, contribuyendo sin saberlo al progreso de la villa en términos económicos, urbanísticos y arquitectónicos.

El culto al Arcángel Miguel poseía tres grandes santuarios en la región de Frigia, además de otros tantos en Constantinopla⁶⁷ y en Tracia; ellos eran: Laodicea (cerca de la moderna Denizli), Chairotopa (Kayadibi) y la ciudad natal de Nicetas Choniates, Coni, siendo ésta el lugar de culto más importante. Acorde con el hagiógrafo bizantino Simón Metafraste⁶⁸, un ermitaño llamado Archippos había erigido el santuario de Coni, despertando la envidia de los pobladores de las zonas aledañas, quienes como represalia cavaron canales para encauzar dos ríos contra la pía construcción. El Arcángel Miguel respondió entonces a las oraciones de Archippos, fragmentando la roca (montaña) con un rayo para fundir los dos canales en una sola corriente, santificando de ese modo las aguas procedentes de la quebrada resultante⁶⁹. Es por ello que a Miguel se le reconoce como santo patrono de las aguas curadoras (aguas termales). Así pues, sobre la base de lo anterior, los bizantinos sostenían que la visión de Miguel había tenido lugar durante el primer siglo de la era cristiana, pese a que la leyenda comenzó a circular en la segunda mitad del siglo V. Desde entonces el lugar se transformó en destino de un gran número de peregrinos que concurrían de sitios tan distantes como Paflagonia o Constantinopla, para acudir prestos ante el altar de la legendaria iglesia⁷⁰. Gradualmente, Coni empezó a adquirir importancia a medida que Colosas iba perdiéndola, llegando a constituirse en arzobispado hacia el 860 y en metropolitano un siglo más tarde. Inclusive los mismos turcos de Qonya, atraídos por la multitud que se congregaba al otro lado de la frontera para visitar el santuario, se apresuraban a acudir para comerciar sus alfombras y tapices.

La llegada del emperador Manuel con su ejército tuvo que causar un gran revuelo en la ciudad. Los habitantes y viajeros, y hasta quizá algún espía turco, ciertamente

⁶⁶ La iglesia sería destruida en 1189 por los selyúcidas.

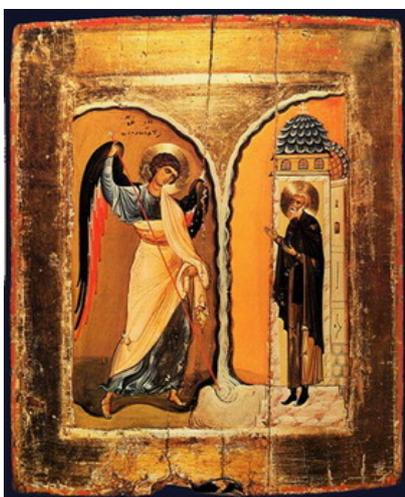
⁶⁷ En el distrito capitalino, Miguel tenía su santuario principal, el *Michaelion*, en Sosthenium, 80 kilómetros al sudoeste de Constantinopla, donde los fieles creían que aquél se le había aparecido al emperador Constantino I el Grande.

⁶⁸ Los detalles de la vida del afamado hagiógrafo son poco conocidos. Lo que es más, aún se debate acerca del siglo en el cual vivió Simón, pudiendo ser quizá el siglo X o XI.

⁶⁹ Alfred Max Bonnet, *Narratio de miraculo a Michaele archangelo Chonis patrato. Adiecto Symeonis metaphrastae de eadem re libello* (Paris, 1890).

⁷⁰ Los restantes lugares de Asia Menor que, como centros de peregrinaje, estaban a la altura de Coni eran Efeso, Euchaita, Nicea, Monte Olimpos, Myra, Euchaina y Cesarea (cuyo famoso santuario de San Basilio Magno, uno de los Padres de la Iglesia, había sido saqueado y destruido por los turcos durante las invasiones de 1063).

debieron acudir presurosos a las calles para presenciar el desfile de tan nobilísimos visitantes, agolpándose en los umbrales de las casas y comercios para no obstaculizar el paso de la solemne caravana, que avanzaba en dirección a la Iglesia del Arcángel Miguel. A estas alturas, solo podemos imaginarnos los hechos que compusieron la secuencia cronológica de tan magno acontecimiento. Manuel y su cancillería, que incluía figuras de la talla de Andrónico Contostéfano, Teodoro Mavrozomes, Constantino Makroducas, Juan y Andrónico Ángel, Juan Cantacuzeno, Balduino de Antioquía y Ompud, condestable de Hungría, se darían cita en el altar mayor del templo para orar por sus almas y pedir por la victoria, como usualmente se acostumbraba hacer en estos casos de extremo peligro. Imbuidos por el silencio y a la vista de los inspiradores mosaicos, pondrían a continuación sus mentes en blanco para dejar fluir sus recientes pecados y confesarse en consecuencia, prestos a participar de la misa. Y, por fin, con los sentidos nublados por el olor a mirra e incienso, y tras la bendición del metropolitano, se incorporarían para volver al campamento de extramuros. Sería la última vez en toda la historia del Imperio que un emperador visitaría Coni.



Icono con el milagro del ángel en Coni. 1175. Acorde con el hagiógrafo bizantino Simón Metafraste un ermitaño llamado Archippos había erigido el santuario de Coni, despertando la envidia de los pobladores de las zonas aledañas, quienes como represalia cavaron canales para encauzar dos ríos contra la pía construcción. El Arcángel Miguel respondió entonces a las oraciones de Archippos, fragmentando la roca (montaña) con un rayo para fundir los dos canales en una sola corriente, santificando de ese modo las aguas procedentes de la quebrada resultante.

La siguiente etapa del trayecto.

La ciudad de Nicetas Choniates fue la última parada relativamente segura del viaje. Hasta allí la caravana había marchado a través de páramos bien provistos de excedentes de granos, y dentro del perímetro defensivo que el emperador se había ocupado de establecer a lo largo del año anterior. No se habían producido contratiempos de ninguna especie, esencialmente por la ausencia de algareros turcos y por que el emperador había dedicado muchas horas a la logística y planificación de la campaña. El historiador oriundo de Coni señala en este sentido que *“el emperador siempre tenía cuidado de planificar las paradas, formando campamentos atrincherados y emprendiendo cuidadosamente las salidas de acuerdo con tácticas militares”*⁷¹.

El tramo siguiente del itinerario, no obstante, iba a ser bien distinto. A partir de Coni, la antigua calzada se abría paso directamente hacia el Este, por una zona de transición que acababa en Homa, Ciboto (Apamea) y Sozópolis. Era un terreno áspero y geográficamente muy accidentado, en el cual las bondades del clima de los valles cedía al rigor del pre-desierto. Los turcomanos solían emplear estas solariegas extensiones para establecer sus campamentos de invierno, donde soportaban las inclementes amplitudes térmicas entre el día y la noche esperando a que regresara la primavera para bajar con sus rebaños a pillar los valles⁷². Con los nómades y sus rebaños yendo y

⁷¹ Nicetas Choniates, *“Oh Ciudad de Bizancio, Memorias de Nicetas Choniates”*, Libro VI, pág. 179.

⁷² La oportunidad de los tiempos de siembra y cosecha en Asia Menor, tenía mucho que ver con la región geográfica (esto es, llanura, planicie central y zona pónica), el clima y el tipo de cultivo considerado:

viniendo, era de suponer, pues, que los estrategas del ejército bizantino extremaran las precauciones echando mano a la valiosa herramienta de los escuchas.

Los problemas comenzaron tan pronto como el ejército imperial traspuso las nacientes del Lycus, en las estribaciones septentrionales de los montes Cadmos. La carta de Manuel al rey Enrique de Inglaterra nos sugiere una primera pista en este sentido: *“Para colmo de males, cuando el ejército estaba aún atravesando su propio país, y antes de que nuestros enemigos bárbaros nos hubieran involucrado en la guerra, la más perversa peste nos atacó desde el interior de las entrañas. Y desparramándose entre las tropas de nuestro imperio, hizo su camino entre ellas y, actuando como el más peligroso antagonista que cualquier guerrero pudiera ser, destruyó vastos números. Esta enfermedad debilitó nuestras fuerzas de una manera formidable”*⁷³. Choniates también advierte sobre este contratiempo: *“No obstante, los turcos, que aparecían con intermitencia para enzarzarse en escaramuzas ligeras, iban delante del ejército, poniendo fuego a los pastizales para evitar que los romanos dieran de comer a sus animales, y envenenando las fuentes para impedir a sus enemigos abastecerse de agua pura. A poco, los romanos se vieron gravemente afectados por una enfermedad en los intestinos, que acabó por diezmarles”*⁷⁴. De todo lo cual se deducen dos cuestiones:

- a. Que los turcos ya habían comenzado a hostigar la marcha del ejército imperial a la altura de Homa y Ciboto, y,
- b. Que una peste de disentería se estaba extendiendo de manera incontrolable entre las filas bizantinas, quizá producto del cegamiento de pozos realizado por el enemigo.

Es muy probable que Kilij Arslan II haya estado al tanto de los pormenores de la expedición. Constantinopla era una ciudad cosmopolita y un espía bien podía pasar desapercibido entre la multitud de comerciantes, peregrinos y visitantes ocasionales que pululaban por sus calles. Y luego, en Coni, en medio de tanto revuelo, habría sucedido otro tanto, por lo que la quema de pastizales, el cegamiento de fuentes y los recurrentes ataques a la caravana griega se podrían explicar como una estrategia concienzudamente planificada. ¿Pero cuál era ésta?

La disentería, por caso, es una enfermedad infecciosa que depende de una serie de factures para transformarse en epidemia. En la Edad Media, especialmente en los barcos o en las grandes concentraciones de gente (una ciudad, un ejército en campaña, etc.), la variedad *Shigella* o *Shigellosis* encontraba el medio propicio para desarrollarse en la falta de higiene: los soldados y sus caballos generaban fluidos residuales⁷⁵ que, si no eran debidamente tratados, solían mezclarse con las fuentes de agua impolutas, contaminándolas. Inclusive cuando se tomaban todas las precauciones para que ello no sucediera, otro vector podía desencadenar la epidemia: las moscas que se posaban en aquéllos fluidos, llevaban luego las bacterias en sus patas, en su saliva o en sus heces, transfiriéndolas a los alimentos o a los pozos con agua limpia. Acto seguido, al producirse el contagio, los infectados padecían los inconfundibles síntomas: fiebre,

cebada, trigo, Olivo, vid, etc. Al respecto es muy interesante el trabajo realizado por Michael F. Hendy, *“Studies in the Byzantine Monetary Economy, c. 300 – 1400”*, Appendix I, págs. 138-145.

⁷³ Extraída de las *“Anales de Roger de Hoveden sobre la historia de Inglaterra y de otros países de Europa, desde 732 a 1201”*.

⁷⁴ Nicetas Choniates, *“Oh Ciudad de Bizancio, Memorias de Nicetas Choniates”*, Libro VI, pág. 179.

⁷⁵ Las heces de los enfermos y de los portadores sanos contienen gran cantidad de bacterias.

profusa diarrea (que aceleraba el ciclo de contagio), dolores abdominales, náuseas y vómitos. El cegamiento de las fuentes por parte de los turcos, pudo haber contribuido directa o indirectamente al surgimiento y ulterior difusión de la disentería entre los soldados griegos. Sin embargo, en la estrategia original de Kilij Arslan, tal enfermedad era una posibilidad: si sucedía mejor; entretanto, al envenenar los pozos, lo que el sultán buscaba era conducir al ejército imperial no acorde con el plan original de Manuel sino por el camino que mejor se ajustaba a la estrategia defensiva de los turcos. Y, claro está, los súbitos y recurrentes ataques de sus jinetes arqueros también servían a tal fin.

Se puede convenir, pues, que tanto el eventual hostigamiento como el envenenamiento de fuentes y la ocasional aparición de la peste condicionaron a Manuel a la hora de elegir el camino a seguir a partir de Homa/Ciboto. Hasta aquí se han descrito los medios empleados por el sultán para influir en las decisiones del basileo; el fin último de obligar al ejército bizantino a desechar las mejores rutas lo veremos en breve.

El paso de Tzivritze o Cibrilcima. ¿Por qué?

“Como consecuencia de los eventos que estaban teniendo lugar, el sultán puso atención a la guerra, recurriendo a un número substancial de tropas aliadas de Mesopotamia y de los bárbaros procedentes de las razas del Norte. También despachó una embajada al emperador para solicitar un tratado de paz y para satisfacer todos los requerimientos del basileo cualquiera fuesen éstos”⁷⁶. Mientras las tropas imperiales continuaban su avance haciendo caso omiso al brote de disentería que se estaba propagando, el sultán se mostró previsor en dos aspectos: por un lado, se apresuró a convocar a sus vasallos y aliados en procura de refuerzos, ya que el tamaño del ejército griego le preocupaba sobremanera⁷⁷. Y, por el otro, se entregó al doble juego mediante la diplomacia. En consecuencia, si la delegación enviada donde el emperador fracasaba en sus súplicas por paz, él estaría preparado para la guerra. Mientras tanto, algunos regimientos de su caballería ligera seguían aguijoneando los flancos del ejército bizantino, sumando padecimientos a los que ya venía causando la enfermedad.

Al alcanzar Sozópolis, Manuel se dio cuenta que la bifurcación de caminos que tenía delante además representaba una encrucijada con tres posibles decisiones, en todos los casos trascendentales para la campaña. El hostigamiento de la caballería turca no le molestaba; en realidad se trataba de un recurso muy empleado en la época, especialmente por los jinetes selyúcidas, como una especie de guerra de guerrillas. Manuel ya había soportado tales ataques al regresar de las campañas de 1138-1139 (Siria) y de 1146 (sitio de Qonya), por lo que sabía perfectamente contra qué enemigo lidiaba. El caso de la epidemia era muy distinto y seguramente fue el factor que más influyó al momento de tomar una decisión. Había tres alternativas: la primera era la de girar ciento ochenta grados y emprender el regreso. No implicaría riesgo alguno dado que la línea fronteriza de fortalezas se encontraba a una o dos jornadas de marcha. No obstante, el costo de la empresa fallida sería enorme en términos de pérdida de prestigio, sin considerar que una empresa de tal envergadura no se montaba de un día para el otro. Habría que esperar meses sino años con tal de volver a congregarse una fuerza semejante

⁷⁶ Nicetas Choniates, *“Oh Ciudad de Bizancio, Memorias de Nicetas Choniates”*, Libro VI, pág. 179.

⁷⁷ En los casi veinte años que llevaba al frente del sultanato, Kilij Arslan II nunca se había enfrentado a un ejército de semejantes dimensiones.

y Manuel, a dos de cumplir los sesenta años de edad, no estaba para ese tipo de dilaciones. La idea de regresar fue debatida, según parece, casi en consonancia con la propuesta de paz traída por la delegación de Kilij Arslan. *“Todos aquellos oficiales de mayor edad que eran expertos en la guerra, especialmente en tácticas turcas, rogaron a Manuel recibir a la embajada con los brazos abiertos más que depositar todas las esperanzas en el trámite de una batalla incierta”*, nos cuenta Nicetas Choniates sobre este punto, y prosigue: *“Le pidieron encarecidamente que tuviera en cuenta cuán azarosa podía ser la jornada, con un terreno que no era fácilmente asequible y que para colmo de males, estaba plagado de emboscadas, que no pasara por alto el excelente estado de la caballería turca ni que ignorara la enfermedad que había diezmado a sus fuerzas”*. No hubo caso: *“Manuel no prestó atención a las palabras de sus experimentados oficiales...”*⁷⁸. La expedición seguiría adelante, mas ahora correspondía el turno de debatir por qué ruta.

No está clara la razón por la que Manuel desoyó los consejos de sus mejores generales y hasta parece extraño. Choniates, del mismo modo que Cinnamus, es una fuente de importancia fundamental para reconstruir el derrotero de la campaña de 1176, aunque la del segundo no arroje tantas precisiones. No obstante, el primero no era un cronista pro-Manuel como si lo era Cinnamus⁷⁹. A lo largo de su obra, y específicamente en los capítulos relacionados con el reinado de Manuel, el historiador Nicetas introduce varios comentarios satíricos y moralistas tendientes a realzar las falencias y los errores de la política del tercer Comneno. Sus juicios de valor son emitidos como cosa juzgada, al cabo de casi treinta años de la muerte de Manuel, cuando Constantinopla ya había caído en manos de los latinos (1204) y el historiador se codeaba con los principales dignatarios lascárdidas en Nicea, la nueva capital por adopción. Debido a la filiación pro-occidental de Manuel y, considerando que Choniates sufrió en carne propia el latrocinio de la Cuarta Cruzada, podría pensarse que nuestro historiador de cabecera bien pudo achacar a aquél la culpa por los errores cometidos a lo largo de la campaña de 1176. Como todo historiador, Choniates imprimió en su obra el indeleble sello de la subjetividad, lo que, sin embargo, no exime a Manuel de la responsabilidad por los desaciertos y las malas decisiones.

Tras rebasar la línea de Sozópolis Manuel rechazó de plano la sugerencia de sus consejeros más experimentados, tal cual lo relatado por Choniates. La campaña, en opinión del basileo, debía proseguir y hacia delante se abrían dos posibilidades: la ruta tradicional, originalmente concebida para la empresa, y una segunda opción, un peligroso sendero que solo demandaba una jornada de marcha hasta Ikonium y que Nicetas llama el paso de Tzivritze. Con la disentería acuciando a los soldados y la siguiente fuente de agua esperándoles en el valle del Meram, el ejército imperial enfiló rumbo al camino de los desfiladeros. Para Choniates, sin embargo, las razones fueron muy diferentes: *“Manuel no prestó atención a las palabras de sus experimentados oficiales aunque sí a las de sus parientes de sangre, especialmente a las de aquéllos que jamás habían escuchado el sonido de las trompetas de guerra y que lucían cortes de cabello a la moda e iban con relucientes y joviales rostros, portando collares de oro, gemas y piedras preciosas. Por fin, los embajadores fueron enviados de regreso con las manos vacías”*. Las palabras de Nicetas, por demás elocuentes, llevan insertas un juicio de valor, que puede ser correcto o no según el axioma considerado. Exponer a un

⁷⁸ Nicetas Choniates, *“Oh Ciudad de Bizancio, Memorias de Nicetas Choniates”*, Libro VI, pág. 179.

⁷⁹ Algo similar había acontecido con el abuelo de Manuel: Durante su reinado, su hija Ana había sido pro-Alejo, mientras Juan Zonaras se enrolaba en la facción contraria.

ejército numeroso a través de un pasadizo estrecho, inexplorado y quizá repleto de trampas es un postulado que da la razón al historiador bizantino. Aunque afirmar que Manuel solo atendió a las palabras de sus jóvenes e inexpertos parientes, vestidos a la moda, es una afirmación cuanto menos dudosa: al basileo no le convencían para hacer tal o cual cosa; todo lo contrario, él usualmente inspiraba con su temeridad y valentía, como había sucedido ante los muros de Neocesarea en 1139⁸⁰. Ciertamente es que el emperador también sentía una poderosa atracción por la astrología: establecer predicciones en función de la posición y el movimiento de las estrellas, pero no sabemos con exactitud si este factor pudo haber influido en sus decisiones. Pese al antecedente reciente de la campaña contra Hungría (1167), Choniates no menciona nada sobre el asunto.

El paso de Tzivritze o Cibrilcima. ¿Dónde?

Tzivritze era el fin último que justificaba el desesperado accionar del sultán por desviar a los bizantinos de su trayecto original: ataques sorpresivos, cegamiento de pozos, quema de pastizales y maniobras dilatorias. Sabemos que la batalla fue en ese lugar por que tanto Manuel como Choniates mencionan tal nombre. El primero, en su carta al rey Enrique de Inglaterra escribe: *“Tan pronto como hubimos entrado en territorio turco, se escuchó el sonido de los aceros, y las tropas de los turcos entraron en combate con los ejércitos de nuestro imperio por todos lados. Sin embargo, por la gracia de Dios, los bárbaros fueron completamente forzados a la retirada por nuestros hombres. Pero después de esto, cuando giramos cerca de un angosto paso, en un sitio adyacente al cual los persas denominan Cibrilcima, llegaron más enemigos para socorrer a sus compañeros, hordas de a pie y a caballo procedentes del interior de Persia, las cuales, encontrándose con nuestros hombres, casi los excedían en número”*⁸¹. Nicetas, por su parte, señala: *“Con todo, el sultán siguió insistiendo en arribar a un acuerdo pacífico. Una vez que se hubo dado cuenta de que sus esfuerzos eran estériles y que Manuel se empeñaba en responderle que le daría su opinión en Iconio, mandó sus falanges a desplegarse por el terreno accidentado de los desfiladeros de Tzivritze, a través del cual los romanos debían pasar una vez que dejaran Myriokefalon. Se trataba de un largo y estrecho barranco caracterizado por pasadizos montañosos que descienden con suavidad desde las estepas del norte hacia las colinas ubicadas más abajo, abriéndose en numerosas hondonadas que confluían hacia una zona rocosa plagada de precipicios y acantilados, ubicada enfrente”*⁸². En definitiva, Tzivritze era el lugar ideal para tender una emboscada, y hacia allí marcharon los confiados bizantinos.

No se ha podido establecer con precisión el lugar exacto de la batalla, pese a las referencias aportadas, con lujo de detalles, por las fuentes de primera mano. El basileo alude a un angosto paso que el ejército imperial utilizó para girar hacia un sitio adyacente (Cibrilcima). Su siguiente observación arroja un poco más de luz, aunque no la que deseáramos, sobre el asunto: *“Como consecuencia de las dificultades presentadas por el estrecho sendero, la armada de nuestro imperio había quedado alineada en una fila de diez millas de largo; de modo que los que marchaban delante,*

⁸⁰ Entonces, tal acto le había valido la reprobación de su padre, Juan II.

⁸¹ Extraída de las *“Anales de Roger de Hoveden sobre la historia de Inglaterra y de otros países de Europa, desde 732 a 1201”*.

⁸² Nicetas Choniates, *“Oh Ciudad de Bizancio, Memorias de Nicetas Choniates”*, Libro VI, pág. 179.

eran incapaces de dar apoyo a aquellos que venían detrás, al mismo tiempo que los que venían al final eran incapaces de asistir a aquellos que iban al frente”. Choniates, por su parte, permanentemente va añadiendo pistas a su relato, todas coincidentes con la noción de un estrecho y largo paso en cuyo recorrido confluían un sinnúmero de pasadizos montañosos procedentes de las estribaciones de los cerros contiguos. El historiador además se anima a precisar algunas etapas del recorrido de Manuel:

1. Laodicea.
2. Coni.
3. Lampe.
4. Kelainai o Celaenae (a escasa distancia de Apamea o Ciboto).
5. Homa.
6. Myriokefalon.
7. Tzivritze.

La secuencia, no obstante, presenta algunas inconsistencias, ya que si nos atenemos a ella, implicaría dar por hecho que Manuel tuvo que regresar sobre sus pasos, por ejemplo, entre Kelainai y Homa, alejándose consecuentemente de Qonya. En todo caso, los dichos de Choniates, citando nombres específicos, no hacen más que sumar confusión, al punto de dudarse entre establecer las coordenadas del desfiladero en las cadenas montañosas del Karakus⁸³, en las de Sandikli (la más improbable de todas) o en las de Sultán Dagh⁸⁴.



Kufi Boğazi, Sandikli. ¿Tzivritze? El sitio de la batalla aún hoy es tema de discusión y los historiadores y especialistas no se ponen de acuerdo al respecto. Kufi Boğazi podría ser una opción.

Una tercera fuente, Miguel el Sirio, también conocido como Miguel el Grande, autor de una crónica medieval escrita en siríaco, manifiesta a su vez que el enfrentamiento tuvo lugar tan solo a

un día de marcha de Qonya⁸⁵. Es un dato interesante siempre que sea fidedigno, ya que, estimándose la media de marcha de un ejército medieval (portando tren de carga), podría establecerse una zona probable hacia el Oeste de Qonya a partir de la cual buscar el sitio. Y esa zona estaría comprendida aproximadamente entre la ciudad aludida, al Este, y el lago Sclerus o Beyşehir, al Oeste, y por lo tanto, inmersa en el sistema montañoso de Sultán Dagh. Guillermo de Tiro⁸⁶, otro cronista de la época, también se muestra en general dispuesto a avalar las evidencias que confirman en ubicar a Tzivritze “*circa Iconium*”.

El tema ha sido abordado de manera directa o indirecta por estudiosos más cercanos en el tiempo. Por ejemplo, William Mitchell Ramsay, en su “*Geografía Histórica de Asia Menor*”, sostiene que Myriokefalon era una antigua fortaleza de los

⁸³ Con el monte Barla Dagi (2.799 metros de altura) como techo de la cadena montañosa.

⁸⁴ El cerro Sultan Dagi con sus 2.519 metros le da el nombre al sistema orográfico.

⁸⁵ Miguel el Sirio, Crónica, XX.5., pág. 371, ed. Chabot.

⁸⁶ Guillermo de Tiro (1130-1185) fue arzobispo de Tiro e historiador de las Cruzadas y de la Edad Media.

tiempos de Justiniano, emplazada sobre la gran calzada militar romano-bizantina. La obra del arqueólogo escocés, experto conocedor de la región por su afinidad con los estudios bíblicos, ofrece interesantes pasajes relacionados con el tema que nos ocupa. Veamos algunos de ellos:

- “*Myriokefalon se encontraba al oeste de Stavros. Verinopolis, Stavros y Myriokefalon eran tres fortalezas, que en conjunto conformaban el Tourma Saniana. Pertenecían al tema de Bucelarios, pero alrededor del 890 fueron transferidas al de Carsiano*” (Pág. 248).

- “*Justiniano construyó las fortalezas de Khoma (Homa) y Soublaion (Subleo o Siblia), además del camino que conducía a la costa egea. Nicetas Choniates distingue esas fortalezas de otra, en realidad sobre el paso, llamada Myriokefalon, que estaba en ruinas en tiempos de Manuel Comneno. Durante el periodo 1076-1119 el itinerario de la ruta comercial romana entre Laodicea y Apamea (Ciboto) estaba enteramente en manos turcas. En 1119 Juan Comneno, avanzando desde Filadelfia capturó Laodicea y al año siguiente conquistó Sozópolis, que permaneció en manos bizantinas hasta 1182. Con todo, aún después de 1120 el citado trayecto comercial a través de Apamea era un páramo desértico caído en desuso, donde pululaban las bandas de turcomanos. En 1146 Manuel Comneno fue atacado y herido por una partida de turcos mientras acampaba cerca de Subleo, al salir de cacería sin tomar los debidos recaudos. El estudio de los reinados de los tres soberanos Comneno, Alejo, Juan y Manuel, permite deducir que, a lo largo de todo el periodo considerado (1081-1180), la ruta a través de Apamea no fue utilizada militarmente y la frase empleada tiempo después por Tagenon para describir la marcha de Barbarroja a través del lago salado Anava, <loca desertissima turcorum> (ver pág. 130), sugiere la razón” (Págs. 80-81).*

- “*Kalamos es mencionada en la marcha de Federico en el año 1190, bajo la forma de Kalomon. Muralt erróneamente la identifica con Sardes.*
 - ... Abril 27: Laodicea. Recepción hospitalaria por parte de los griegos.
 - Mayo 1º: a través de loca desertissima⁸⁷, pasando el lago salado Anava.
 - Mayo 2: Sozópolis.
 - Mayo 3: Ginglarion (castillo Cingulaire). Atraviesa el paso donde Manuel había sido derrotado...” (Pág. 130).

Entre los investigadores de la actualidad es Michael F. Hendy quien mayores esfuerzos ha realizado para dar con el paradero geográfico del misterioso paso de Tzivritze. Con ese fin, el estudioso recurrió a la valiosísima experiencia de otro viajero, Federico Barbarroja, quien en su avance por Asia Menor en tiempos de la III Cruzada (1190), abordó un itinerario parecido al de Manuel para acceder a la llanura de Ikonium. Lo interesante de su trabajo, es la nueva ubicación propuesta por el autor, doscientos kilómetros hacia el sudeste del punto tradicionalmente convenido para situar el paso montañoso: “*Miguel el Sirio está esencialmente en lo correcto al localizar el sitio del desastre a una jornada de camino de Ikonium; Cinnamus está en lo correcto al situar Tsibrelitzemani entre esa ciudad y el lago Sclerus; Guillermo de Tiro está en lo cierto al ubicarlo en las adyacencias de aquella urbe, y las fuentes de las cruzadas están en lo correcto al establecer el lugar de la derrota de Manuel a lo largo del brazo derecho del*

⁸⁷ Atendiendo a la referencias de Ramsay, pág. 130, la “loca desertissima” se extendía al norte del lago Anava, entre Laodicea y Sozópolis.

camino que sale a partir de la cabecera del lago Limnae. Tzivritze, Cibrilcima y Tsbirelitzemani denotan un mismo sitio y el paso, dónde yacía Myriokefalon, y donde el desastre tuvo lugar, es idéntico a Barzak Dere Bogazi: <el paso del Valle del Intestino⁸⁸> „⁸⁹.

En suma, acorde con el estudio de las fuentes de primera mano, se podría concluir que, aún cuando no ha sido posible precisar con exactitud la ubicación del lugar de la batalla, tanto el dónde como el por qué de Tzivritze fueron cuestiones hábilmente dispuestas e inducidas por el sultán como medida extrema para equiparar la superioridad técnica del ejército que se le echaba encima.

Parte IV: una jornada plagada de yerros: Myriokefalon.

Myriokefalon. Fase 1. Contacto visual con el enemigo.

Bajo el intenso calor del sol estival⁹⁰, con la disentería afectando a gran parte de la tropa y el agua empezando a escasear, conducir a un ejército de entre 30 y 40 mil hombres por la “*loca desertissima turcorum*”, una tierra que apenas daba para el sustento de sus escasos habitantes, debió de haber sido todo un reto para el emperador. Manuel, que había descartado la idea de dar media vuelta y regresar por el altísimo costo político que ello le supondría, marchaba confiado pese a todo y hasta quizá un poco más aliviado: ya no valía la pena seguir dudando; el punto sin retorno había quedado atrás al rebasar la frontera y entrar en territorio enemigo.

El ejército imperial, desde su salida de las bases en Lopadio, había avanzado en perfecto orden, priorizando la protección de los vagones que portaban las vituallas, el agua y las máquinas de asedio. Es muy probable que se dispusieran exploradores para marchar adelante, oteando el horizonte, mientras que, más atrás, los carros junto con los no combatientes, circulaban a una distancia prudencial, flanqueados por los soldados de a pie. Las unidades de caballería pesada, seguramente marcharían sobre el perímetro de la infantería, rodeándola sin entremezclarse con ella, para que el menor ritmo de los del centro no se convirtiese en un obstáculo en caso de tener que picar espuelas. Por el mismo motivo, la caballería ligera junto con los jinetes arqueros, marchaban en los extremos de la gran masa de gente. Para los trayectos donde el camino se angostaba comprometiendo la movilidad de la tropa, la caravana seguramente se estiraría con tal de ganar espacio para maniobrar: los exploradores seguirían encabezando el desfile, seguidos por una franja de soldados de a pie mucho más compacta que antes, apretujada contra el tren de carga, y dos líneas de caballería marchando paralelamente a cada lado de la infantería. Se trataba también de una formación clásica, un poco más conservadora sobre la que el mismo Choniates nos ofrece algunas precisiones: “*El ejército debía abrirse paso con lentitud, avanzando poco a poco, debido a las bestias de carga que*

⁸⁸ La palabra inglesa Gut puede traducirse indistintamente en tanto que sustantivo como paso, estrecho, tripa e intestino.

⁸⁹ Michael F. Hendy, “*Estudios en la Economía Monetaria Bizantina, c.300-1450*”, Apéndice II, pág. 154.

⁹⁰ La campaña había comenzado muy avanzado el verano, debido a que las tropas suministradas por el reino de Hungría en su condición de estado vasallo, tardaban en llegar.

llevaban las máquinas de guerra y a los numerosos no combatientes que estaban a cargo de su cuidado”⁹¹.

Al dejar atrás la amplia planicie con el lago Beyşehir de fondo, el camino se estrechó tanto que, llegando a Tzivritze, ya no fue posible avanzar siquiera con la formación clásica “*cerrada*”. Choniates describe el lugar como un extenso barranco caracterizado por numerosas quebradas que descendían en leve pendiente desde las estepas del norte, en dirección a las colinas ubicadas más abajo. Tales pasadizos confluían bajo la forma de sinuosas hondonadas hacia un suelo rocoso que, en determinadas secciones, acababa cortado a pico, formando acantilados y precipicios en uno de sus lados. La intimidante y sobrecogedora visión del páramo obligó a Manuel a desplegar sus divisiones en hilera para poder continuar el viaje. Choniates nos deja una vívida descripción al respecto: “*el emperador, sin embargo, lideraba sus falanges. Corriendo el mes de septiembre (17 de septiembre de 1176) Juan y Andrónico*⁹² *Ángel, hijos de Constantino, Constantino Makroducas*⁹³ *y Andrónico Lampardas, todos juntos, seguidos de sus tropas, formaban la vanguardia. Luego venía el ala derecha comandada por Balduino, el hermano de la esposa del emperador, mientras Teodoro Mavrozomes dirigía el ala izquierda. Tras éstos marchaban las bestias de carga, los criados y no combatientes, y los vagones con las maquinarias de asedio y las vituallas. A continuación venía el emperador en persona con sus tropas selectas, seguido por Andrónico Contostéfano*⁹⁴ *en la retaguardia*”⁹⁵.

En consecuencia, según nuestro historiador de cabecera, el orden de marcha a través de Tzivritze era el siguiente:

1. Vanguardia: Juan y Andrónico Ángel, Constantino Makroducas y Andrónico Lampardas.
2. Ala derecha: Balduino de Antioquía, cuñado del emperador.
3. Ala izquierda: Teodoro Mavrozomes.
4. Bestias de carga y tren de logística y asedio.
5. Centro: Manuel I Comneno.
6. Retaguardia: Andrónico Contostéfano.

Cada sección, entretanto, se hallaba integrada por infantería, caballería ligera y caballería pesada, conformando por sí misma una fuerza independiente de la que le seguía inmediatamente.

Mientras que la composición de cada cuerpo era más o menos así:

Vanguardia:

- Tropas griegas de los ducados y themas occidentales bajo el mando de Juan y Andrónico Ángel.

⁹¹ Nicetas Choniates, “*Oh Ciudad de Bizancio, Memorias de Nicetas Choniates*”, Libro VI, pág. 179. Según parece, el historiador bizantino estaba familiarizado con los manuales militares tipo Strategikon.

⁹² Andrónico Ángel, padre de los futuros emperadores Isaac II y Alejo III.

⁹³ Constantino Ducas parece ser la misma persona que Constantino Makroducas; estaba casado con la hija del hermano mayor de Manuel, Isaac. Para Constantino Makroducas (Tall-Ducas), véase Polemis, *Dukai*, pág. 192, y nn 2 y 3; Véase Juan Cinnamus, “*Hazañas de Juan y Manuel Comneno*”. Traducción a cargo de Charles M. Brand Nueva Cork, 1976, pág. 201.

⁹⁴ Andrónico Contostéfano, el vencedor de Sirmium (1167).

⁹⁵ Nicetas Choniates, “*Oh Ciudad de Bizancio, Memorias de Nicetas Choniates*”, Libro VI, pág. 180.

- Tropas griegas de los ducados y temas orientales comandadas por Constantino Makroducas.
- Regimientos occidentales, probablemente alemanes, y mercenarios cumanos y valacos a cargo de Andronico Lampardas.

Ala derecha:

- Divisiones provistas por el principado vasallo de Antioquía y mercenarios latinos.

Ala izquierda:

- Regimientos húngaros y mercenarios de diferentes nacionalidades.

Tren de carga:

- No combatientes mayoritariamente griegos (sacerdotes, bruñidores, armeros, mozos de cuadra, ambulancieros, etc.).

Cuerpo principal:

- Fuerzas selectas, entre ellas parte de la guardia imperial.

Retaguardia:

- Unidades de elite (infantería y caballería) nativas y mercenarias.

Casi en el umbral de Tzivritze, en la madrugada del 17 de septiembre de 1176, la vanguardia bizantina estableció contacto visual con los selyúcidas, quienes se habían establecido allí como parte del plan operacional dispuesto por el sultán. Seguramente no se trataba de todo el ejército turco; una gran parte del mismo yacía oculto en sectores propicios del paso; pero esto no lo sabían los comandantes griegos. La proximidad del enemigo quizá explique a estas alturas la razón de uno de los errores fundamentales que se le achacan a Manuel: no recurrir a escuchas para explorar el terreno que se extendía más allá de su vista, hacia delante. Choniates grafica tal yerro con estas palabras: “*Según parece, Manuel no tomo precauciones en cuanto a su ejército, cuando se aventuró por ese camino*”. Los hechos no justifican sin embargo la imprudencia de Manuel; en lugar de escuchas se podría haber enviado la caballería ligera

Myriokefalon. Fase 2. La vanguardia bizantina se abre paso, sin dificultades, por Tzivritze.

Fue sin lugar a dudas una hábil estratagema diseñada por Kilij Arslan: a la vista del señuelo ubicado a la entrada del paso, la vanguardia bizantina se precipitó sobre él, impulsada por un exceso de confianza. Los turcos, mientras tanto, dieron media vuelta y se precipitaron rumbo a los estrechos pasadizos en una alocada carrera por ponerse a salvo de la marejada humana que se les venía encima. “*Las divisiones de la vanguardia, bajo el mando de los hermanos Juan y Andrónico Ángel y de Makroducas y Lapardas, atravesaron el terreno accidentado sin sufrir daños, mientras que la infantería, enviada delante, sorprendía a los bárbaros y les obligaba a desalojar las colinas montaña abajo, hacia el lugar donde aquéllos habían sido apostados para dar batalla*”, cuenta Nicetas Choniates sobre las primeras escaramuzas.

Es probable que, a la vista del desbande generalizado, los comandantes bizantinos de la vanguardia no se hayan percatado de que un gran número de turcos se hallaba apostado sobre las alturas, escondido entre los accidentes geográficos del terreno. Actuando como una unidad autosuficiente, esta primera sección prosiguió su avance quizá confiando que la batalla había terminado. Infantería y caballería ligera y pesada, casi sin sufrir bajas, fueron finalmente conducidas hacia una planicie abierta que se hallaba a medio camino entre la entrada y la salida de Tzivritze. Lo que no sabían los hermanos Ángel, Constantino Makroducas ni aún Andrónico Lampardas era que en la confusión generada por el exitoso avance de la vanguardia, los turcos en lugar de desalojar el paso, se reagrupaban a la par de los que esperaban emboscados a cada lado del camino.

Myriokefalon. Fase 3. Se cierra la trampa.

Tras la partida de la vanguardia, las restantes unidades que esperaban a las puertas del sinuoso desfiladero se fueron deslizándose una a una hacia su interior, sin enterarse de lo que sucedía más adelante. Fue un error imperdonable que Manuel, con la experiencia de haber liderado siempre a sus ejércitos en batalla, no adoptara las medidas del caso: apartar los pesados carretones tirados por bueyes y el aparatoso tren de carga hasta tanto no se hubiesen extinguido las acciones tácticas. Tal descuido generó velocidades desparejas en el avance de las distintas secciones que, a poco, se encontraron esparcidas en una extensa hilera a lo largo de casi dieciséis kilómetros de camino, según lo relata el propio emperador: *“Como consecuencia de las dificultades presentadas por el estrecho sendero, la armada de nuestro imperio había quedado alineada en una fila de diez millas de largo...”*⁹⁶. Para colmo de males, los elementos más rígidos de la fuerza expedicionaria, esto es, bestias de tiro y vagones, acabaron bloqueando el paso a los que venían detrás, haciéndoles perder movilidad y dinámica. Entonces sucedió lo peor.

Cuando los turcos, en medio de una gritería generalizada, abandonaron sus escondites en las colinas adyacentes, abalanzándose sobre los desprevenidos bizantinos, el ejército imperial estaba tan estirado como vulnerable. Lejos de poder asistirse unas a otras, sus diferentes secciones se vieron en la necesidad de pelear como pequeñas unidades independientes, al perder el contacto entre ellas. Fue una verdadera calamidad y al mismo tiempo una prueba de fuego que sacó a relucir lo mejor y lo peor de los soldados griegos en medio de la confusión y el caos reinante.

Con la vanguardia lejos y fuera de peligro, el mayor peso de la lucha recayó sobre la espalda de quienes componían el ala derecha. Allí, Balduino de Antioquía se movía frenéticamente, con un ojo puesto hacia delante para no perder el rastro de aquella y el otro mirando lo que sucedía en derredor. Más atrás, el ala izquierda se debatía en un mar de dudas: su comandante, Teodoro Mavrozomes no se decidía entre espolear a su caballo para asistir a sus compañeros o mantener la posición para proteger los vagones con las valiosas maquinarias de asedio que venían detrás. Nicetas Choniates, que no sentía el menor apego por los caballeros occidentales, guarda para Balduino un lugar de honor en su relato: *“Tal vez las tropas que seguían en el orden antes descrito podrían haber pasado con seguridad entre los aturdidos turcos si solo hubieran cerrado filas con las compañías que los precedían y usado a sus arqueros para repeler a los*

⁹⁶ Carta de Manuel a Enrique II, extraída de las *“Anales de Roger de Hoveden sobre la historia de Inglaterra y de otros países de Europa, desde 732 a 1201”*.

atacantes turcos. En lugar de ello, se rehusaron a reagruparse con los de adelante, permitiendo que el número superior de los turcos que pululaban a cada lado de las colinas los dispersaran. Los turcos derrotaron a los hombres de Balduino, hiriendo y matando a muchos. Entonces, Balduino, viendo que sus hombres estaban en una delicada situación, y sintiéndose incapaz de romper las filas del enemigo y huir, reunió a un cierto número de caballeros y se dispuso a rodear las falanges turcas, mas fue cercado y muerto de inmediato. Todos sus compañeros de armas cayeron con él, desplegando un coraje desesperado en su noble hazaña”.

Con Balduino muerto y el ala derecha puesta fuera de combate, la presión del ataque pasó al ala izquierda. En ese momento el cuerpo principal, con Manuel a la cabeza, empezó a preocuparse seriamente y a sospechar que más adelante algo siniestro estaba sucediendo. El fragor de la lucha, no obstante, pronto los alcanzó a ellos también. Y es que los turcos, eufóricos como estaban luego de abatir a los antioqueños, ahora parecían multiplicarse por todos lados. Por segunda vez en poco más de cien años, el Imperio estaba a punto de perder otro soberano en manos de los selyúcidas. Que ello efectivamente sucediera dependía casi en exclusiva de la capacidad de reacción del emperador y su séquito y, por supuesto, en esas condiciones, cualquier cosa podía esperarse. Por lo pronto, el ejército imperial conservaba intacta una única ventaja sobre el enemigo: su incuestionable superioridad técnica.

Myriokefalon. Fase 4. Manuel pelea por su vida.

En las circunstancias en que los bizantinos fueron sorprendidos, desperdigados a lo largo de casi diez millas y maniatados por promontorios, acantilados, desfiladeros y hondonadas, resultaba muy difícil sino imposible coordinar maniobras o comunicar órdenes. Bajo esta óptica hay que analizar el desenvolvimiento de Manuel en el campo de batalla. Nicetas Choniates en algunos pasajes de su obra le critica despiadadamente; establecido con comodidad en algún palacio de Nicea, el cronista griego jamás se puso en la piel de quienes pelearon en esas horas trágicas de la historia bizantina, al momento de emitir sus juicios de valor mientras entornaba su erudita pluma. En cierta manera su proceder recuerda al de Miguel Psellos y su retórica impiadosa, cargada de desprecio hacia las dotes militares del desafortunado Romano IV Diógenes⁹⁷.



Batalla de Myriokefalon o Miriocéfalo. En la pintura pueden verse, en azul, los estandartes del sultán Kilij Arslan II en primer plano. Al fondo, muy difusamente, los ejércitos se batían con fragor.

En el campo sangriento de Myriokefalon a Manuel le tocó pelear por su vida como cien años antes lo había hecho el valeroso Romano. Cuando los turcos sorprendieron el ala derecha de su ejército matando al mismísimo Balduino, un muro representado en los hechos por cerca de tres mil vagones de carga impidió a los que venían detrás acudir en ayuda de los antioqueños. En la Edad Media los únicos medios aptos para

⁹⁷ Romano IV Diógenes, el emperador vencido por Alp Arslan en Mantzikert (1071).

transmitir órdenes eran veloces jinetes o banderilleros adiestrados para tal fin y, según la información que disponemos, ni lo uno ni lo otro pudo emplearse con semejante muralla obstaculizando el estrecho sendero. Para aumentar el desconcierto, en el momento en que los selyúcidas se echaron sobre el núcleo principal, los cuerpos inertes de quienes acababan de sucumbir bajo el filo de sus venablos y cimitarras evitaron que los carruajes y vagones pudieran ser empujados hacia delante. Los animales de tiro empezaron entonces a caer como moscas ante la certera puntería de los arqueros turcos, que intencionalmente los abatían a fin de impedir el trabajo de limpieza al que se habían entregado algunos soldados y no combatientes bizantinos por expresa indicación de Manuel. Hubo pues que renunciar a las valiosas maquinarias de asedio, al agua y a las vituallas, volteando el tren de carga sobre sus ruedas o apilándolo en las paredes laterales del desfiladero, con tal de salir de ese atolladero mortal.

La lucha debió haber sido en ese punto sin cuartel, a matar o morir. Los turcos, saboreando la victoria, pudieron aún recurrir a otro ardid para asestar el golpe de gracia a la alicaída moral de sus enemigos. Unos días antes, el emperador había confiado a su sobrino Andrónico Vatatses, hijo de su hermana María y de Teodoro Vatatses, la tarea de comandar una fuerza en Paflagonia. El plan consistía en que ambas expediciones actuaran simultáneamente como un cascanueces sobre los territorios del sultán. Pero Andrónico resultó vencido ante los muros de Amasea y su cabeza, cortada, fue enviada como obsequio a Kilij Arslan. Ahora, en el calor de la batalla, los turcos la exhibieron en lo alto de una pica, como recordatorio de lo que les esperaba a quienes cayeran con vida en sus manos. Choniates reporta que a la vista de tan pasmoso espectáculo, el emperador reaccionó con abatimiento, entregándose a un breve duelo. Luego, recuperando la compostura, volvió a conducir a la caballería en otro arrebato desesperado por abrirse paso entre los innumerables obstáculos que cerraban el camino.

Gracias a nuestro historiador bizantino de cabecera podemos conocer con lujo de detalles este nuevo acto del drama que estaba teniendo lugar: *“El emperador intentó repetidamente desalojar a los bárbaros que bloqueaban el paso y presionar a sus tropas a limpiar el camino, pero pronto descubrió que su plan no estaba teniendo éxito y que sus bajas tampoco serían inferiores si se quedaba en ese lugar, con los turcos siempre prevaleciendo, luchando como se encontraban, con la ventaja de hacerlo desde un terreno más alto. Entonces guió una carga contra el enemigo con una fracción de sus tropas, invitando al resto a salvarse ellos mismos como pudieran, ya que se había percatado de que no había esperanzas”*. El relato del cronista se asemeja a la descripción de una retirada desordenada, de un caótico desbande propio de un ejército vencido y quebrado anímica y moralmente. Choniates prosigue: *“Manuel salió del puño de hierro que aferraba la falange como si se tratase de una trampa tendida a una comadreja. Sufrió numerosos cortes y contusiones a causa de las espadas y mazas esgrimidas por los turcos: su cuerpo entero estaba cubierto de heridas, su escudo había sido traspasado por una treintena de flechas sedientas de sangre y no podía llevar recto su casco, que había sido golpeado y torcido. Sin embargo, contra todos los pronósticos, escapó de las garras de los bárbaros, protegido por Dios, que hacía tiempo también había protegido la cabeza de David en el día de la batalla⁹⁸, tal como lo relatan los amantes de los salmos. A las otras divisiones romanas les había ido mucho peor. Traspasadas continuamente por las cabezas de metal de las lanzas y heridas por las flechas, fueron pereciendo a medida que caían unos sobre otros. Hubo algunos que*

⁹⁸ Salmo, 139.8.

puieron atravesar los barrancos llegando inclusive a repeler a los turcos allí estacionados para caer asesinados en el siguiente hueco. Esta vía, cortada por siete zanjas y valles contiguos, se tornaba más amplia por una corta distancia para luego volver a contraerse en un estrecho pasadizo. Dichos valles estaban cuidadosamente guarnecidos por tropas turcas que infectaban todo el terreno”⁹⁹. Es muy probable que el cronista bizantino se refiera aquí a la suerte corrida por las alas del ejército imperial, que fueron en definitiva las que llevaron la peor parte de la lucha, registrando bajas considerables.

Myriokefalon. Fase 5. El ejército imperial se reagrupa.

Mientras el emperador, a fuerza de cargas frontales de caballería intentaba perforar el cerco dispuesto por los turcos, una tormenta de polvo se abalanzó de improviso sobre la comarca, cegando por igual a turcos y a bizantinos. Choniates nos cuenta que la confusión generada por la falta de visión fue tan grande, que muchos sucumbieron a manos de sus propios compañeros. Los soldados, en medio de la oscuridad repentina, lanzaban estocadas y lanzazos discrecionalmente, confundidos por los alaridos y estertores de la lucha que tenía lugar y por el trajinar de las bestias que, habiendo perdido a sus jinetes, deambulaban sin rumbo. “Turcos y romanos”¹⁰⁰ arrojaban sus espadas contra sus propias líneas matando a quienes se aproximaban como un enemigo, de modo que los barrancos se convirtieron en una gran tumba, el lugar de entierro de diversas naciones, una fosa común de romanos y bárbaros, bueyes, caballos y asnos de carga”¹⁰¹. La repentina tormenta dio a los bizantinos un breve respiro a pesar de todo y varios consiguieron abrirse paso hacia delante, tras la estela de muerte que iba dejando el emperador y su guardia personal.

En su desesperación por dar alcance a la vanguardia, el basileo debió aún pelear cuerpo a cuerpo en varias oportunidades antes de poder respirar aliviado. Con la muerte rondando por todas partes y las flechas del enemigo anunciando la siguiente ronda de difuntos, los fugitivos padecían de tal grado de excitación corporal producto de niveles altísimos de adrenalina, que sus fosas nasales se hallaban henchidas de par en par para compensar el mayor ritmo cardíaco con un flujo respiratorio acorde. Aún no habían conseguido alcanzar el primer claro que separaba en dos el estrecho recorrido de Tzivritze, cuando el emperador mandó hacer un alto para que todos pudiesen recuperar el aliento. Choniates afirma en este punto que Manuel, momentáneamente vulnerable al quitarse la coraza, fue sorprendido por un turco que intentaba robarle el caballo. A lo que el basileo respondió incorporándose de un salto y derribando al turco con un fuerte golpe en la cabeza. La escaramuza llamó la atención de otra partida de merodeadores selyúcidas, que andaba cerca en busca de cautivos. Al verles llegar Manuel atravesó a uno de un lanzazo, mientras que sus colaboradores atacaban al resto a estocadas y mandobles, poniéndoles rápidamente en fuga.

Habiéndose percatado de lo precaria que era su situación, los romanos volvieron a ponerse en movimiento con el basileo a la cabeza. Picando espuelas, el regimiento partió sin dejar de describir círculos con sus espadas a medida que el enemigo estrechaba filas para tratar de cortarles el paso. En ocasiones solían hacer un alto

⁹⁹ Nicetas Choniates, “*Oh Ciudad de Bizancio, Memorias de Nicetas Choniates*”, Libro VI, pág. 183.

¹⁰⁰ Nótese que el autor bizantino emplea el adjetivo gentilicio “romano” para llamar a sus compatriotas. Esto porque el término bizantino es una invención del siglo XVIII.

¹⁰¹ Nicetas Choniates, “*Oh Ciudad de Bizancio, Memorias de Nicetas Choniates*”, Libro VI, pág. 184.

ocasional para permitir a otro grupo de evadidos darles alcance y unírseles. Pero el avance era lento y las pezuñas de los caballos resbalaban en los cuerpos de los soldados caídos, que, acorde con las palabras de Choniatés, comenzaba a cubrir las hondonadas del páramo. La tormenta de polvo había casi amainado, de modo que las imágenes invadieron de nuevo los sentidos de los combatientes: por doquier se veían moribundos suplicando lastimosamente con sus manos tendidas hacia el cielo, bestias despanzurradas enlodando el camino con su sangre, soldados en inferioridad numérica batiéndose con singular heroísmo, jinetes galopando sobre montículos de cuerpos inertes, sargentos gritando órdenes haciendo caso omiso a las flechas que se clavaban en sus escudos. En tales circunstancias, Manuel tuvo que presenciar cómo una partida de turcos ultimaba a otro noble del entorno familiar: *“Luego, levantando la mirada, divisó al marido de su sobrina, Juan Cantacuzeno, conteniendo él solo contra muchos enemigos y resistiendo su ataque mientras miraba a su alrededor para ver si alguien venía en su ayuda. Unos momentos después el emperador logró divisar como era desmontado y caía sin llegarle nunca la tan ansiada asistencia. Cuando los turcos que habían matado a Cantacuzeno vieron que el emperador pasaba por allí cerca (y cuya escapatoria ellos juzgaron como imposible) se agruparon como una jauría y se pusieron a perseguirle como si se tratara de una gran presa; estaban indecisos entre tomarle prisionero o matarle. Todos montaban sobre sementales árabes y en apariencia, se destacaban por sobre los demás: portaban armas elegantes y sus cabalgaduras estaban adornadas con cascabeles que estaban sujetos a la crin de sus esbeltos cuellos. El emperador infundió entonces ánimo entre los soldados que le rodeaban y entre todos consiguieron rechazar la carga del enemigo. Luego, empujando hacia delante de a poco, apelando a veces a cortes y lanzadas y otras, sin derramamiento de sangre, superaron a los turcos, que se habían reagrupado con el afán de poder apresarle. Aliviado y complacido, el emperador alcanzó la posición de las divisiones que iban delante, las cuales se hallaban preocupadas no tanto por su propia suerte sino por que él tardaba en aparecer”*¹⁰².

De la lectura de los pasajes de Choniatés se puede concluir que, el cuerpo principal, liderado por el emperador en persona, en su intento por dar con el paradero de la vanguardia, iba quebrando la resistencia de los enemigos emboscados que encontraba a su paso. De modo que cuando a Andrónico Contostéfano le correspondió a su vez el turno de avanzar por Tzivritze con la retaguardia, su marcha fue mucho más asequible, aunque también halló la oposición de bolsones atestados de enemigos. Choniatés nos cuenta que en las horas del crepúsculo el general bizantino, seguido de un gran número de tropas, alcanzó ileso el campamento fortificado que la vanguardia había levantado en tiempo record.

Balance: primeras estimaciones de bajas.

Recién en el improvisado campamento los bizantinos pudieron determinar el impacto que la batalla había surtido entre sus filas. El balance de las bajas era más o menos el siguiente:

- La vanguardia con todos sus generales, yacía prácticamente indemne.

¹⁰² Nicetas Choniatés, *“Oh Ciudad de Bizancio, Memorias de Nicetas Choniatés”*, Libro VI, pág. 185.

- El ala derecha, que había soportado casi por completo el peso de la batalla, se había perdido en un noventa por cien. Su comandante, Balduino de Antioquía había resultado muerto en la lucha, pese al valor y al heroísmo desplegado.
- El ala izquierda, al echarse hacia atrás ante el primer impacto de los turcos contra el ala derecha, había cerrado filas con el cuerpo principal, lo que al cabo había terminado salvando vidas. El número de bajas no era tan alto y su comandante, Teodoro Mavrozomes, había podido alcanzar sin problemas el campamento fortificado.
- Tren de carga y no combatientes: los vagones con el agua, los alimentos y las partes de las maquinarias de asedio se habían perdido en su totalidad, lo mismo que las bestias de tiro. Los no combatientes, por su parte, habían sido capturados en su gran mayoría por los algareros turcos que recorrían la zona en busca de esclavos.
- Cuerpo principal: había causado una gran mortandad entre las líneas de los emboscados. Tratándose de un cuerpo selecto, su desempeño en el campo de batalla fue impecable; la limpieza de todos los obstáculos que cerraban el paso se logró gracias al esfuerzo y el sacrificio de sus integrantes. Y aunque en determinados momentos a Manuel le invadió la indecisión y el temor, su obstinación al recuperar la calma permitió a muchos zafar de las emboscadas y trampas. La mayor parte ingresó sana y salva al solar del campamento, si bien algunas figuras importantes como Juan Cantacuzeno habían perecido en el intento.
- Retaguardia: compuesta también por tropas selectas y bajo el liderazgo de uno de los generales más capaces, Andrónico Contostéfano, fue agrupándose lentamente luego de atravesar casi sin contratiempos los desfiladeros. A lo largo del camino sus miembros fueron rematando a los desprevenidos turcos que se habían entregado a una bacanal de robos y pillaje, aunque también debieron vencer la resistencia de los últimos grupos emboscados antes de llegar al perímetro salvador del campamento (Michael Hendy, no obstante, asevera que esta sección también sufrió duramente los embates de la batalla, registrando pérdidas considerables).
- Con la batalla aún inconclusa, el número de bajas oscilaba entre cinco y seis mil efectivos, trepando posiblemente a siete u ocho mil con los no combatientes. Se podría inclusive aventurar una cifra cercana a las diez mil bajas, contando muertos y prisioneros, si se tiene en cuenta que las acciones se prolongaron casi hasta media mañana del 18 de septiembre.

Myriokefalón. Fase 6. Desenlace de la batalla.

El campamento improvisado donde a poco comenzaron a confluír los restos del ejército imperial, había sido erigido por la vanguardia sobre una colina ubicada a medio camino entre la entrada y la salida del tenebroso paso (algunos historiadores coinciden en señalar que se encontraba fuera del desfiladero, del lado de Qonya). Nicetas Choniates no proporciona precisiones acerca del mismo, pero seguramente debe haber seguido el modelo de los campamentos clásicos romanos de campaña: zanjas perimetrales rematadas por montículos levantados con la tierra cavada; promontorios para centinelas; entradas con forma de L apostadas convenientemente a intervalos definidos; perímetro interior formado por las tiendas de campaña, con espacios preestablecidos entre ellas para poder circular; luego la infantería y bien en el corazón,

la caballería en torno a la tienda del comandante, en este caso, el emperador y su plana mayor.

Con el correr de las horas la lucha fue decayendo en intensidad hasta casi extinguirse por completo al ocultarse el sol. En la penumbra ulterior, los soldados griegos seguramente debieron desplomarse a causa del cansancio y de la tensión vivida, si bien las rondas de vigilancia se mantuvieron a rajatabla a lo largo de toda la noche. Afuera, entretanto, los jinetes turcos solían interrumpir el silencio imperante con súbitas carreras alrededor del campamento, que incluían alaridos y ocasionales descargas de flechas disparadas al azar. Nicetas Choniates nos refiere en detalle cómo los soldados romanos soportaban dentro el paso de esas horas aterradoras: *“Esos hombres no se contaban ellos mismos entre los que iban a sobrevivir, desde que escuchaban a los bárbaros galopar a lo largo del borde del campamento, y en tono penetrante, exhortar a sus iguales, que se habían pasado con los romanos tiempo atrás (ya sea por necesidad o porque se habían convertido), a dejar el campamento esa noche porque, en caso contrario, todos morirían llegando el alba. Los romanos, por su parte, pasaron el tiempo en sus clanes y con sus amigos más cercanos, mientras el temor hacía palidecer sus rostros como las hojas de los árboles cambian de color al llegar la temporada de su caída”*¹⁰³.

Durante la madrugada del 18 de septiembre, el emperador reunió en concejo a sus altos oficiales. Estaba realmente confundido y temía caer prisionero y hasta perder la vida, por lo que manifestó a sus generales sus intenciones de evadirse del campamento, aprovechando la oscuridad de la noche. Sus palabras cayeron como un mazazo entre el auditorio y el mismísimo Contostéfano se mostró consternado y aturdido por la sugerencia del emperador. Solo cuando un soldado raso, que posiblemente hacía guardia en la puerta de la tienda, se lamentó por lo que se discutía dentro, el basileo recuperó la compostura desdiciéndose de sus palabras. Mientras debatían a continuación qué alternativa adoptarían para el nuevo día, una embajada enviada por Kilij Arslan se presentó para conferenciar, ofreciendo un acuerdo similar al que unos días antes Manuel se había obstinado en rechazar.

Llegada la mañana, algunos turcos que no entendían el imprevisto arranque de clemencia del sultán y otros que directamente desconocían lo parlamentado durante la noche, lanzaron un nuevo ataque contra el campamento fortificado del emperador. Cabalgando en derredor de su predio, repitieron la rutina de gritos aterradores y rondas de flechas que ahora disparaban con mejor puntería debido a la claridad del día. En el interior del campamento, entretanto, el alto mando bizantino creía con razón que había que retomar la iniciativa perdida durante la batalla del día anterior. La moral del ejército estaba quebrada y se precisaban de acciones gloriosas para recomponerla. Manuel, que había recuperado su semblante habitual, mandó a llamar a Juan Ángel y le despachó al frente de un destacamento de caballería ligera para medirse con los sitiadores. Pero tanto el intento de Juan como el que dirigió después Constantino Makrodocas al frente de divisiones orientales no alcanzaron los resultados deseados. Las escaramuzas finalmente terminaron cuando un segundo delegado del sultán, Gabras, se presentó ante Manuel para arreglar las condiciones del nuevo tratado de paz. Los detalles de la entrevista nos han llegado gracias a Nicetas Choniates: *“El sultán despachó a uno de*

¹⁰³ Nicetas Choniates, *“Oh Ciudad de Bizancio, Memorias de Nicetas Choniates”*, Libro VI, pág. 187.

sus más honorables y estimados oficiales, Gabras¹⁰⁴, para reunirse con el emperador. Acto seguido, los turcos, acatando las órdenes del sultán, detuvieron sus ataques a lo que los romanos respondieron suspendiendo sus salidas y persecuciones. Una vez recibido por el emperador, Gabras hizo una profunda reverencia a la manera de los bárbaros, al mismo tiempo que obsequiaba al emperador con un caballo de Nisaia¹⁰⁵, dotado con frenos de plata, un animal ideal para ser usado en solemnes procesiones y desfiles, y una espada larga de doble filo. Habiendo iniciado la discusión de los términos de paz empleando palabras suaves, el embajador turco morigeró la evidente derrota del emperador calmando su ardiente pasión, como si las palabras que le susurraba al oído funcionasen a modo de encantamiento. Gabras, observando la apariencia amarillenta de la capa que cubría la cota de malla del emperador, remarcó: <Ese no es un color auspicioso, O emperador, ya que a la hora de hacer la guerra milita muy bien en contra de la buena fortuna>. Manuel, forzando una leve sonrisa ante estas palabras, se quitó la capa bordada con hilos púrpuras y dorados, y se la tendió a Gabras. Tras lo cual aceptó el caballo y la espada, accedió a formalizar el tratado y le tendió la mano a la comitiva. La falta de tiempo, sin embargo, no permitió que determinados artículos fueran debidamente especificados, aunque sí se convino que las fortalezas de Dorileo y Subleo debían ser demolidas”¹⁰⁶.

Myriokefalón. Fase 7. Retirada.

Desalojar el improvisado pero seguro recinto del campamento tuvo una doble connotación para los romanos. Por un lado el alivio de saber que la pesadilla estaba tocando a su fin y por el otro, la frustración de sentirse vencidos por un enemigo que en los papeles era inferior, sobre todo en lo concerniente a la calidad del componente humano. Y fue precisamente la calidad de las tropas de Manuel lo que las salvó indefectiblemente del desastre. Hasta el mismo momento de emprender la retirada, cada integrante de la fuerza imperial, desde los no combatientes hasta el propio emperador, tenía la certeza de haber experimentado una derrota aplastante, abrumadora. Con el agravante de que Ikonium solo se encontraba a no más de cincuenta kilómetros de distancia, es decir tan solo a una jornada de marcha, cuando se debió emprender el regreso.

El viaje de vuelta, sin embargo, mostraría una faceta desconocida de la batalla. Ni bien las condiciones del tratado habían sido ratificadas por las partes, Manuel solicitó cambiar el itinerario para evitar el mal trago de tener que atravesar una vez más el campo sangriento y revivir las terribles escenas del día anterior. Los guías, sin embargo, hicieron oídos sordos a su petición y condujeron a los sobrevivientes directamente por

¹⁰⁴ Para el embajador Gabras véase Véase Juan Cinnamus, “*Hazañas de Juan y Manuel Comneno*”. Traducción a cargo de Charles M. Brand Nueva Cork, 1976, pág. 224; Bryer, *Gabrades*, 180. El embajador no sería otro que el visir de Kilij Arslan II, Hasan ibn Gabras, probablemente un pariente del clan de los Gabras de Trebizonda.

¹⁰⁵ Los caballos de Nisaia, a los que Herodoto se refiere como caballos sagrados o ceremoniales, son llamados así porque proceden de la planicie de Nisaeon, en Media, en el noroeste de Irán; Herodoto 7.40. Véase también Strabo, 11.527 y Polibio, 30.25.6. Los caballos de Nisaia eran empleados por la caballería parta en tiempos de los Sasánidas. Corpulentos y de patas y cabeza pequeña, eran ideales para cargar hombres bien armados y acorazados, los catafractas. Véase Bernard Goldman and A. M. G. Little, “*Los comienzos de la pintura Sasánida y Dura Europos*”, *Iránica antiqua* 15 (1980), pág. 289 y n. 10.

¹⁰⁶ Nicetas Choniates, “*Oh Ciudad de Bizancio, Memorias de Nicetas Choniates*”, Libro VI, pág. 189.

el mismo recorrido que, en sentido inverso, habían realizado apenas doce horas antes¹⁰⁷. Lo que vieron entonces les llenó de pavor y Nicetas Choniates nos lo describe con una punzante observación: *“la visión era digna de lágrimas, o mejor dicho, la magnitud de la escena era sobrecogedora inclusive para las lágrimas”*. Lo cierto es que a lo largo de todo el camino a través de Tzivritze los sobrevivientes solo pudieron reparar en muerte y desolación; no obstante hay un hallazgo en particular del cronista bizantino que nos llama poderosamente la atención: *“Las víctimas tenían el cuero cabelludo arrancado de sus cabezas y los falos de muchos habían sido cortados. Se decía que los turcos habían tomado esa medida para que los circuncisos no pudieran ser distinguidos de los incircuncisos y, por ende, que su victoria no pareciera tan disputada y controversial, dado que habían caído muchos por ambos bandos”*¹⁰⁸. Se trata seguramente de una observación realizada por un testigo ocular de la batalla, soldado posiblemente y además, conocedor de las tradiciones religiosas del Islam en ese sentido¹⁰⁹. Que los selyúcidas se hubiesen apresurado a adoptar tan extrema medida es un indicio que, tal cual nos lo refiere Choniates, denota incertidumbre respecto a la supuesta contundencia inicial de su victoria. A poco, los bizantinos se percataron de ello y, atando cabos, por fin comprendieron el por qué de la incomprensible permisividad de Kilij Arslan a la hora de negociar. La batalla no había sido tan concluyente ni la derrota tan decisiva como había parecido al alborar del 18 de septiembre.

Hubo un último intento de los turcos por deshacer los términos del tratado que acababan de cerrar. Acorde con Choniates, el sultán, habiéndose arrepentido de su munificencia, envió a los suyos para hostigar el retorno de Manuel y causar *“el mismo daño que se le habría ocasionado si no se hubieran celebrado los tratados de paz”*. La coyuntura fue especialmente difícil de sobrellevar para los heridos y no combatientes, ambulancieros incluidos, que marchaban trabajosamente siguiendo los pabellones imperiales. Manuel, que había advertido el sufrimiento causado por tales ataques, intentó atenuarlos ubicando en retaguardia a lo mejor de sus tropas y a los más capaces lugartenientes. Mas las desgracias finalmente cesaron cuando la fuerza expedicionaria alcanzó los arrabales de Coni. En ese momento muchos soldados se hincaron de hinojos para agradecer a Dios por haberles hecho regresar sanos y salvo. El emperador, por su parte, se aseguró que todos los heridos recibieran atención médica, *“tras lo cual partió a Filadelfia, donde pasaría varios días recuperándose de las heridas recibidas durante la campaña”*¹¹⁰.

Parte V: Conclusiones, anexos y fuentes documentales.

Myriokefalon vs. Mantzikert. Un análisis comparativo.

La batalla de Myriokefalon fue el último intento serio llevado a cabo por Bizancio para recobrar sus posesiones orientales, perdidas cien años antes, tras la batalla de

¹⁰⁷ No está del todo claro por qué la ruta escogida por los guías coincidió con el itinerario realizado hasta allí. Se puede suponer que la misma urgencia por un reservorio confiable de agua fue determinante para desechar la alternativa de Filomelio. O inclusive que el sultán haya contemplado en el tratado una condición específica al respecto, para desembarazarse cuanto antes de la fuerza invasora.

¹⁰⁸ Nicetas Choniates, *“Oh Ciudad de Bizancio, Memorias de Nicetas Choniates”*, Libro VI, pág. 190.

¹⁰⁹ Aunque no está contemplada en el Corán, la circuncisión masculina del creyente forma parte del conjunto de conductas establecidas por el Profeta (la Sunnah).

¹¹⁰ Nicetas Choniates, *“Oh Ciudad de Bizancio, Memorias de Nicetas Choniates”*, Libro VI, pág. 191.

Mantzikert. Al momento de tener que enfrentar los fantasmas del fracaso, Manuel Comneno no dudó en comparar la derrota sufrida en Tzivritze con aquél “terrible día” de 1071¹¹¹. No obstante, salvo por el efecto psicológico que causó en el carácter del emperador¹¹², Myriokefalon apenas puede compararse en importancia y trascendencia con Mantzikert. Veamos esto con mayor detenimiento.

- **Teatro operacional:** A diferencia de Mantzikert, adonde se enfrentaron dos ejércitos de manera convencional, alineados uno frente al otro sobre un campo relativamente plano, Myriokefalon fue esencialmente una emboscada tendida sobre un terreno muy accidentado. En la batalla de 1176 los bizantinos no supieron sino hasta último momento que tendrían que pelear por sus vidas; su alto grado de preparación impidió que la jornada acabara en una trágica carnicería, sobre todo si nos atenemos a los previos del enfrentamiento. Resulta obvio que los errores tácticos de Manuel posibilitaron que la trampa se cerrara sobre sus desprevenidas fuerzas: no emplear exploradores, por un lado, y no apartar convenientemente el tren de carga en el momento adecuado, por el otro, fueron dos yerros imperdonables que se cobraron un altísimo precio. A ambos pueden atribuirse, 50 y 50, el ignominioso final de la campaña de 1176.

- **Desarrollo táctico:** mientras que en Mantzikert Romano IV (1068-1071) pudo dirigir una carga de caballería acorde con los manuales bélicos¹¹³, liderando al ejército imperial a pleno, en Myriokefalon cada sección se vio obligada a actuar de manera independiente, atendiendo a las órdenes de sus respectivos comandantes. La emboscada y el difícil terreno condicionaron las comunicaciones entre las distintas unidades reduciéndolas a su mínima expresión. Lo que es más, al avanzar por un sendero tan estrecho, el ejército imperial entró en combate de manera secuencial: primero se desplegó la vanguardia, que llegó al otro extremo del paso casi sin contratiempos; luego tocó el turno a las alas, que, separadas del cuerpo principal por el tren de carga y seccionadas de la vanguardia a causa de la distinta velocidad, debieron soportar solas el primer impacto de la batalla; a continuación, el tren de carga fue inmovilizado por los disparos de los arqueros turcos, que remataron con facilidad a las bestias de tiro; la aglomeración consecuente de vagones reservó el cuarto acto del drama a las fuerzas selectas del emperador, mientras que en último término, la retaguardia dirigida por Contostéfano apenas pudo cerrar filas con el cuerpo principal en su intento por organizar un poco mejor la resistencia.

- **Alto mando:** En Mantzikert, Romano Diógenes entró en batalla con un traidor, Andrónico Ducas, liderando las fuerzas de reserva; cuando el núcleo central comandado por el propio basileo fue cercado por los turcos, la reserva brilló por su ausencia: Andrónico Ducas, más concentrado en sus proyectos personales, había resuelto dar media vuelta y llevarse a sus subordinados directamente a Constantinopla, abandonando al emperador a su suerte. Por otra parte, dos de los generales que Romano había enviado hacia Ahalt, Roussel de Bailleul y José

¹¹¹ Según Guillermo de Tiro.

¹¹² Acorde con las fuentes, Manuel ya no volvería a sonreír hasta el final de su reinado.

¹¹³ El error cometido por Romano al ejecutar tal carga de caballería fue no haberse cerciorado de la existencia de alguna barrera o accidente natural que bloqueara la retirada de la caballería ligera turca una vez iniciada la persecución. Sin tal barrera, los pesados jinetes bizantinos nunca pudieron dar alcance a sus rivales y, al final, abatidos por el cansancio, sucumbieron al contraataque de Alp Arslan.

Tarchaniotes, jamás regresaron para asistirle en el crucial enfrentamiento, perdiéndose en la inmensidad de la meseta anatólica. Lo que sucedió después forma parte de la gran tragedia bizantina del siglo XI: Romano IV fue tomado prisionero por Alp Arslan, el partido civil recuperó el poder en la capital, los turcos se instalaron en casi todas las grandes ciudades de Asia Menor, el Imperio se vio sacudido por una sangrienta secuencia de levantamientos militares y, al cabo de un tiempo, Alejo I Comneno no tuvo más remedio que pedir ayuda al Papa para frenar el avance del Islam. Hasta se podría decir que Mantzikert fue la llave que abrió la puerta a las Cruzadas.

Por el contrario, en Myriokefalon participaron importantes dignatarios y numerosos generales de intachable conducta y probada lealtad: Andrónico Contostéfano, Teodoro Mavrozomes, Balduino de Antioquía, Andrónico Lampardas, Constantino Makroducas, Juan y Andrónico Ángel, Juan Cantacuzeno, entre otros; ninguno tenía apetencias personales con respecto a la púrpura imperial. Lo que es más, cuando se había establecido contacto visual con el enemigo a las puertas de Tzivritze, los generales más veteranos aconsejaron al emperador dar media vuelta y buscar una vía más asequible para llegar a Ikonium, pero el basileo no prestó atención a sus palabras *“aunque sí a las de sus parientes de sangre, especialmente a las de aquéllos que jamás habían escuchado el sonido de las trompetas de guerra y que lucían cortes de cabello a la moda e iban con relucientes y joviales rostros, portando collares de oro, gemas y piedras preciosas”*¹¹⁴. La responsabilidad y el compromiso asumidos para con el basileo y el Imperio se hicieron patente durante la batalla, donde algunos inclusive perdieron la vida¹¹⁵. Myriokefalon no se convirtió en un drama épico precisamente gracias al entorno de gente confiable, capaz y experimentada con que se rodeó el emperador para acometer la campaña de su vida.

- **Objetivos y estrategias:** Cuando Romano IV Diógenes partió hacia Oriente en 1071, el gran objetivo de la campaña era terminar con las incursiones y razzias del invasor selyúcida y restablecer las fronteras acorde con los límites establecidos casi sobre la línea del Éufrates (Dvin, Van, Edesa y Antioquía). Asia Menor era a la sazón una provincia enteramente bizantina y, aunque el sistema de estratiotas estaba al borde del colapso, existía una aceitada administración desplegada a lo largo de los *themas* anatólicos que hundía sus raíces en la capa de ricos terratenientes que pululaban en la península. Por el contrario, en 1176, al momento de emprender la marcha, Manuel era la cabeza de un Imperio eminentemente europeo. De las provincias asiáticas poco era lo que quedaba luego del desastre de Mantzikert; apenas el litoral egeo y pónico y algunos parches de autoridad dispersos por Cilicia y Antioquía. La estrategia había cambiado sensiblemente ajustándose a lo que dictaminaba la realidad: los turcos estaban firmemente afincados en el corazón de Capadocia y hacia allí partió el tercer Comneno para intentar quebrantar de una vez y para siempre su poderío. Ya no se trataba de defender una lejana frontera emplazada a casi mil kilómetros al Este de la capital imperial; lo que estaba en juego ahora era la seguridad de los fértiles valles del Meandro, del Sangario y del Hermos, casi en la puerta trasera de Constantinopla.

¹¹⁴ Nicetas Choniates, *“Oh Ciudad de Bizancio, Memorias de Nicetas Choniates”*, Libro VI, pág. 179.

¹¹⁵ Juan Cantacuzeno y Balduino de Antioquía.

- **Desempeño de los emperadores en batalla:** Quizá sea en este aspecto donde las batallas de 1071 y 1176 guardan las mayores similitudes. Tanto Romano como Manuel eran emperadores que gustaban de dirigir en persona las acciones bélicas y no precisamente desde una distancia prudencial. Antes de ascender al trono, Romano IV¹¹⁶ había batallado contra los pueblos nómades de la frontera danubiana, pechenegos y uzos, y contra los turcos, siendo ya emperador, había encabezado dos expediciones previas a la de Mantzikert. Estrictamente en el ámbito del juego comparativo que hemos establecido entre uno y otro enfrentamiento, el emperador en cuestión se ocupó de liderar el cuerpo central del ejército imperial: unos quince mil soldados suministrados por los *themas* asiáticos y por los *tágmata*. Tal vez su mayor yerro táctico haya sido por un lado separar sus fuerzas antes de entrar en batalla y por el otro, disponer una carga a fondo contra un enemigo mucho más dinámico y ágil, sin tener en cuenta que el terreno escogido no le favorecía en lo absoluto. Lamentablemente la planicie en torno al fuerte de Mantzikert era un páramo abierto y sin obstáculos naturales de relevancia, un lugar ideal donde los turcos podían echar mano a su táctica predilecta de huidas fingidas y contraataques demoledores. Al margen de lo anterior, Romano se batió heroicamente en la batalla, y su valía nos ha llegado a través de la pluma de uno de sus mayores detractores, Miguel Psellos: *“lo que ocurrió después es algo que no puedo alabar, pero que soy también incapaz de censurar. El emperador asumió en persona todo el peligro. En efecto, si alguien valorase al emperador por ser un guerrero intrépido y arrojado, tendría en ello material suficiente para un encomio. Pero si, por el contrario, considerase que él se expuso a los peligros de manera irreflexiva, a pesar de que habría sido preciso que se mantuviera apartado del frente de acuerdo con la estricta lógica militar por su condición de comandante en jefe del ejército, para dar las oportunas órdenes a sus tropas, encontraría entonces mucho que censurar en su comportamiento. Yo por mi parte estoy con los que lo alaban, no con los que lo censuran”* (Cronografía, pág. 447 y 448). Miguel Atalíates también se ocupó de destacar el desempeño del emperador como guerrero: *“Atacado por el sultán, el emperador instruyó a sus hombres para que no se rindieran ni mostraran una actitud cobarde. Pelearon así, con bravura, durante largo tiempo... A pesar de estar rodeado, él no se rindió fácilmente; tratándose de un soldado experimentado, luchó valientemente contra sus asaltantes, matando a muchos de ellos, hasta que, cortado en una mano por una espada enemiga, fue obligado a desmontar y seguir peleando a pié”* (Miguel Atalíates, *Historia*, 162 y 163).

Manuel Comneno, cuyos errores tácticos ya han sido profusamente comentados, también alternó buenas y malas en el paso de Tzivritze. A los pasajes en la obra de Nicetas Choniates que realzan el coraje y arrojo del basileo se le pueden oponer otros que muestran a un emperador superado por la situación e inmerso en una crisis emocional de proporciones. Con todo, mientras a Romano lo perdió un

¹¹⁶ En la lucha contra los pechenegos, que Constantino X había librado con relativo éxito (1064 y 1065), se había destacado especialmente un magnate de Capadocia llamado Romano Diógenes. Dada la angustiosa situación militar que atravesaba el Imperio, las acciones de Romano no pasaron desapercibidas en los círculos de poder de Constantinopla. Fue llamado de inmediato a la capital y presentado a la emperatriz como futuro soberano. A Eudocia no le quedó más remedio que prestar su consentimiento para la boda, tanto más por cuanto el patriarca Juan Xifilinos no puso reparos en plegarse a los intereses del partido militar. Así, pues, el 1º de enero de 1068 Romano Diógenes fue coronado emperador con el nombre de Romano IV.

entorno político adverso y conspirador y un ejército que rayaba en lo mediocre, a Manuel, por el contrario, lo perdieron sus propias limitaciones como militar.

- **Pérdidas territoriales consecuentes:** Mientras la derrota de Mantzikert abrió las puertas a la conquista turca de Asia Menor, cosa que en los hechos ocurrió entre los años 1071 y 1081, la debacle de 1176 no supuso pérdidas territoriales inmediatas. De las condiciones aceptadas por Manuel para sellar una nueva paz, esto es, la demolición de las fortalezas de Dorileo y Subleo, solo se cumplió con el desmantelamiento de la segunda. Dorileo siguió en manos bizantinas y no fue sino la muerte del emperador, acaecida en 1180, y la inoperancia de sus sucesores, lo que animó a los selyúcidas a ir por más. No conseguirían mucho sin embargo; en el período que va desde Myriokefalon hasta la IV Cruzada solo unas pocas plazas se deslizarían hacia el control turco: Sozópolis y Cotileo en 1182, Dadybra en 1186 y Dorileo en 1190. Lo que es más, al marchar en la vanguardia, los regimientos orientales prácticamente resultaron indemnes al término de Myriokefalon, a punto tal de que en los dos años siguientes a la batalla obtendrían algunos triunfos en el Valle del Meandro y en Claudiópolis.

- **Número de bajas:** En ninguno de los dos casos existen fuentes confiables para las bajas sufridas. Solo a través de un análisis pormenorizado del desempeño de cada ejército y de la suerte corrida por sus respectivas secciones es que se pueden aventurar cifras. Para Mantzikert habría que atenerse estrictamente a lo sucedido en el campo de batalla: cómo en determinado momento la reserva (cinco mil o seis mil hombres) se evadió tras la figura de Andrónico Ducas y cómo dicha visión puso fin a la resistencia de las alas (cinco mil soldados cada una) empujando a sus integrantes a una alocada huida. Si estimamos que el centro fue el único segmento que luchó hasta el final (junto con Alyattes en el ala derecha) entonces se hace evidente que el grueso de las bajas se produjo durante la luz crepuscular, cuando Romano intentaba salvar la jornada volviendo a formar a sus hombres de espaldas al campamento imperial. ¿Diez o a lo sumo quince mil bajas? De seguro no más. Lo que nos lleva nuevamente a poner en tela de juicio las aseveraciones de Psellos: *“Entonces, mientras el emperador de los romanos es conducido hacia el campo enemigo como un prisionero de guerra, nuestro ejército se dispersa. Sólo una pequeña parte escapó, mientras que la mayoría, o bien fueron hechos prisioneros, o bien cayeron bajo las espadas rivales”* (Miguel Psellos, *“Cronografía”*, pág. 448).

Con Myriokefalon se nos presenta un problema parecido ya que Choniatas nunca cita cifras en este sentido. Por el contrario, sus párrafos están más en la tónica de Psellos y son del estilo: *“La mayor parte de los romanos cayeron, como sucedió con la mayoría de los hombres ilustres y parientes del emperador. Cuando la nube de polvo se hubo asentado y la neblina cegadora se hubo disipado, se veían cuerpos enterrados hasta la cintura (¡hay, que lamentable el espectáculo!) y cadáveres entrelazados”*. Con todo, se puede aseverar que, mientras que las fuerzas conducidas por Romano perdieron entre un treinta y un cuarenta por ciento de sus efectivos, en 1176 esa relación se redujo al 20 – 25 por ciento. Además, en el caso de Myriokefalon, el mayor número bajas perteneció a la sección de las alas, dónde prevalecían los mercenarios latinos. A ello

básicamente puede atribuirse la victoria de Hyelion y Leimocheir obtenida por los regimientos orientales al año siguiente¹¹⁷.

- **Los ejércitos involucrados:** Existe una amplia brecha entre la capacidad técnica y el grado de adiestramiento de los ejércitos bizantinos de 1071 y 1176. En cuanto al número de efectivos que conformaba la hueste reunida por Romano, las fuentes no se ponen de acuerdo al respecto. Aquéllas que proceden del bando victorioso tienden a inflar el número a los efectos de sobredimensionar un resultado de por sí concluyente: 200.000, 300.000 y hasta 400.000 soldados, una cifra imposible de reunir para un Imperio que, en las postrimerías del siglo XI se hallaba en franco proceso de decantación y retroceso; lo único que consiguen con ello es el efecto contrario dado que, al mismo tiempo, minimizan la magnitud de las fuerzas selyúcidas. El monje y cronista armenio Mateo de Edesa, por su parte, aventura el increíble cálculo de 1.000.000 de hombres, agregando búlgaros, godos y crimeanos al largo listado de reclutas de la Babel bizantina. Tal vez lo más adecuado sería quitar un cero a las cifras de los historiadores musulmanes para llegar al número probable de efectivos: 30.000, 40.000 o 50.000 incluyendo los no combatientes: ingenieros, zapadores, escuchas, sirvientes, forrajeadores, ambulancieros... Pero, ¿cuántos eran griegos de nacimiento? A juzgar por el grado evidente de descomposición del viejo sistema de *themas* no parece descabellado arriesgar un porcentaje ubicado en el orden del 30 al 40% (entre combatientes y no combatientes). Una cifra que sigue siendo respetable sino fuera por que el grado de preparación y adiestramiento dejaba mucho que desear: la gran mayoría de los soldados nativos no disponía de un equipamiento adecuado, se caracterizaba además por la falta de disciplina y tenía poco en común con aquellos guerreros que habían integrado las clásicas formaciones de los siglos VII, VIII, IX y X (*bandas*, *turmai*, y *themai*).

Muy por el contrario, el ejército de Manuel Comneno era una fuerza muy profesional que, aún siendo numéricamente inferior a los ejércitos del siglo anterior, les superaba ampliamente en cuestiones técnicas. Aunque el componente griego del ejército era ligeramente mayor al de los tiempos de Romano, el elemento latino seguía teniendo un importante peso específico. Pero inclusive entre las tropas mercenarias procedentes de Occidente se notaba la evolución de los caballeros e infantes; las guerras y los cada vez más populares torneos y justas ecuestres, en tanto que juegos bélicos, habían dado como resultado mejores técnicas de combate, armamentos superlativos, defensas más resistentes, caballos mucho más tenaces y soldados mejor preparados. Lo que no es otra cosa que la selección natural aplicada al ámbito castrense. En definitiva, la calidad del ejército imperial evitó que la derrota se convirtiera en desastre cuando Manuel cometió el trágico error de no recurrir a exploradores antes de internarse en Tzivritze.

- **Situación interna y externa:** Por último, la situación interior y exterior del Imperio fue sustancialmente diferente en uno y otro caso. En 1068, apenas subido al trono, Romano IV se encontró con que los recursos para hacer la guerra a los enemigos del Imperio eran dramáticamente insuficientes. De un lado, la tesorería

¹¹⁷ La negativa de Manuel a desmantelar Dorileo, motivó la reacción de Kilij Arslan, quien despachó a una fuerza algarera de veinte mil hombres bajo el mando de un de sus atabeks con la intención de barrer el valle del Meandro. El ejército invasor fue emboscado por Juan Vatatses antes de cruzar el Meandro y derrotado ignominiosamente en la batalla de Hyelion y Leimocheir (1177).

padecía la estrechez del reflujo comercial provocado por las invasiones turcas en Medio Oriente, y del otro, el descuido de la legislación antilatfundista, el generalizado licenciamiento de tropas y los caprichosos recortes al presupuesto militar habían creado un caos en el otrora eficaz sistema de *themas*. Tal vez si la situación internacional hubiese estado más aplacada, la debacle del potencial bélico bizantino no habría quedado tan en evidencia. Pero hacia 1068 el Imperio soportaba el ataque sistemático de sus vecinos inmediatos. Aparte de los selyúcidas en el Este, había enemigos por todos lados. En los Balcanes, dos pueblos nómades, los uzos y los pechenegos, hacían de las suyas vadeando ocasionalmente el límite natural del Danubio e internándose en provechosas partidas de saqueo por la provincia de Bulgaria. Mientras que en Italia, los *themas* bizantinos de Abulia y Calabria se debatían al borde del abismo ante la amenaza de un nuevo adversario: los normandos de Roberto Guiscardo. Acabarían conquistados en 1071 sin tan siquiera recibir ayuda de Constantinopla.

Con todo, lo más grave de la situación vivida por el Imperio en tiempos de Mantzikert eran los desacoples existentes entre las facciones que se disputaban el poder: la aristocracia militar y el partido de los civilistas, la primera insertando sus raíces en la gran propiedad y el segundo, nutriéndose de los privilegios y de las ventas de cargos administrativos, en otras palabras, de la corrupción. En cierto modo, la batalla de Mantzikert fue el corolario de la lucha entre la nobleza civil y la aristocracia militar. En el campo de batalla, además de jugarse la suerte del Imperio Bizantino frente al eterno rival musulmán, se definieron otras cuestiones no menos relevantes:

- a. La preeminencia de un tipo de nobleza sobre otro.
- b. La supremacía de la pequeña propiedad sobre el latifundio.
- c. La naturaleza misma del estado bizantino en tanto que poder centralizado frente a las tendencias feudalizantes de los *dunatoi*.

En los tiempos de Myriokefalon, en cambio, el estado bizantino vivía una época más relajada. La pronoia se había impuesto como formación económica y social feudal y de las sangrientas disputas entre civilistas y partidarios de los *dunatoi*¹¹⁸ ya no quedaban ni los ecos. El estado de los Comneno se había ido consolidando lenta pero firmemente; los tres primeros emperadores de la dinastía habían catapultado al Imperio al rango de potencia de primera fila y no se registraban conatos de golpes de estado desde que Ana Comneno intentara desplazar a su hermano Juan en beneficio de su marido, Nicéforo Brienio, cuestión que había acontecido a la muerte de Alejo I (1118). No todo era color de rosas sin embargo; la economía se había concentrado en pocas manos y el comercio marítimo yacía bajo la órbita de los mercaderes italianos procedentes de Venecia, Pisa, Génova y Amalfi. Por otra parte, la estabilidad interna se había logrado en gran medida gracias al carisma y a la fuerte personalidad de los tres primeros representantes de la dinastía: Alejo I, Juan II y Manuel I. Ni bien las riendas del poder recayeron sobre personajes insignificantes o regentes, la situación dio un giro de ciento ochenta grados, surgiendo al unísono todos los problemas que habían quedado opacados por las magnas figuras de aquéllos.

¹¹⁸ A mediados del siglo XI, los ricos terratenientes al frente de la administración y el gobierno de los *themas* imperiales conformaban una especie de casta denominada *Dunatoi*.

Conclusión.

Myriokefalon más que una batalla decisiva, fue la fosa común de numerosos sueños que ya no se podrían cumplir y de hecho, no se cumplirían jamás. La consecuencia inmediata de la batalla fue que el sultanato de Qonya se mantuvo incólume, aunque acusó el impacto de las cuantiosas bajas sufridas. No en vano Kilij Arslan mandó a los suyos a mutilar cadáveres para que su victoria no fuera puesta en entredicho por algún curioso empedernido ávido de conocer la verdad. La batalla de 1176 más que significar nuevas pérdidas territoriales representó un duro despertar a la cruel realidad: que el Imperio no era una fuente inagotable de recursos, y que sus fuerzas armadas, por más calificadas que estuviesen, no constituían el medio ideal para encarar la *renovatio imperii*. A la postre, la Historia se encargaría de demostrar que la muerte de Manuel tendría un peso relativo mucho mayor al de los sangrientos y dramáticos eventos ocurridos entre las paredes rocosas y los acantilados de Tzivritze. Si hemos de analizar la caída de los imperios a través del prisma de los hechos desgraciados, la Cuarta Cruzada lleva amplia ventaja como factor determinante de la debacle de Bizancio, inclusive considerando a Mantzikert y Myriokefalon juntas.

Autor: Guilhem W. Martín. ©

Anexo I: Las lecciones moralistas de Nicetas Choniates.

En relación con la obra de Nicetas Choniates, el lector debe avanzar con cautela, tratando de separar convenientemente el relato histórico de las numerosas lecciones moralistas a las que tan asiduamente se entrega el cronista bizantino. En el Libro VI dedicado a la batalla de Myriokefalon, Choniates, además de copiarse de Homero y de la Biblia, introduce varios párrafos que pretenden transmitir una enseñanza al mismo tiempo que una crítica despiadada hacia el emperador. Veamos cada uno de ellos.

“El emperador Manuel hizo un alto para descansar bajo la sombra de un peral salvaje y recuperar la energía perdida; no portaba armadura, ni había lanceros cerca y tampoco iba acompañado de su guardia personal. Cuando un caballero, un hombre común de humilde condición, vio al emperador, sintió pena y se aproximó a él y, movido por la devoción, se ofreció con entusiasmo a servirle al máximo de sus capacidades; entonces le ajustó el casco, que se había deslizado hacia uno de los lados”¹¹⁹. Parece evidente que el cronista bizantino introduce o inventa una anécdota insignificante en el marco de la trascendental batalla, para enviar un mensaje a quienes gobiernan de manera opresiva y sesgada: la autoridad procede de Dios (Manuel se sienta a descansar y a recuperar su energía bajo la sombra de un peral salvaje) y se justifica solo a través del pueblo (no es un noble ni un soldado selecto quien se acerca para asistirle en la soledad sino un hombre común de condición humilde).

“Antes de reunirse con ellas y hallándose aún en la región surcada por el arroyo, el emperador, que padecía con severidad a causa de la sed, le ordenó a uno de sus hombres que llenara un cubo con agua y se lo trajera para así poder beber. Tomando tan solo lo necesario para humedecer el paladar¹²⁰, Manuel derramó el resto sin poder llegar a experimentar el placer del líquido pasando a través de su garganta. El agua para beber, según su propia inspección, estaba contaminada con sangre; por lo que se lamentó en voz alta y agradeció no haber probado a través de ella la sangre de los cristianos. Otro hombre que estaba parado allí cerca, que aparentaba ser más impulsivo e imprudente, sin rubor alguno comentó: “¡Qué pasa contigo, Oh emperador, esto ciertamente no es así, o no! Esta no es la primera vez; muy a menudo, en el pasado, has bebido hasta la embriaguez de vasijas de vino conteniendo únicamente sangre cristiana, agotando y estrujando a vuestros súbditos”. El emperador alegremente soportó la acusación y el incordio de este abusivo individuo haciendo como si no le escuchara o pasando por alguien que no tiene reproches en su boca¹²¹”¹²². La idea de beber agua mezclada con sangre cristiana durante un respiro de la batalla es una posibilidad que mortifica al emperador. En consecuencia, Manuel solo emplea una pequeña dosis para humedecer sus labios, derramando el resto en el suelo, prácticamente sin cavilar. El párrafo del cronista griego es cuanto menos sugerente: el basileo halla reparos morales e impedimentos religiosos en sorber agua contaminada por la sangre de sus soldados muertos y, sin embargo, en la vida cotidiana es un parásito de su propio pueblo, al cual le succiona hasta la médula a través de exacciones impositivas desmesuradas. Los privilegios otorgados a favor de mercaderes foráneos y la cesión de pronoias en beneficio de occidentales son dos temas que Choniates aborda elípticamente. El único damnificado de la rapaz política económica de Manuel no es el

¹¹⁹ Nicetas Choniates, *“Oh Ciudad de Bizancio, Memorias de Nicetas Choniates”*, Libro VI, pág. 184.

¹²⁰ *Iliada*, 22.495.

¹²¹ Véase salmo 37.15.

¹²² Nicetas Choniates, *“Oh Ciudad de Bizancio, Memorias de Nicetas Choniates”*, Libro VI, pág. 186.

grupo de comerciantes italianos que se pavonean en los muelles de Constantinopla, ni el de nobles latinos que acuden a enrolarse en el ejército imperial: es el común de la gente que por afrontar los gravosos impuestos vive una vida miserable y lastimosa. Tal vez el fin último del historiador bizantino sea el de achacar a los males de esta época las desgracias que sobrevendrían no bien comenzado el siglo XIII.

Las enseñanzas moralistas de Choniates se suceden sin solución de continuidad. Veamos la siguiente: *“Cuando el emperador divisó que los turcos estaban rasgando las bolsas de dinero de su tesoro y se apropiaban de las monedas de oro y plata esparcidas por el suelo, exhortó a los romanos que estaban a su alrededor a caer sobre el enemigo para recuperar el dinero sobre el que tenía más derecho que los bárbaros que lo estaban saqueando. Entonces el mismo hombre que antes le acusara con descaro una vez más se adelantó y descaradamente vilipendió al emperador por dar esa orden: <Esas monedas deberían haber sido ofrecidas voluntariamente a los soldados más temprano, no ahora, cuando ellos solo pueden ganarlas a través de grandes sacrificios y derramamiento de sangre. Si él (Manuel) es un hombre fuerte como se jacta que es, a menos que sea el vino agrio el que habla¹²³, dejadle buscar a él solo las monedas que están pillando los turcos y que después valientemente les destroce, restaurando el luto de los romanos>. Manuel, una vez más, guardó silencio ante estas palabras, sin siquiera quejarse o murmurar entre dientes aunque padeciendo la temeridad del maldiciente tal como había hecho David con el descaro de Semei¹²⁴”*. Otra vez es el mismo hombre, un individuo impulsivo y muy imprudente, tal como lo define Choniates, quien reprende con acritud la actitud miserable y egoísta del emperador. Tal cual parece, el cronista oriental proyecta en la figura del crítico desconocido la manera de proceder de la chusma para hacer escuchar sus reclamaciones: protegerse en el anonimato de la multitud, actuar de manera impulsiva y laborar de forma imprudente como consecuencia de la exaltación. Al no haberse producido tumultos ni revueltas populares contra Manuel por causa de su política económica e impositiva, Nicetas se vale de este recurso literario para montar una asonada imaginaria cuya declamación esencial es evidente; la protesta busca denunciar la injusticia que comete Manuel con su pueblo explotado casi hasta el sacrificio humano. El emperador es el causante de la pérdida de dignidad tanto como de la pérdida de esperanza de su gente. Y un pueblo sin esperanzas es fácil de conquistar. Quizá el erudito bizantino esté identificando en los tiempos de Manuel las causas que desembocaron en la conquista de Constantinopla por la Cuarta Cruzada (1204), cuando el magro desempeño de los defensores les valió el mote de afeminados impuesto por los victoriosos latinos¹²⁵.

Una más. *“El emperador mismo padeció las tribulaciones de innobles intenciones. En cuanto anunció al resto de sus compañeros sus planes para huir y abandonar a tantas almas a la esclavitud o la muerte, sus palabras afectaron al auditorio, especialmente a Contostéfano, por parecer frases pronunciadas por alguien que había perdido la cordura o daba vueltas, atontado. Aquellos que se habían reunido para considerar los cursos de acción a seguir se llevaron directamente al corazón lo que habían oído pero cuando un soldado desconocido que estaba parado fuera de la tienda escuchó el proyecto imperial, levantó su voz para lamentarse: <Ay, ¿qué son*

¹²³ Nicetas realiza aquí una cita sobre un proverbio de origen desconocido.

¹²⁴ Véase 2 Reyes 16.5 – 10.

¹²⁵ Todavía hoy resulta difícil comprender cómo una ciudad con casi quinientos mil habitantes fue conquistada por un ejército de no más de quince mil individuos como fue el que se plantó frente a sus muros en 1204.

estas cosas que el emperador ha puesto en su cabeza?> Dirigiéndose con vehemencia hacia Manuel, prosiguió: <¿Vos no erais la misma persona que nos presionabais para adentrarnos en estos desfiladeros y acantilados, exponiéndonos a la ruina total, el mismo que nos impedíais la salida de estas hondonadas y montañas¹²⁶? ¿No sería la travesía a lo largo de estos ásperos y duros caminos la misma cosa que pasar a través de valles de lamentos¹²⁷ o la boca del infierno? ¿Y ahora nos entregas al enemigo como ovejas al matarife¹²⁸?> Herido en el corazón, Manuel cedió en su alma y eligió otra alternativa más adecuada". La escena puede haber sucedido o no; no lo sabemos a ciencia cierta, pero sirve a los fines del historiador para establecer la preeminencia de la voz del pueblo por sobre la de las facciones involucradas, como en este caso podría ser la de la aristocracia afín a la figura del basileo. Ya que los aristócratas se evadirán junto a Manuel en el momento preciso (las horas de la noche), nadie en el pabellón imperial levanta la voz para protestar, pese a que todos se muestran consternados ante la idea de abandonar a la tropa.

Autor: Guilhem W. Martín. ©

¹²⁶ Véase Lucas 23.30.

¹²⁷ Salmo 83.7.

¹²⁸ Salmo 43.23.

Anexo II: Carta de Manuel, emperador de Constantinopla al rey de Inglaterra.
(Extraída de las “*Anales de Roger de Hoveden sobre la historia de Inglaterra y de otros países de Europa, desde 732 a 1201*”).

Manuel Porfirogenita Comneno, el emperador, siempre fiel a Cristo, coronado por voluntad celestial, el sublime, potente, exaltado, siempre augusto, gobernador de los romanos, a Enrique, el mas noble rey de Inglaterra, su mas amado amigo, salud y bendiciones.

Resulta imperioso para nuestra oficina imperial notificaros, a vos, su muy estimado amigo, todas aquellas cuestiones que son consideradas pertinentes de ser informadas, sobre aquellos eventos que han tenido lugar últimamente. Ahora y desde los primeros tiempos de nuestra coronación, nuestra oficina imperial ha propiciado en nuestros corazones el odio hacia los persas, enemigos de Dios, cuando los vieron alardeando frente a los cristianos, triunfando en el nombre de Dios, y conservando las tierras arrebatadas a nuestra gente. Por tanto, presentada la ocasión, se realizó un ataque contra ellos sin demora alguna, tal como Dios concedió hacer, así se hizo.

Con respecto a las hazañas que frecuentemente han sido perpetradas, tanto como a las humillaciones y pérdidas, la cancillería imperial considera que las mismas no han escapado a vuestro conocimiento. Sin embargo, recientemente hubimos determinado también liderar un ejército muy numeroso en su contra y lanzar una ofensiva en contra de toda Persia, dado que por las circunstancias nos vimos obligados a hacerlo de esta manera. Pero los preparativos fueron llevados a cabo no conforme a lo que hubiésemos deseado, o a lo que aparecía como más apropiado para nuestros objetivos. Sin embargo, en la medida en que la ocasión y el estado de los eventos nos lo permitieron, se utilizaron todos los medios disponibles para asegurar una poderosa ofensiva sobre ellos.

Consecuentemente, nuestra oficina imperial se abocó a reunir los materiales y artefactos, mangoneles y pedreros, usualmente empleados para el bombardeo de ciudades. Pero, teniendo en cuenta los trastornos y las dilaciones que provoca el enorme peso de tal maquinaria, se tornó casi imposible actuar expeditivamente. Para colmo de males, cuando el ejército estaba aún atravesando su propio país, y antes de que nuestros enemigos bárbaros nos hubieran involucrado en la guerra, la más perversa peste nos atacó desde el interior de las entrañas. Y desparramándose entre las tropas de nuestro imperio, hizo su camino entre ellas y, actuando como el más peligroso antagonista que cualquier guerrero pudiera ser, destruyó vastos números. Esta enfermedad debilitó nuestras fuerzas de una manera formidable.

Tan pronto como hubimos entrado en territorio turco, se escuchó el sonido de los aceros, y las tropas de los turcos entraron en combate con los ejércitos de nuestro imperio por todos lados. Sin embargo, por la gracia de Dios, los bárbaros fueron completamente forzados a la retirada por nuestros hombres. Pero después de esto, cuando giramos cerca de un angosto paso, en un sitio adyacente al cual los persas denominan Cibircima, llegaron más enemigos para socorrer a sus compañeros, hordas de a pie y a caballo procedentes del interior de Persia, las cuales, encontrándose con nuestros hombres, casi los excedían en número. Como consecuencia de las dificultades presentadas por el estrecho sendero, la armada de nuestro imperio había quedado

alineada en una fila de diez millas de largo; de modo que los que marchaban delante, eran incapaces de dar apoyo a aquellos que venían detrás, al mismo tiempo que los que venían al final eran incapaces de asistir a aquellos que iban al frente.

La mala fortuna de un espacio tan vasto separando a nuestros hombres quiso que las tropas que formaban la vanguardia quedaran ubicadas a una distancia considerable del cuerpo principal de nuestro ejército. En consecuencia, como las hordas de los turcos no contaban con la ventaja de atacarnos por el frente a causa de los combates que ya habían tenido lugar, y encontrando que la estrechez del camino tendía a servirles en gran medida, decidieron atacar la retaguardia, lo que oportunamente hicieron. Dado la estrechez del desfiladero, tales ataques se produjeron por la derecha e izquierda y por todos los espacios disponibles, cayendo sus dardos indiscriminadamente sobre nosotros como si se tratara de una verdadera lluvia y matando a gran número de hombres y caballos. De esta manera, viendo que la jornada iba adquiriendo proporciones de desastre, nuestra plana mayor consideró apropiado esperar a aquellos que venían detrás con el objetivo de apoyarles, y así se hizo. Entretanto, ambas secciones debieron afrontar el acoso del infinito número de persas.

No es necesario mencionar las hazañas que se llevaron a cabo mientras éramos acorralados por el enemigo; quizás su alteza llegue a conocer mas sobre el asunto por medio de aquellos que estuvieron presente en la ocasión. Mientras la oficina imperial cumplía con sus deberes en medio de estos peligros llevando la peor parte del conflicto, la retaguardia, conformada por griegos, latinos y otras diferentes naciones, hallaba obstáculos para avanzar. Apiñada como una masa y no pudiendo soportar la lluvia de dardos arrojados por el enemigo, se adelantó por fin cargando con violencia y haciendo todo lo necesario para ganar una colina contigua que podía ser utilizada a modo de fortaleza.

Como consecuencia, se levantó una enorme nube de polvo que, siendo molesta a los ojos, no permitió que nadie pudiera ver lo que había bajo sus pies. De modo que hombres y caballos fueron conducidos hacia un precipicio cercano que daba a un profundo valle. De esta manera, cayendo unos sobre otros, los hombres se pisaron y murieron, perdiendo la vida no solo numerosos soldados de infantería sino también algunos de los mas ilustres y afamados nobles. En efecto, ¿quién podría haberse hecho fuerte frente a tan formidable acometida de tan vasta multitud?

Con todo, en lo que respecta a nuestra oficina imperial, cercada a cada lado por vastos regimientos de bárbaros que nos atacaban y eran a su vez contraatacados en respuesta, la misma hizo esfuerzos que acabaron encendiendo la alarma en el enemigo. A raíz de la sorpresa causada en ellos por nuestra tenacidad y perseverancia y sin demostrar relajamiento alguno, habíamos ya alcanzado campo abierto, por la benigna ayuda de Dios. Ello fue posible por que no se permitió a los bárbaros escalar la posición ganada y por que además, nuestra plana mayor pudo reagrupar a los suyos, rescatándolos de la destrucción y formándolos en derredor, en grupos compactos. Así se pudo alcanzar a la vanguardia en el orden establecido, alas, cuerpo principal y retaguardia.

Al ver lo sucedido y comprobando que pese a las bajas sufridas nuestro ejército hacía los arreglos necesarios para dirigir un nuevo ataque, el sultán mandó a pedir la paz ofreciéndose a cumplir todos y cada uno de nuestros requerimientos, como así

también darnos su servicios, liberar todos los prisioneros detenidos en su reino, y realizar todos nuestros deseos.

Habiendo permanecido allí durante dos días completos con todas nuestras fuerzas, concluimos que nada podía efectuarse en contra de la ciudad de Iconium, ya que se habían perdido todas las maquinarias y artefactos necesarios para llevar adelante el asedio con éxito. Otra de las razones fue el hecho de que nuestros animales se vieran afectados por la misma enfermedad que antes había atacado a los hombres. En consecuencia escuchamos las suplicas del sultán y, por medio de un tratado, confirmado con juramentos y confeccionado a la medida de nuestros estándares, se le garantizo la paz. A poco, se produjo la partida, tras lo cual nuestra oficina imperial regresó a sus bases, guardando no poco dolor por los soldados perdidos, aunque agradeciendo especialmente a Dios, quien nos había honrado y aún lo sigue haciendo.

También hemos tenido el placer de que algunos de los principales hombres de vuestra nobleza estuvieran con nosotros. Ellos, a vuestro pedido, os informaran de todos los hechos en el orden en que ocurrieron. Sin embargo a pesar del profundo dolor causado por la pérdida de aquéllos que cayeron, también hemos considerado aconsejable informaros sobre los eventos acaecidos por ser nuestro amado amigo y por estar íntimamente unido a nuestra casa imperial, por los lazos de sangre que existen entre nuestros hijos. Adiós.

Entregada en el mes de noviembre, en el año 10 de la indicción.

Fuentes documentales:

- **Nicetas Choniates**, *Oh Ciudad de Bizancio, Memorias de Nicetas Choniates*, ISBN 0-8143-1764-2.
- **Miguel Psellos**, *Vida de los Emperadores de Bizancio o Cronografía*, Editorial Gredos S.A., 2005, ISBN 84-249-2754-0.
- **Roger de Hoveden**, *La Historia de Inglaterra y de Otros Países de Europa desde 732 hasta 1201*, Vol. I, traducida del latín por Henry T. Riley.
- **William Mitchell Ramsay**, *Geografía Histórica de Asia Menor*, Londres, 1890.
- **Steven Runciman**, *Historia de las Cruzadas*, Vol. I, Alianza Universidad, versión española de Germán Bleiberg, 1980, ISBN 84-206-2059-9.
- **Franz Georg Maier**, *Bizancio*, Siglo Veintiuno Editores, 6ta. Edición, 1983, ISBN (volumen trece) 988-23-0496-2.
- **E. Patlagean, A. Ducellier, C. Asdracha y R. Mantran**, *Historia de Bizancio*, Crítica Barcelona, 2001, ISBN 84-8432-167-3.
- **Warren Treadgold**, *Breve Historia de Bizancio*, Paidós, 2001, ISBN 84-493-1110-1.
- **Carlos Diehl**, *Grandeza y Servidumbre de Bizancio*, Espasa-Calpe SA, Colección Austral, 1963.
- **John Julius Norwich**, *Breve Historia de Bizancio*, Cátedra Historia Serie Mayor, 1997, ISBN 84-376-1819-3.
- **Johannes Lehmann**, *Las Cruzadas, Los Aventureros de Dios*, Ediciones Martínez Roca S.A., 1989, ISBN 84-270-1352-3.
- **Mijail Zabarov**, *Historia de las Cruzadas*, Biblioteca de la Historia, Akal Editor, 1985, ISBN 84-7291-8205.
- **Claude Cahen**, *El Islam, desde los orígenes hasta los comienzos del Imperio Otomano*, Editorial Siglo Veintiuno, 1975, ISBN 83-323-0020-9.
- **Claude Cahen**, *Oriente y Occidente en Tiempos de la Cruzadas*, Breviarios, Fondo de Cultura Económica, 1989, ISBN 2-7007-0307-3.
- **Joseph M. Walter**, *Historia de Bizancio*, Edimat Libros S.A., ISBN 84-9764-502-2.
- **Emilio Cabrera**, *Historia de Bizancio*, Ariel Historia, 1998, ISBN 84-344-6599-X.
- **Georg Ostrogorsky**, *Historia del Estado Bizantino*, Akal Editor, 1984.
- **Georg Ostrogorsky**, *Para una historia del feudalismo bizantino*, Bruselas 1954, págs. 9 y siguientes y 187 y siguientes. Traducción de Juan Calatrava.
- **Alexander A. Vasiliev**, *Historia del Imperio Bizantino*, Libro dot.com, versión digital.
- **Michael F. Hendy**, *Studies in the Byzantine Monetary Economy, C.350-1450*, Cambridge University Press, 1985, ISBN 0-521-24715-2.
- **Norman H. Baynes**, *El Imperio Bizantino*, Breviarios, Fondo de Cultura Económica, 1974.
- **John W. Birkenmeier**, *The Development of the Komnenian Army, History of Warfare Vol. 5*, ISBN 90-04-11710-5
- **Salvador Claramunt**, *Las Claves del Imperio Bizantino 395-1453*, Universidad de Barcelona, 1992, ISBN 84-320-9227-4.
- **Helene Ahrweiler**, *La Pronoia en Bizancio*, Estructuras feudales y feudalismo en el mundo mediterráneo (siglos X-XIII), 1984, ISBN 84-7423-227-9, págs. 273-282.
- **Ferdinand Chalandon**, *The Later Comneni. John (1118-1143). Manuel (1143-1180). Andronicus (1183-1185)*.

- **The History Collection**, University of Wisconsin Digital Collection, *Crusades*.
<http://digicoll.library.wisc.edu/cgi-bin/History/History-idx?id=History.CrusTwo>.

Imperio Bizantino

Historia de Bizancio enfocada principalmente en el período de los Comnenos



29 - 05 - 1453 - 00

